AGOSTO

ROMINA PAULA

_novela

entropía

Sobre este libro

“Algo así como que quieren esparcir tus cenizas. Algo como que quieren esparcirte”, dice la primera línea de esta novela. Y, a partir de entonces, la protagonista de *Agosto* emprende el regreso a su Patagonia natal para participar del ritual fúnebre de una amiga amada.

Agosto es, por tanto, el relato de un viaje. Pero no se trata del usual viaje iniciático en el que quedan subrayados los puntos de inflexión en la evolución de los personajes. Todo lo contrario: en este viaje nada se inicia, nada nace expulsado hacia el futuro, sino que el pasado resuena para poner en cuestión un presente estable, pero insatisfecho. Por lo tanto se trata, más bien, de un viaje de incómoda reverberación.

El reencuentro de la protagonista con el ecosistema de una niñez y una adolescencia por momentos idealizadas y por momentos trágicas, actualizará postergaciones y ausencias. Pero la herramienta no será la nostalgia, sino la incertidumbre radical y la colateral irrupción de la violencia. El tono de Romina Paula vuelve a adquirir en *Agosto* esa consistencia que le permite manejar, al mismo tiempo, una inconfundible marca generacional y una universalidad íntima.

La habilidad de su prosa para trasladar la oralidad a la narrativa, central en su anterior novela, *¿Vos me querés a mí?*, se transforma aquí en el delicado desarrollo de una voz a medio camino entre el discurso interior y la apelación a una

segunda persona improbable, construida sobre retazos de una subjetividad compleja e irresistible.

www.editorialentropia.com.ar

Romina Paula

Agosto

Editorial Entropía
Buenos Aires

Índice

Cubierta
Sobre este libro
Portadilla
Epígrafe
Agosto
Sobre la autora
Créditos
Otros títulos de esta colección

La muchacha regresa con rostro de roedor, desfigurada por no querer saber lo que es ser joven.

Héctor Viel Temperley, *Hospital Británico*

1

Algo como que quieren esparcir tus cenizas; algo como que quieren esparcirte.

Me lo dijo ayer tu viejo cuando me encontré con él, me contó eso, lo de los cinco años. Yo ya lo sabía, en realidad, pero creo que no tenía en mente que entonces se cumplía el plazo legal. Estábamos tomando vino blanco, no sé por qué, supongo que por estupor. No me gusta el vino blanco, es lo de menos. Fuimos a uno de esos bares con dicroicas y paredes amarillas, porque sí, porque quedaba cerca y porque tenía calefacción. No comíamos nada, no comimos, era demasiado temprano para la cena y tarde para la merienda. Además ya nos habíamos decidido por el vino. Blanco. Así que imaginate cómo me pegó. El vino, las cenizas, el combiné. Jorge me dice que ya se puede exhumar el cuerpo, el tuyo, que ya se te puede exhumar, es decir, disponer de vos. Que como venció el plazo legal para una exhumación ya te pueden sacar de esa tumba anónima y disponer, disponer de tu cuerpo. Me dice que te quieren sacar de ahí para esparcirte en otro lado, parece que te quieren esparcir desde algún lado o enterrarte, no sé, eso no me quedó muy claro, creo que ellos tampoco lo saben con exactitud, qué hacer. Que me lo quería contar, así en persona, e invitarme a tu casa, que por los gastos del viaje no me haga problema, si no me alcanza, que ellos quieren que esté ahí a toda costa, que es importante que esté. Y que quería compartirme, comunicarme la decisión también, que qué me parecía.

Cinco años, la puta madre, no lo puedo creer, cinco años ya. Claro que sí, claro que tengo algo para decir, claro que no sólo algo sino mucho para decir, un montón de años sin hablar o comentando siempre con las mismas –pocas– personas, claro que tengo qué decir.

Trato de hablar, intento plantarme, refuerzo con un trago, un trago largo del chablis hacia la atención de tu viejo, que mira por la ventana, que tiene tiempo, que está tranquilo y ahí nomás me entra una emoción terrible, una angustia incontrolable, y no le quiero llorar a tu padre, justo que está tan entero, llorarle. No sé si el vino blanco favorece o qué, al temblor digo, porque hace rato que puedo nombrarte sin perder la compostura, incluso hablar acerca de lo que pasó, de lo que te pasó, decir *después de la muerte de* y ya no *después de lo de*, que, sabemos, es más ambiguo y se presta a confusión. O por lo menos no lo nombra, eso, la desaparición total. ¿Ves? Incluso ahora puedo decir, nombrar, escribir todo esto sin conmoverme, pero en ese momento no sé, pobre tu papá. Tal vez fue la sorpresa también, porque claro, me iba a encontrar con él y estaba contenta, de verlo, de saber de tu familia, y no estaba preparada, no estaba preparada para nada triste, o excesivamente triste y entonces me sorprendió. Y el vino, yo nunca tomo vino blanco. Así que me dice lo de la cremación y que qué me parece, que le interesa mi opinión y bueno, yo hago un esfuerzo, intento componerme, controlar mi quijada, mi mandíbula y le digo, no sé cómo, que estoy de acuerdo, que me parece bien cualquier cosa que decidan, porque en realidad todos esos rituales que tienen que ver con la muerte son más para los que se quedan que para el que se fue. Y que si a ellos les parecía mejor, si el cementerio no les significaba nada en particular, como lugar de visita, de referencia, que lo hicieran, que para mí estaba bien y que

incluso me parecía un buen cierre, considerando que se cumplían cinco años. Algo así le dije, hablé con vehemencia, creo, por el vino, supongo, porque quería tanto que no se me notara la tristeza que hablé con convicción. Espero no haber sobreactuado. Después brindamos y yo trataba de recurrir mentalmente a *Six Feet Under*, a la naturalización, a la muerte como cotidiano, como sosiego, para tranquilizarme, para enfriar. Pero me costó, por alguna razón no llegaba a generarme la sensación de cotidiano de los Fisher. Después seguimos hablando de cualquier otra cosa y me recompuse hasta que nos despedimos. Cuando me abrazó tu papá, me temblaron las rodillas y casi se me vuelven a vencer, como ese día. Me emocioné, él se dio cuenta, él también estaba movilizado.

Primero, y no sé en qué orden, riego un jardín, es Esquel, es el jardín de mi casa de Esquel, de la casa de mi viejo superpuesto con tu quinta. Riego los árboles del contorno, recuerdo su orden, cuál después de cuál y la sensación de transitar de una sombra a otra, de donde crece pasto y donde no. El eucalipto, el roble, el pino, el pino con sus frutos en forma de rosetas, rosas de pino, marrones, de madera, como flores de madera; el espacio para la tranquera, sin árboles, la plantación, el breve plantío de frambuesas, sin mucho fruto, el árbol de ramas parejas, paralelas desde el suelo, fácil de trepar y sus frutos amarillos y naranjas, pegajosos, ¿son sus flores?; el abeto, como un pino pero azul, que no se deja trepar para nada y entonces no tiene tanta presencia, tanta personalidad, para nosotros que medimos los árboles en relación a su practicidad. Todo está muy seco y me cuesta controlar la manguera, porque es grande, ancha y tiene

mucha presión. ¿Es amarilla?

Después, estoy en la facultad y alguien me toca la punta de uno de mis dientes, las paletas, un pedacito que pareciera estar suelto y es así que se me rompen todos, toda la parte de adelante se cae a pedazos, como si fueran vidrios. Me quedan despojos de dientes, puntiagudos y pinchudos, como de roedor pero rotos. Sorpresa y dolor.

2

Ahora escucho ruido de ratones todo el tiempo. Y eso se traduce en: quiero mudarme, quiero irme de acá. Ramiro no. A Ramiro le parece una estupidez. Él sostiene que en la ciudad hay ratones en todos lados, que agradezcamos que no sea una rata y que se resuelve no teniendo más cosas en la alacena. Yo, por mi parte, cada vez que descubro un nuevo paquete picoteado por los dientitos de la alimaña, tengo ganas de vomitar. Y de irme, de mudarme. Ramiro dice que cada vez que hay algún problema, por más pequeño que sea, en lugar de pensar cómo podría resolverlo, me quiero ir. Puede ser. Pero no le encuentro solución a éste. Y además no es el único. Problema, quiero decir. Por otra parte eso que él define como huir, probablemente sea mi instinto de preservación. Entonces, para mí, la invasión del ratón termina de confirmar el estado de abandono en el que tenemos la casa, lo poco presentes que estamos en esta casa (yo por lo menos) como para que algo así pueda avanzar, otro ser. Y si no es así, ¿cómo se explica que haya aparecido ahora y no y nunca en los últimos años? No creo que sea casualidad. O sí, o más bien una acumulación de casualidades que arman el entramado ratón. Por un lado, el sueño de los dientes de roedor. Después miro para arriba una noche en la esquina de casa y veo un ratón corretear por los cables, como si fueran caminos, con esa determinación, esa seguridad. Días después me topo con otro, otro ratón en otro barrio, patitieso, tenso. Está cerca del cordón. Ato cabos, sospecho que se electrocutó

y cayó así, redondo, sobre la vereda, duro. Y después, desde el colectivo, veo las ratas, éstas sí, éstas sí gigantes, las veo circular, ir de edificio abandonado a acumulación de bolsas de basura, roban algo, roban cosas, alimentos, van y vienen, muy rápido, muy eléctricamente, una con un pedazo de pan; veo cómo se multiplican bajo mi mirada, cada vez hay más y me obligan a pensar en el roedor, en el nuestro. ¿Es uno, son más, es una familia tal vez? Haciendo de las suyas en, más bien, haciendo suya nuestra alacena. Me resigno, quiero dejarle la casa, no quiero matarlo, no quiero envenenarlo, si se me viene a morir a la cocina voy a querer irme lo mismo. Qué asco, ya está hecho, la picardía ya está hecha, el ratón ya está, ya nos vimos, ya nos miramos a los ojos, ya no puedo matarlo ni mandarlo a matar ni mucho menos convivir. La cocina es suya, me doy por vencida. Recuerdo, ahora, ¿era en *Bleu* o en *Rouge* que la mina descubría un ratón, o incluso una madre con ratones bebé en su despensa o en el lavadero, no me acuerdo muy bien qué era, y le daba mucha impresión? Yo entonces, viendo eso, no entendía por qué tanta cosa, por qué tanta cosa por unos ratoncitos. Después creo que ella le pedía prestado el gato a un vecino e iba y lo encerraba en el cuarto con los ratones para que hiciera su trabajo y recuerdo que lo hacía –ella– con mucha impresión, supongo que porque se le establecía una especie de paralelismo entre esa madre ratón y ella. Eso si se trataba de *Bleu*. Y si era *Rouge*, también, lo mismo da, identificación entre el ratón y ella, todas chicas trágicas, todas mujeres que sufren, todas trágicas.

No quiero vivir más acá. Ramiro dice que hagamos eso, que traigamos un gato. Que si me apiadé del ratón como una

estúpida y me niego a darle muerte o envenenarlo, que deje que la naturaleza haga lo propio, que el gato haga lo que sabe hacer y que ni lo vamos a ver, que ni nos vamos a dar cuenta y que el ratón probablemente ni siquiera venga, que no vuelva, si huele gato. Puede ser. Y me recordó que cuando entraron ladrones en casa, allá en Esquel, que yo también, que también en esa ocasión propuse que nos mudáramos. No me acordaba, pero es cierto, fue hace mucho eso. Sí, la sensación de intrusión había sido terrible para mí, no era por lo material, ni siquiera recuerdo qué robaron pero sí, y eso me llevó tiempo superarlo, que entraron mientras dormíamos, mientras estábamos ahí, los tres en casa, porque en ese momento todavía éramos tres, papá todavía no se había vuelto a casar. No sólo no pude dormir la noche posterior al robo, sino muchas, muchas noches más. No era que no durmiera en realidad, sino que me despertaba todas las madrugadas a la misma hora. Iba hasta la videocasetera en el living, que reproducía la hora en numeritos verdes, no se la habían podido llevar, se ve que un ruido los molestó o no sé qué, pero no se la pudieron llevar y entonces siempre a la misma hora me despertaba, en pánico, así, como por un reloj interno, me levantaba y asomaba al pasillo que daba directamente al living donde estaba el televisor y la video. Veía si la luz verde que irradiaba el visor de la video era pareja, si el recorrido de la luz de los números era el de siempre, el conocido, o si algo lo obstruía. Si estaba bien, era señal de que estábamos a salvo, por lo menos esa noche. Si no, si había algo obstruyendo la luz o simplemente no estaba, habíamos sido atracados de nuevo. Así noches, noche tras noche, mientras papá y mi hermano dormían sin advertir que yo paseaba, que alguien andaba por la casa, que alguien velaba por su sueño, el de ellos, el sueño de ellos. No sé

cuánto duró, obviamente no les hablaba a ellos de mi deambular nocturno, nunca les dije nada, pero insistía en que nos mudáramos. Para mí, entonces, esa casa ya había cumplido su ciclo: de ahí era que mi mamá había huido, ahí era donde no había querido vivir con nosotros (ni ahí ni en ninguna otra parte, ahora lo sé, entonces no lo tenía tan claro) y como si no fuera suficiente, habíamos empezado a ser vulnerables para el afuera, ahora también para afuera. Para mí era más que suficiente para declararla maldita. Declararlo. Al dúplex. Un dúplex maldito. Pero el argumento de mi viejo siempre fue mucho más frío y concreto que el mío: ¿adónde mierda quería yo que fuéramos? Contundente. Y me invertía la proposición: nuestra casa era ahora más segura que cualquier otra, que todas las demás; las probabilidades de que fuéramos asaltados otra vez en breve era de uno sobre mil, sobre millones. No sé, a mí no me convencía, pero no me quedó otra que acatar. Después, no sé cuándo, en algún momento, dejé de despertarme a las tres de la mañana y listo, se me pasó. Mi viejo sigue viviendo ahí. Supongo que las razones que yo tenía para irme eran las mismas que las de él para quedarse. Por otro lado, supongo que él realmente creía en esa estadística. Y Ramiro me recordó eso, ese momento en el que también había insistido tanto con irnos y en cómo después se me pasó, simplemente se desvaneció/evaporó. Es cierto, ahora no puedo hacer mucho sin él, sin su consentimiento. Sola no puedo vivir. Con Manuel tampoco. Probablemente acepte la invitación de tus viejos. Unos días en el sur me pueden sentar bastante bastante bien. Mientras tanto, que el gato haga lo que tenga que hacer. Yo, por mi parte, prefiero no estar.

3

Primero para en Liniers. La elección del asiento no estuvo tan mal después de todo, reúne las condiciones: es arriba, es más o menos al medio. Al lado mío, nadie. El único pequeño problema que identifico inmediatamente es esto de que justo justo por mi porción de ventana corre un parante, es decir: se delimita una ventana, un vidrio, justo delante de mi nariz. Malas noticias, la visión no habrá de ser óptima. Concluyo, sin embargo, a mi favor, que en términos de seguridad es algo bueno porque es un parante que podría amortiguar un golpe, en caso de que fuera necesario, es un parante que –por lo menos– no es vidrio. Me reconcilio, entonces, con esa porción de goma y chapa entre el paisaje y yo. La salida de la ciudad misma es un infierno, tardamos una hora en ir de Retiro a Liniers. Emilia de Retiro a Liniers, otra película. En esa hora Clemente, nuestro azafato de a bordo, se ocupa de darnos la bienvenida, nos explica que servirán cena caliente, cafecito con opción a whisky para la película y desayuno llegando a Bariloche. Clemente está muy contento con su trabajo y con el micrófono, está muy contento de poder contarnos todo lo que nos cuenta, y hacerlo a través de un micrófono. Clemente se mueve con celeridad por entre los asientos y nos prohíbe ir sólido al baño. Lo repite. Dice: repetimos, nada sólido. La sola prohibición me da retorcijones. El asiento es amplio, no tengo compañero, el bus no va tan lleno, ofrecen vino para la cena y whisky para después pero todo lo que en un principio parece tan auspicioso rápidamente se convierte en una pesadilla.

Clemente entiende que tiene que entretener al pasaje todo el tiempo, como si no fuera suficiente con mirar por la ventanilla. Cuando no habla por el micrófono, camina por entre los asientos entregando, retirando u ofreciendo *refill* de cosas, pregunta si tenemos calor, si tenemos frío, si está bien el aire. Yo intento mirar por la ventanilla para que no me hable, y me resulta hasta que me invita a cerrar la cortina por las piedras. ¿Piedras? Afuera no hay más que llanura, ni siquiera un ranchería. Ahora ya ni paisaje queda. Intento, entonces, interesarme por la película, entradísima ya, en la que un señor musculoso tiene que hacer de niñera de un grupo de niños rubísimos que se le resisten. Él lleva biberones en su cinto como granadas. No funciona. No me interesa y no puedo dormir. Clemente va y viene. Basta, Clemente, basta por favor. Algunos señores ya roncan. Me doy cuenta con frustración de que aquel viaje que había imaginado y deseado ya no va a suceder. Que aquella cosa de mirar por la ventana y dejarse ir y que los pensamientos pasen ya no va a ser posible. Estoy encerrada en una habitación en movimiento con olor a mono y Clemente revoloteando. Y estoy cansada pero no tengo sueño.

Desobedezco al azafato y entreabro un poco la cortina. Veo poco pero necesito distraer la atención del niñero físicoculturista. Quiero poder soltar Buenos Aires para ver qué me pasa allá. Pienso en la cara de Manuel al pie del micro en Retiro, pienso en sus jeans descoloridos, en sus zapatillas, en sus rulos, en cómo me miró, en su esperar a que me fuera con las manos en los bolsillos, en el Marroc y el Paragüitas que me metió en el bolsillo en el último abrazo. Siento que ya lo extraño, pasa con estas relaciones de verse tanto, el otro se vuelve imprescindible, orgánico, y eso es lo que no está tan bien. Me desestabiliza o por lo menos desconcierta su cuerpo

–de hecho– tan lejos del mío. Ya perdí la costumbre, es eso, ya la perdí. Perdí la costumbre de ser uno. Una. Ahora, en este micro, empiezo a percibir algo así como abstinencia de Manuel. Pero, ¿lo elijo, lo elegiría ahora, de cero? ¿Podría ahora decidir no elegirlo? ¿Lo elegí, elegí todo esto en algún momento? ¿Cómo empezó? Ya casi no recuerdo cómo empezó. Por Ramiro, sí. En alguna fiesta, claro. Después de muchas veladas, seguro, y de tardes de mate también. De que no me llamara la atención para nada, de que no me llamara la atención en particular, de estar obsesionada con el morocho de la facultad y de no poder ver, de no ver otra cosa en Manolo, el amigo de mi hermano, que eso, que un amigo de mi hermano. De saber, de repente, porque me lo cuenta mi hermano de mala gana, casi a su pesar, de enterarme de que le gusto mucho a ese chico, a ese Manolo, que le gusto mucho al rulos este y que pregunta por mí. Me sorprende y descoloca: no percibí gustarle, para nada, no me lo propuse, en lo más mínimo ni nunca, ni por un instante había visto un candidato en él. De emborracharme después en alguna fiesta y terminar a los besos con él, después de algún recital, en Banfield o en Lanús, de vomitar y que él me cuide y quiera seguir besando aun después del vómito y de volver en tren a Constitución alguna mañana de domingo, mi mejilla sobre su solapa o su bufanda o entre su solapa y su bufanda. De no haberlo pensado nunca antes, de dormir con él y de no separarnos más. Dos años ya, dos años más o menos de esa mañana y nunca me lo pregunté, ni antes, ni después ni durante, simplemente fue siendo así y yo le fui tomando cariño hasta encariñarme del todo y no nos separamos más desde aquellos besos cerca de aquel escenario después de aquel recital en Lanús. O en Banfield. Donde me gustó que me cuidara el vómito, que me siguiera besando después y que me

tomara de la mano camino de la estación, con el bolso al hombro, el mío, para ayudar, que me tomara de la mano ya, como si fuéramos novios, como apropiándose y que yo me dejara hacer de lo borracha que estaba, de lo mal que me sentía y porque se sentía bien también, por eso también.

Nos despierta Clemente a la mañana, no sin violencia, haciendo sonar un DVD de latinos. Abro los ojos y aparte de Patagonia veo a Ricardo Montaner de blanco en unas terrazas griegas, muy blancas, cantándole a una morocha de vestido de bambula que se hace la linda en alguna playa. Ricardo canta en barcos, atardeceres e interiores con vasijas terracota. Clemente va y viene, diligente. Está peinado, hay producción ahí. Me incrusta una bandeja sobre las piernas mientras intento que el surco que el marco de la ventana dejó en mi mejilla se desdibuje. Tengo la frente húmeda y el pelo aplastado. El sudor de la ventana se hizo agua en mi frente. Afuera, la montaña. En una hora más o menos, estamos en Bariloche. Yo soñé algo extraño, no sé muy bien qué pero algo me acecha. Alguna sensación familiar, algo recobrado.

Cuando bajo del micro en Bariloche, el viento del Nahuel Huapi me confunde el flequillo y el aire helado me destapa la nariz, llena de olor a gente. Palpo el frío con los dientes, abro la boca, lo trago: trago un bocado de aire de sur. Estoy empezando a sentirme bien. Ahora, desde acá, desde esta terminal, mientras espero mi turno con el maletero, Manuel, sus pantalones, sus rulos, ya se perciben como algo lejano/ distante.

4

Lunes. No sé muy bien cómo desenvolverme/estar en tu casa, no sé muy bien qué hacer. Trato de moverme para recuperar cierta familiaridad; recorro. Tu gata no me reconoce, me mira de lejos y si me acerco a acariciarla, me muerde. Cuando duerme me da la espalda, me la dedica. Supongo que me lo merezco, por haberla abandonado, por haber dejado de venir tan cruelmente, como si nunca hubiese sido nada más que un apéndice tuyo. Vacío algunos ceniceros; tu vieja, claro, me dijo que me sintiera cómoda, que hiciera lo que quisiese, que me sintiera como en mi casa. Pero claro, no es mi casa y ni siquiera estoy segura de que alguna vez haya sido la tuya. Jorge hasta me deja usar la computadora, imaginate lo sensibilizado que debe estar que hasta me dejó la contraseña anotada en un papelito amarillo, de esos que tienen pegamento en una parte, para recordar cosas, con el pertinente pedido de memorizarla y destruirla en el acto. No sé muy bien qué hacer, agradezco su generosidad y aprecio –conociéndolo– lo enorme de su gesto, pero por ahora prefiero el papel. Tanta carga tiene esa computadora que me da miedo que le pase algo. El maniático le puso un buzo al monitor, ¿podés creer? Uno que dice UCLA, ridículo, debe haber sido de alguno de ustedes, se lo puso a la pantalla para que no la ataque el gato. Hoy anduve un rato por tus cosas, pero así, prácticamente desmelancolizada, sin tristeza ni humedad en los ojos anduve entre tus cosas, revisando, mirando un poquito. Di con el cajón lleno de papelitos y cositas que tenés

ahí, ese que tiene todo tipo de entradas de cine, invitaciones, cartitas, cositas, miles de cartitas mías, con boludeces, tantas boludeces por escrito, la reconstrucción de una historia de la estupidez, prácticamente, de la pavada, de la bobería. Y después cuadernos, todos empezados y nunca completados, con sólo algunas cosas escritas, unas pocas, en una letra tensa. Eran pensamientos bajados frenéticamente, eso me pareció, que habían sido escritos en momentos de emoción, de arrebato, por la letra, porque era la tuya pero modificada, no como la del colegio, no como la de las cartas, llena de tachaduras, errores y arrepentimientos, volviendo sobre tus pasos, sobre tus palabras. Acá era todo de corrido, sin volver atrás, como si ni siquiera hubieses releído, por más errores que hubiera. Escribías sensaciones o sueños, no sé, cosas. Pero no era eso, no era lo que escribías lo que me sorprendió, incluso recordaba alguna de esas situaciones, supongo que me habías contado alguno de esos sueños. Lo raro es el tono, el cómo. Eso es lo raro. No hablabas así. Tampoco escribías así, no cuando le escribías a alguien, a mí por ejemplo. Son líneas llenas de angustia, de rabia, de odio casi, muy severas, con vos, con todo, pero sobre todo con vos. Tan severa con vos misma, madre mía, qué voluntad. Igual, fue un hallazgo bastante feliz, quiero decir: estuvo bien. Te digo que primero me dio una extrañeza tremenda y angustia, de pensar que no te conocí realmente, aunque no, aunque eso sea una ridiculez también, porque vaya que te conocí, quién mejor que yo. Eso mismo fue lo que me gustó también, que hubiera cosas tuyas que yo no había llegado a conocer, eso me gustó, que no me lo hubieras dado todo, o mostrado, que hubiera cosas que te habías guardado para vos. Mirá que resultaste taimada.

Ayer volví a soñar con los de *Six Feet Under*, pero sólo con Nate, David y Ruth. Ruth me hace acordar mucho a Úrsula y

ahora se ve que en el inconsciente hasta se me juntan, porque en mi sueño Ruth era Ruth pero también era tu vieja y los pibes eran algo así como tus primos. La cosa es que estábamos en tu quinta y estaban prendidos los regadores y yo me mojaba, me bañaba debajo de uno de ellos con un vestido de estampado de hojas verdes, parecido a la ropa de juego que les hacía *Fräulein* María a los Von Trapp con las cortinas viejas. Me bañaba debajo del regador, era muy feliz. Nate y David andaban por ahí y Ruth/tu vieja también, pero ella estaba adentro de la casa, yo la sabía ahí y sentía un cariño muy profundo por todos. Entonces alguien, no sé si vos, me preguntaba si me gustaba alguno y Nate estaba comprometido, porque en mi sueño también existía Brenda, tu vieja hablaba de ella y decía que se había cogido a no sé cuántos chabones y creo que eras vos la que me preguntaba si no me gustaba David. Las dos sabíamos que era gay pero igual yo lo quería tanto que sentía que me gustaba, y Nate otro tanto. Qué estupidez, los personajes, porque ni siquiera eran los actores en este caso sino sus personajes, que pasen a ser parte de tu vida. Pero bueno, los Fisher me hicieron acordar a tu familia desde el primer momento, qué se le va a hacer.

5

Desde que llegué acá no paro de dormir. No puedo, no puedo parar de dormir. Me da un poco de vergüenza, por tus viejos, no sé qué van a pensar, que estoy deprimida, en el mejor de los casos, no sé. Tal vez no, Úrsula me deja el plato de desayuno en la mesa, con una notita, cuando se va a trabajar. Es increíble tu vieja. Y sueño unas cosas rarísimas, porque me paso de rosca, venzo la barrera del sueño y llego más allá, voy más allá y entro en un estado extrañísimo. Y es tu cama, es tu casa, tu habitación, es muy raro todo esto, muy raro. Aunque no se parezca mucho a antes. Digamos que está como neutralizado. Creo que entre medio vivió tu hermana acá un tiempo y ahora pareciera ser de huéspedes, se volvió itinerante. Siempre me pareció bien que tus viejos habilitaran tu cuarto, que lo habitaran, porque de esta manera ni es tuyo ni deja de serlo, no sé cómo explicarlo, es tuyo, pero neutralizado, aplacado. Y sin embargo vos estás, en algunas cosas. Algunos cuadritos quedaron, los de recortes de revistas, el Berni de revista, ¿o era un Petorutti? No me acuerdo, no dice, el que recortaste de la revista, sigue ahí, prendido a la biblioteca por una chinche. La foto de Bulgo también sigue ahí, debajo del plastificado del escritorio y al lado quedó un pedazo de cara de Johnny Depp que, se ve, intentaron arrancar, pero Johnny se aferró al plástico con todo y ahí está, ahí sigue, joven y bonito. Hay un par de cosas más. Sobre todo en los cajones. Pero eso ya te lo dije. No regalaron todas tus cosas. Tu vieja se quedó con bastante ropa, algunas

cosas las usa, alguna que otra me había llevado yo también, en su momento, el pulóver azul de bolitas, dormí con él hasta hace muy poco, ya está medio asqueroso pero todavía no pude tirarlo, aunque ya no signifique, el pulóver quiero decir. Es raro ver prendas tuyas, muy tuyas, reencontrarlas acá, prácticamente intactas, y que sigan siendo.

Hablé con Ramiro y parece que el ratón todavía no se fue pero él ya tomó un par de medidas. Compró una trampa para ratones (iács, inquisición) y le puso un pedazo de queso; que el ratón todavía no picó pero que ahora toda la cocina huele a queso. Por otro lado puso veneno para que coma y lo mezcló con no sé qué semillas de qué para que pique pero que le dijeron que igual el envenenamiento lleva días, porque va comiendo de a bocaditos tan chicos que tarda en morir. Un espanto. Mi humilde hogar devino de pronto en una especie de lugar del horror con muerte institucionalizada y todo, no sé, me da asco de sólo pensarlo. A Rama, por el contrario, se lo escucha bastante entusiasmado. Estimo que se reencontró con su antigua vocación de atrapa-cucarachas, esa cosa tan masculina/viril de la sed de sangre.

Hoy voy a ir a dar una vuelta por ahí, a ver si me topo con alguien, de casualidad digo, igual espero que no me reconozcan, no tengo muchas ganas de ir a tocar timbres, hay muy poca gente que me dé ganas de ver. Después me encuentro con tus viejos para cenar. Julián por ejemplo, Juli es alguien, uno de los que (el que más) quiero y no quiero ver. Desde que llegué acá, desde que empecé a acercarme al valle, en el bondi ya, a la mañana, ni bien me desperté y empezó a haber montañas me vino una sensación tan potente de Julián, como si simplemente hubiera estado anestesiada, como puesta en hielo, o en sal, la sensación, todo este tiempo; desperté y mi nariz dormida había empañado el vidrio,

helado, mi cara estaba fría y aplastada, esparcí el vapor en el vidrio con la manga de mi campera, vi el primer sol de mañana sobre los picos, todavía no daba sobre la ruta, y sentí, qué horror, la memoria en el cuerpo, en la vista, todo, una memoria sensitiva, de sentidos, alojada ahí, la memoria se ríe de planes, de decisiones.

Y ahora que me acuerdo, en esos sueños extraños de anoche también apareció Julián. No sé muy bien qué era, pero me quedó la sensación de él. Ahora no entiendo muy bien si eso significa que tengo ganas de encontrármelo o todo lo contrario. Me doy cuenta de que saber, como saber, quiero saber de él, pero cualquier cosa que haga, cualquier movimiento, podría ser malinterpretado. Tengo miedo de llamarlo y que me atienda la mujer, no sé si tiene, ni siquiera sé si todavía está en España o si volvió y si volvió no sé si se vino para acá o se quedó en Buenos Aires, no creo, eso lo dudo mucho, no sé, no tengo idea. A tu vieja no le quiero preguntar, no sé muy bien por qué, creo que me da un poco de vergüenza que piense que todavía estoy enganchada o algo, no sé. Tal vez ni siquiera sea eso, tal vez simplemente haya ciertas respuestas que no tengo ganas de escuchar, qué sé yo. Odio que estas cosas sean así, tan escabrosas, los ex novios. Lo raro es, de un día para el otro, ya no saber nada de una persona con la que compartías todo y a la que conocías íntimamente, compartir todo, de cada día, lo que le pasaba cada día y después, de repente, de un momento a otro, ya nunca más nada y ni siquiera tener derecho a llamarlo o sí, o llamarlo igual, pero todo se vuelve incómodo, hasta lo más básico se vuelve incómodo. Dejar de tener derecho al otro, perderlo por completo, tan así, como si tal cosa. Odio eso, esa muerte artificial, ese ensayo de una muerte: hacerte a la idea de que esa persona desaparece, desapareció, se fue de tu vida

y ya no tenés derecho a saber más nada de él. De ella. De la persona. Es absurdo, violento. Si sigue viviendo y anda cerca, o no, querés saber cómo está, en qué anda, no sé, algo. ¿O no? ¿No sería eso lo lógico? Voy a ver, a lo mejor paso por su casa hoy a la tarde, por la casa de los viejos, a ver qué onda, a ver si toco el timbre, a ver si me entero de algo.

6

¿Viste que los gatos siempre se ponen en los lugares más lindos? Justo en los que se pondría uno si tuviera su tamaño. En este momento tu gata está enroscada en la pileta del lavadero. Le da el sol y se acomodó sobre una manta/frazada que tu vieja puso ahí para lavar. Así que, además, tiene olor a gente. No podría ser mejor. ¿Quién era que decía eso de que el hombre en la ciudad es un mamífero viviendo como insecto? No sé. Lo cierto es que acá el sopor te toma, irremediablemente, y entro a competir en horas sueño con tu gato. Duermo, mucho, como si la vigilia no tuviera ya nada para mí.

Ayer, finalmente, fui a dar una vuelta por ahí, por el barrio y un poco más también. En un primer momento intenté eludir todos los focos conflictivos: mi caminar iba determinado por todos los lugares por los que prefería no pasar. Anduve por el centro, pasé por el boulevard, bordeé la terminal, me fui para arriba, pasé del asfalto a la calle de tierra sin darme cuenta casi porque empieza así, el asfalto se mete mudo por debajo de la tierra y de las piedras y de pronto el andar, el pisar, tiene sonido y levanta polvo. Subí un poco en dirección a la laguna pero el sol pegaba terrible y entré a sudar pero tampoco me quería sacar la ropa porque el aire estaba frío y mi remera ya estaba húmeda así que me volví, volví para abajo y agarré para el lado de la ruta, hacia Trevelin, quería

ver un poco del campo. Está todo tan igual... Si no fuera por las zapatillas que llevo y que seguro me compré este año dudaría de mi edad, dudaría de mi momento histórico, del punto en la línea de mi vida en el que me encuentro, dudaría de la línea. Pero no hay dudas, no debería haberlas, estas zapatillas son nuevas, su goma lo es, son rojas, las elegí yo, hace poco, me acompañó Manuel, estuve tres horas para decidirme, el vendedor y él se complotaron en mi contra, se burlaban de mi indecisión y a mí se me empezó a jugar otra cosa, quería éstas, sabía que quería las rojas pero eran caras y me daba culpa pero a la vez no tenía sentido gastar la plata en otras porque eran éstas y después me peleé con Manuel por haberse puesto del lado del vendedor que era un boludo y él que no, que no había sido para tanto, que yo estaba demasiado sensible. Eran éstas mis zapatillas, las de la discordia, así que soy yo habitando el dos mil algo, no puede haber dudas de eso. Pero el afuera está todo tan escalofriantemente parecido a sí mismo. Qué frío hace acá, de esa sensación me había olvidado, ya tengo los labios partidos, las comisuras ajadas, apenas si puedo abrir la boca, qué frío seco, qué frío. Me siento cerca de la ruta un rato, entre unos pastos, en una sombra pero con las piernas al sol y sin duda prendería un cigarrillo si fumara. Tanteo mis bolsillos en busca de un caramelo pero no hay nada, nada comestible. Trago saliva y extraño el sabor del dulce y el del cigarrillo también, por omisión. Acá huele seco, a hierba, a hierbajo, a montaña y heno, huele a sur, un olor que apenas se deja percibir de tan seco que es, tan seco que casi impide la constitución, la posibilidad de un olor, de un aroma. Esta ausencia de humedad, esta succión, este frío, de verdad podrían llevarte a la locura, inducirte. La humedad, lo húmedo, hace que las cosas funcionen, se aglutinen,

establezcan contacto. Con una larga exposición a estos fríos y a este seco, a estos fríos secos, las conexiones tarde o temprano dejan de funcionar y entonces te quiero ver con las centrales nerviosas, con los nervios, arreciados, con este desierto detrás de la frente.

Me encuentro en la cuadra de la casa de Julián. La casa familiar. Todo está exactamente igual: la calle de tierra, las mismas casas, todo igual. Agregaron alguna que otra reja, pero si no todo lo mismo, hasta los mismos perros y me agarra/entra una angustia... No sé si buena o mala, de llorar seguro, pero no podría decir si de alivio o de tristeza mala, de tristeza que habría que evitar y dejar atrás, o de la buena, no sé de cuál de las dos. Pero en definitiva estaba un poco contenta de estar ahí, raro, como una sensación propia en la panza, como de propiedad, de reconocer algo, de pertenencia. Algo así. En eso veo que se abre la reja, yo estoy a la altura de la esquina y automáticamente me escondo detrás del crataegus que tengo delante. No lo pienso, si no no hubiese elegido verme tan ridícula, pero el susto me lleva directamente a la estupidez, a actuar tonto. Entonces, ya que estoy ahí y todo me inculpa, le hago honor a la situación Benny Hill: fisgoneo. Pero lo que veo es bastante menos gracioso que Benny y una rubia perdiendo prendas detrás de un arbusto. Veo a Susi salir de la casa con un crío en brazos. Madre mía. Lo sabía, lo sabía, es de Julián, es de Julián, lo sé, lo sé, no hace falta que me lo digan. Qué horror, qué espanto, y yo escondida detrás del yuyo, qué patético, la historia de mi vida: la gente forma familias mientras yo me oculto detrás de un arbusto. Y para peor, espío. Me quiero ir corriendo, pero probablemente llamaría mucho la atención, así que no lo

hago. Susi acomoda al nieto en un carrito, lo arropa, duda y finalmente sale para el otro lado. Me quedo unos instantes en mi escondite, más por perplejidad que por otra cosa, vuelvo a mirar para la casa, ya no se ve ningún movimiento y por un momento dudo en ir a tocar el timbre. ¿Enfrentar todo de una vez? ¿Decir hola qué tal quiero conocer a tu nueva familia? ¿Hola qué tal, así que ahora sos padre? Pero no, no podría soportarlo, no querría. Así que arranco, parto, dejo atrás la planta, me voy.

7

Pensar en la educación como algo constitutivo. Horas y días y años en instituciones; largas y muchas horas por día y casi no mucho más que eso. La educación. La inhibición. Y de cómo funcionan. Juntas. Una a raíz de la otra. Tenerle miedo, temer. Y, a la vez, querer robarle el novio a tu amiga. Querer comprártelo con un fruto, ¿de qué árbol? En el patio ¿de qué escuela? De esos cuyo fruto es como un algodón que viene adentro de una cascarita, doble, cerrada sobre sí misma. ¿De palo borracho? ¿Es el fruto del palo borracho? ¿O de qué? ¿Es el fruto de la flor rosa del palo borracho verde y de pinchos? De alguna de esas escuelas de piso de patio de cemento puro, tan apto para rodillas. Y el miedo, entonces. El miedo a la maestra, sobre todo, a la autoridad. Miedo a ¿que te echen?, ¿que te señalen? ¿Que te hagan a un lado? ¿Que te distingan? Tal vez, sobre todo, a que te señalen. Un pasado de insolencia, un primer devenir insolente. Hago lo que quiero, hago lo que quiero, hago lo que quiero. Una primera insolencia o desafío a la autoridad o falta de reconocimiento de jerarquías, apaleados. Por la fuerza; la de la palabra, la del orden. Amenazan. ¿Con qué? ¿A través de qué? Si dicen: eso que hacés no está bien. No sólo eso, sino que además está mal. Cuando vaya uno a saber qué es –en alguien– el mal.

Como en ese artículo sobre los grandes asesinos seriales, asesinos con saña, con avaricia. Uno de los ejemplos era Ted Bundy, muy sonriente él, muy bronceado y comprador, otro, la parejita que mataba niños en Inglaterra... ¿Cómo se

llamaban? El caso es que en el artículo algunos especialistas sostenían que hay un cierto grado de maldad que no se deja atribuir a ningún cuadro psicológico sino que ya sería algo de otro orden, inclasificable: maldad. Maldad en estado puro. Se alarmaban, entonces, los psicólogos; que ni siquiera querían entrar en un plano moral o religioso, que era inconducente. Hablaban acerca de psicópatas, algunos podían llegar a matar, otros no, y algunos de los asesinos seriales ni siquiera son psicópatas. Y había como una especie de escala que habían desarrollado que iba del uno al veintidós en orden de gravedad para calificar el grado de ensañamiento del asesino con sus víctimas. Después me preguntaba en qué lugar pone, dónde o cómo ubica la psicología la muerte, la muerte propia, la de uno mismo. Aquella de uno mismo. Qué lugar ocupa eso en la cabeza, en la mente. Uno muriendo para sí mismo, muriéndose. El reflejo de la propia muerte, el acto reflexivo de morir, morir como reflejo. Morir, morirse, es –entonces– reflexivo. Eso ya es algo.

8

Y sí. El abc de mi psicología, mi abecé. Ayer veo a la vieja de Juli con un pibe, con un bebé y hoy me despierto abrumada por él, de él, de soñar con él, largo y exhaustivo. Que lo veía, que hablaba, que me seguía pasando la misma cosa dolorosa de siempre de no poder, de no querer dejarlo ir y, al mismo tiempo, no querer retenerlo. O no poder. No sé. Ni contigo ni sin ti, ése es el principio, ni contigo ni sin ti. Como Fanny, como Depardieu. Ese agujero en el estómago, en el corazón, ese vacío donde nada nunca, nada de lo que puedas hacer es o va a ser suficiente. Nunca. Esa sensación de la merma, de la ausencia. Eso sentía, ese agujero sentía en mi sueño, cuando tenía a Julián enfrente, y a la vez estaba feliz, bueno, un tipo de felicidad bastante particular, tan para él, verlo ahí, tenerlo enfrente y saber que todavía no estallé desperdigándome por ahí. Esa sensación también: la del corazón en la garganta por saber si, en efecto, estará bien o en qué andará. En mi sueño, entonces, hablábamos y él me contaba que tenía hijos y mujer o no sé si me lo decía, pero la sensación era la de que estaba comprometido y que había algo que ya no era posible para nosotros, eso, la imposibilidad y, sin embargo, lo innegable de eso que se sostiene, de eso que sí pasa, eso químico, ese flujo, esa necesidad. Pienso que podría comerlo en esos momentos, directamente engullirlo, para que quede siempre adentro. O que me mate, también pienso eso, pienso que podría pasar y es casi como si lo deseara, como si lo estuviera esperando, que me mate. Si cierro mis ojos y apoyo la cabeza sobre mis

brazos en la mesa, y él me acaricia el pelo, pienso, siento, que en ese momento podría romperme la cabeza de un golpe, darme una trompada, justo en la cabeza y matarme, pero no abro los ojos, sino que me quedo ahí, con los ojos cerrados, sin miedo, resignada, entregada a eso, entregada a él, a su puño. Pulsión de muerte, eso me da, eso me dio siempre; pulsión de muerte. Algo así como un punto medio entre querer evitar y necesitar ir. Saber, escuchar, que conviene/ convendría retirarse y sin embargo no poder realmente, no poder evitarlo, e ir ir ir, como imantada, como imantada por algo. Tal vez el bebé no sea de él, tal vez Susi estaba cuidando algún pendejo, no tiene por qué ser su nieto. Ayer no me atreví a preguntarles nada a tus viejos en la cena, quedé tan shockeada con lo del bebé que no quise hablar de eso, estoy segura de que es suyo, que es de él y necesito hacerme un poco a la idea antes de que me lo confirmen, necesito poder soportar la confirmación con estoicismo, cuando me la den. Ahora mismo soy un desastre, no sé por qué me angustia tanto, si era una de las posibilidades. Quiero decir: ya no es, estaba siendo, parte de mi vida, aunque lo haya sido, y es libre de hacer lo que quiera y yo siempre quise que estuviera bien, que fuera feliz, o no sé si feliz, tal vez eso es mucho pedir, pero que por lo menos se acercase a una cierta estabilidad, emocional por lo menos. Pero ahora que infiero que la tiene, me da bronca, o dolor, no haber podido dársela yo, peor, que haya podido encontrarla en otra persona. En principio, no puedo tolerar la idea de que haya tenido hijos con otra persona, otra mina, otra mujer. La idea de que haya pequeños él en el mundo y que no tengan nada que ver conmigo me duele, no sé por qué, no sé por qué tanto, se ve que nunca me lo hubiese imaginado y siempre supuse que él andaría perdido por ahí, intentando

recomponer su vida y ahora me encuentro con que no perdió el tiempo, no perdió ni un minuto y, claro, tanto tiempo no iba a andar vagando solo, con lo encantador que es, eso hay que dejárselo. Es carismático el hijo de puta. Ali me mira, con los ojos bien abiertos, con ese gesto de gato que está entre la sorpresa absoluta, el azoramiento y estar viendo la cara de un muerto. Me hace gracia cuando me mira así: le sostengo la mirada, intento reproducir su cara de perplejidad y nos miramos un rato así. Me pregunto si me querrá transmitir algo que no termino de entender o si verá en mi cara algo que yo no sé. Qué triste, todo lo de Julián me pone muy triste. Siempre me puso muy triste. Lo mismo que me atrae es lo que me deprime, ése es el dilema. Lo que me gusta me deprime, o me deprime lo que me gusta, no sé muy bien, no sé en qué orden.

Bueno, que la cena con tus padres estuvo muy bien, aunque me haya quedado la sensación de haber hecho malabares casi todo el tiempo, para evitar o no pasar por un montón de temas. Básicamente me preguntaron por mi vida en Buenos Aires, que si me gustaba, si me había adaptado, que a quién veía, que qué pocos habían aguantado allá, que la mayoría había vuelto (peligro: Julián), que si estaba contenta con mi trabajo, con lo cual hice una especie de recorte y conté sólo lo bueno, filtrando mis temores, filtrándoles mis temores, valoricé lo de los horarios flexibles y que yo manejaba el tiempo, que eso sí de verdad está bueno, y después preguntaron por la facultad, no, creo que fue lo primero por lo que preguntaron y ahí sí que apliqué un filtro enorme enorme, me explayé acerca de todas las beldades, todos los beneficios del aprendizaje institucionalizado, recurriendo más a lo que recordaba de mis expectativas cuando empecé a estudiar que a aquello con lo que, en efecto, me había

encontrado/topado. Que sí, que me gusta, que sí, que me lleva bastante tiempo, que no, que todavía no tengo un tablero, pero tengo una mesa grande, que cuando es imprescindible trabajo en lo de un compañero, sí, que conocí gente copada y que hay de todo, sí, la mayoría porteños, pero muchos de otras provincias también, que hay mucha gente en general, así que hay de todo, aunque no tan de todo tampoco porque es una carrera cara, que los materiales son muy caros, que sí, que son carísimos y que mi viejo me sigue mandando una mensualidad para material de estudio, que igual tengo una beca para apuntes y que del alquiler se ocupa él, que eso ya es un gran alivio, porque si tuviéramos que pagar el alquiler no podríamos estudiar, eso seguro. Que sí, que Ramiro sigue también, pero se lo está tomando muy tranquilo, que está muy copado con la música, que conoció a unos pibes ahí en la facultad, bah, a uno y a través de ése a otros, su grupo de amigos, la mayoría porteños, o del conurbano, y que son todos músicos, más que nada rock hacen, sí, y tienen una banda. Sí, está bueno, Rami está muy copado y se la pasa todo el día tocando; ahora le compró un teclado usado a uno de estos pibes, así que está con las dos cosas, con la guitarra y el teclado y que había empezado a componer. No, que a mí no me jode para nada, al contrario, que de hecho me gusta, me gusta la música que hacen y que haya música en casa y gente, eso sobre todo, que haya circulación. No, que para estudiar no me jode, que o cierro la puerta o me voy a lo de algún compañero o a un bar, pero que igual en general no me jode, al contrario, me ayuda a concentrarme, diría que me distiende. Que de hecho mi novio es el baterista de la banda, así que mucho no me puede joder. Ah, sí, sí, sigue siendo el mismo, Manuel, sí, que estoy contenta, que desde hace un tiempo se puso un poco más

seria la cosa. No, de Mendoza es, pero hace un montón que vive en Buenos Aires. Un poco más grande nada más, tiene dos años más que Ramiro. No, y eso hacen, tienen la banda, ellos tocan hace bastante, pasa que Rami se les sumó hace relativamente poco, porque se pelearon con el guitarrista, que también era el cantante y entonces entraron Rami y otro chico, que hace la voz. Y canta muy bien, le vino muy bien a la banda el cambio, porque este pibe tiene una voz increíble, muy personal y además le pone mucha pila a la banda, al grupo en sí, humanamente también, que eso es bastante importante. Reducido, la banda se llama así: Reducido. Sí, tocan bastante, en el sur sobre todo, en el sur de la capital, y en provincia también, en provincia de Buenos Aires, ahí tocan bastante, les salen bastantes fechas. Sí, en general tocan con otras bandas, todavía no tocan solos, bah, casi nunca, un par de veces tocaron solos, pero no les conviene, es difícil que ellos lleven tanta gente como para poder bancar el lugar y el transporte de los equipos, uno de los pibes tiene una combi y cargan todo ahí, pero igual, la idea es hacer unos mangos, aunque sea para los repuestos. Y los viáticos. Sí, que estoy contenta, que estamos bien con Manuel, sí, que es muy tranquilo, sí, que lo quiero mucho (peligro: Julián), sí, que él también me quiere mucho, sí, que nos queremos. No, sí, que aparte trabaja en un negocio de venta de instrumentos, sobre Talcahuano, sí, ahí en el centro centro, que hay muchos, sí, que se aburre un poco pero que no está tan mal después de todo. Y trabaja en blanco. Y además es provisorio: quiere ver de dar clases de música en colegios, le gustan los pibes. Bueno, que entonces no me puedo quejar, que me va bastante bien, dice tu vieja, no claro si yo no me quejo, chin-chin, entonces, chin-chin.

Volvimos caminando, porque habíamos ido ahí al

Rivadavia, que, por cierto, todavía es atendido por el viejo Nicolás que me decía nena qué cambiada que estás, mientras me miraba las tetas, una situación bastante incómoda, así que volvimos caminando y hacía un tornillo que no te explico y tu vieja enganchó su brazo en el mío y Jorge la abrazaba a ella y así volvimos, todos borrachos, casi una familia.

Yo todavía no sé si estoy contenta o triste, no me puedo dar cuenta. Pero que estoy acá, estoy acá; eso seguro.

9

Ali y yo desarrollamos una mecánica similar. Es raro. Cuando me despierto es lo primero que veo, por lo general ella duerme todavía. Duerme hasta que siente que me muevo y entreabre un poco los ojos, por lo general no le da para mucho más que para eso, me mide unos instantes, ve que todo está en su lugar, que mi despertar, ése, no se diferencia demasiado de todos los otros, los otros despertares, y cuando no bosteza o estira o reacomoda un poco, es porque se queda en la misma posición. Entonces yo también me estiro o, más bien, me retuerzo, en la cama todavía, doy unas vueltas y la miro, tan pacífica. Me pregunto quién vela el sueño de quién.

Hoy me vino a ver Vanina, muy raro. No que haya venido, claro, parece que se enteró de que andaba por acá y le preguntó a tu vieja y ella no le pudo mentir, no tenía por qué hacerlo. Así que vino a tomar unos mates conmigo. No estuvo tan mal después de todo, una vez vencida la fobia inicial. Al principio yo estaba absolutamente inhibida, no sé, ella estaba contenta, simple y sinceramente contenta de verme. Claro, las cosas no son tan complicadas, en realidad. Al menos para algunos. Yo la vi bastante bien también. No sé por qué digo también, no sé si yo lo estoy, no sé si estoy bien, habría que ver qué opina ella de cómo me encontró. Por lo pronto, prefiero no saberlo. Bueno, la cosa es que sigue ahí, acá, pero está contenta, contenta con la elección de quedarse, de no

estudiar, de no irse a estudiar a otra parte, como hicimos casi todos. Dijo que al principio le costó bastante. Aparte, en ese momento salía con Mario y Mario se iba para La Plata y ella amagó, pensó en irse con él, pero al final no, al final decidió quedarse porque siendo absolutamente sincera consigo misma, así me dijo, ella no encontraba ni una única buena razón para irse, que a ella Esquel le encanta, que siempre le encantó. Que recién hace dos o tres años empezó a estar bien en serio otra vez, que al principio se deprimía, porque se quedó un poco sola, sintió que se había quedado sola y trabajaba, pero estaba medio deprimida, de camarera trabajaba. Pero después parece que se enganchó con el dueño del bar, uno nuevo, uno que pusieron sobre Rivadavia, con colores naranja, medio oscuro, con pool, bueno, que se enganchó con Omar. Que al principio eran amantes, porque Omar estaba casado, pero después parece que se enamoraron y que entonces Omar había dejado a la mujer y que se habían ido a vivir juntos y que ella está chocha, viviendo y trabajando con él. Que al principio se había armado un poco la podrida con la gente, pero que igual a la ex mujer no la quería nadie, que se volvió a Madryn, porque era de allá, así que la mayoría de la gente había estado con ella, le había dado su apoyo y que bueno, que a ella igual tampoco le preocupaba demasiado, sabía que con el tiempo iba a pasar de moda el chisme y ellos iban a poder estar tranquilos. Y así fue, ahora están súper contentos con el bar, que está funcionando bastante bien, que el fin de semana incluso viene gente de lejos, que les va bien, que se compraron un autito y un terreno, chiquito, en las afueras y que la idea es empezar a construir ahí de a poco. Que hijos no, que por ahora no, que recién hace poquito están solos y tranquilos, después del escándalo del divorcio de él y que querían estar un tiempo

más así, pero que sí, que ella se imaginaba formando una familia con él, que lo veía como al padre de sus hijos y que de hecho, ah, sí, que si ya sabía lo de Julián. Yo, cara de piedra. No, que no, que no sabía, que qué era lo que tenía que saber. Ella: pequeño brillo en los ojos, brillo de ser quien me diera la truculenta primicia. Ah, no, que Julián tiene hijos, dos, bah, uno y que está esperando otro. A mí se me hiela la sangre y trae aparejado el reconocible/previsible nudo en el estómago. Finjo control. ¿Qué raro, no? ¿Julián padre? ¿Quién se lo hubiera imaginado?, me comenta Vanina. Yo, más mentirosa que nunca, que por qué, que no me parecía tan raro, que debe ser buen padre, que no veo por qué y ella que, sin saber, clava la daga más y más hondo y sin apuro, ah, sí, que de hecho la sorpresa era ésa, que era increíble verlo a Julián con el pibe, que lo llevaba a todos lados, que andaba con él encima siempre que podía, que era lindo de ver. Siento que me quiero morir o, por lo menos, matar al mensajero. Y todavía falta lo más sabroso y sé que Vanina no me lo va a decir, que no lo va a nombrar por su cuenta, que va a esperar a que yo pregunte, me va a dejar querer saber, va a dejar que demuestre que quiero, que necesito saber, para no herirme innecesariamente, como si el daño no estuviera hecho ya. Aunque, por la información que le di, la de mi novio en Buenos Aires, más el tiempo que pasó, más mi performance, ni siquiera debe asomarse a todo lo que esto me duele. No se da, no puede darse una idea. Asume, creo, que a mí me encanta mi vida de mujer independiente en la Capital, vida que no cambiaría por nada, y estimo que es lo que yo me encargué de transmitirle desde que llegó, lo que le hice creer. Y cualquiera, hasta yo en un buen día, diría que es así, que no cambiaría mi simple y simpática vida en Buenos Aires por nada. Sólo que ahora ya no estoy tan segura de eso. ¿Y qué si

todas mis elecciones fueron siempre las equivocadas y yo tendría que haberme quedado con Julián? Entonces/en ese caso, esos hijos, esos nenes, serían míos ahora. Qué horror. Hijos con otra. Está, entonces, eternamente ligado a otra persona. Lo que nos lleva nuevamente a... ¿Con quién se casó? Ah, no, que no se casó, bah, que ahora sí, que ahora sí que se había casado, pero después del nacimiento del hijo, de León. León parece que se llama, qué nombre bonito, qué nombre discreto. Muy Julián, lo debe haber elegido él. Ligado a otra persona, a otra mujer para siempre, qué espanto, qué horror. No, que la chica es una piba más chica, una pendeja de Trevelin, de familia de galeses, que estaban saliendo pero no hacía mucho y que la piba tenía dieciocho, que tenía dieciocho años cuando quedó embarazada y que decidieron tenerlo. Ella quería, ella acababa de salir del colegio. Mariela, Mariela se llama. Ahora tiene veintiuno. Y que bueno, que nació León y cuando tenía medio año más o menos, se casaron. Que no, que ella no fue al casamiento, que invitaron a muy poca gente porque no tenían un mango y porque la familia de ella no estaba muy contenta con el casamiento, con Julián y con que hubiera embarazado/preñado a la hija antes de casarse. Así que fue todo un poco expeditivo y listo. Que ella se casó con el nene en brazos. Ah. Dolor, dolor del más profundo. ¿Y él se quedó con ella? ¿De repente fue capaz de tanto amor? Y, es su hijo, a eso evidentemente no hay con qué darle, su hijo. Bueno, así que ahí estaban, se la había traído a vivir acá, a la casa de los viejos de él, y ella, por ahora, no labura, y que Susi la ayuda con León y el embarazo y que Julián trabaja con su viejo, más que nada con la camioneta, con las encomiendas, que viaja bastante. Bien, viaja. Puede querer decir que no todo es tan idílico después de todo, quiere decir que pasa mucho tiempo lejos de su

familia, eso me alegra, eso me alivia, qué horror, debería dejarme sin cuidado y sin embargo no, sin embargo siento como si acá se estuviera dirimiendo la historia de mi vida. ¿Y Manuel? ¿Cómo es que pudo desvanecerse tan rápido de mi cabeza, mi presente, de mis deseos, eso sobre todo? En dos años nunca se me ocurrió pensar, ni un solo día, en tener hijos con él y se lo adjudicaba a una postura, a una elección de vida. Y ahora llego acá y un par de días después ya siento que lo daría todo por ser la madre de esos niños, la mujer en la vida de Julián, su mujer, la única. Curioso cómo funciona el deseo. O la estupidez, también de eso hay. Que sí, que es buena Mariela, la mujer, bah, que no la conoce mucho pero que cree que sí, que de hecho ella, la chica, no habla mucho, que es muy tímida, o no sé qué, parece que viene de una familia muy estricta, de padre muy severo o algo así y que no está muy acostumbrada a hablar. Que sale muy poco, que está siempre con el nene y que además tiene embarazos complicados, que la obligan a guardar cama, que así que tampoco anduvo mucho por ahí, porque entre los meses del embarazo y el post parto estuvo casi todo el tiempo postrada, desde que vino para acá, prácticamente se la pasó en cama y que ella no la conocía de antes, así que mucho no sabe. Sí, parece que no es muy saludable, parece que la ves y te da un poco de impresión porque aunque tenga veintiuno parece una nena, parece la hermana mayor de León, da un poco de impresión verla embarazada, raquítica y con la panza, me pregunto cómo puede ser que Vanina la haya visto si guarda cama, pero no importa, tal vez le alcance con imaginársela, raquítica y panzona, como para impresionarse, a mí también me pasa, que ya puedo imaginarla panzona y con cara de nena, de pecas y rubiecita, me la imagino como Sarah Polley, pero a los trece. Como Sarah Polley a los trece. Menos

saludable. Pobre. Siento que ya le tengo cariño y me agarra una extraña sensación, como si quisiera, por un lado, ir a tenerle la mano y contarle cosas o leerle mientras guarda cama y, por otro, ahogarla con una almohada o darle muchos muchos calmantes o pastillas para dormir, para que me devuelva el mundo, para que me sea restituido, él y todo lo que tiene que ver con él. Así que el encuentro con Vanina, el encuentro en sí mismo, no estuvo tan mal pero se desdibujó, quedó en un segundísimo plano detrás de todas las imágenes con las que me pobló, con las que pobló el living de la casa de tus padres, tu casa. Nos abrazamos, me comprometí a pasar por el bar una de estas noches, se fue. Cerré la puerta, me fui al baño porque no sabía qué hacer, me saqué la ropa, toda, y me metí en la ducha, como un autómata, como idiota, como anestesiada, no sé muy bien. Creo que no lloré, no pude llorar, no podía. Estuve un rato así, debajo de la ducha bien caliente. Ali estaba ahí, tranquila, acomodada sobre la ropa en el piso. La miré. Me respondió, con los ojos bien abiertos. Entonces vomité.

10

En esta casa ayer hubo un asado. ¿Quién no querría estar acá? Las cenizas del espiral forman eso sobre la baldosa: un espiral de cenizas alrededor de un cosito de chapa que ahora se ve ridículo, sin función. Las cenizas siguen ahí, no se esparcieron, están justo ahí donde fueron consumidas. Tu gato se retuerce y relame sobre el piso del patio. Me cautiva. Me paro, lo besuqueo. Muda pelaje y me llena la boca de pelos. Tricolores. De gato. Ahora se limpia, se lame entre los dedos, las garras, las garritas, el hocico.

El domingo, finalmente, es el día de la ceremonia. Ayer vino tu hermana y eso fue lo que se acordó. Yo estaba bastante ida, no podía conectar mucho, pero igual di mi opinión. No se ponían de acuerdo. Tus viejos, sobre todo tu mamá, tenía la idea de simplemente poner las cenizas en la tierra junto al álamo del fondo, que para qué hacer tanto lío, que era linda la idea de que quedaran ahí las cenizas, en la casa en la que viviste siempre. Tu viejo no decía mucho, creo que estaba de acuerdo o que, por lo menos, no se le ocurría nada mejor. Tu hermana ya había dicho que a ella todo esto de por sí no la entusiasma demasiado, que para ella es remover al pedo, que ya lo había dicho, que ya lo sabían, que así que cualquier cosa que decidieran iba a estar bien. Que le dijeran dónde y a qué hora estar el domingo y listo. Que había venido a comer un asado y a estar con sus padres y a saludarme a mí, claro,

también. Y nada más. Yo, vaya uno a saber por qué, me puse elocuente. Me sorprendió que no tuvieran más decisión o, por lo menos, más imaginación a la hora de pensar la ceremonia. Sobre todo considerando que ellos la habían propuesto. Dije que a mí me gustaba la idea de tirar tus cenizas desde el puente hacia el río, que podía sonar trillado y que ya sé que ése no era un lugar que tuviera tanto que ver con vos, sobre todo comparándolo con tu casa. Pero que qué sé yo, que yo sabía que a vos sí te gustaba ir ahí, al río en sí y que, después de todo, la idea de que tus cenizas cayeran libres y se esparcieran sobre el valle, que volaran, eso era lo que estaba bueno; que ponerlas en el fondo de tu casa en definitiva era enterrarlas y que por ahí estaba buena la idea de acercar la ceremonia, el concepto de la ceremonia, a una idea de libertad. Dije, también, incontenible ya, que pensaba en una película que había visto, que nada que ver, pero que a mí me remitía a esto o, por alguna razón, asociaba la imagen. Una película en la que al final, en la última escena, la chica se tiraba desde una especie de puente también, entre las montañas de Mongolia o no sé dónde, china la película, la chica, y ella se suicidaba pero no era un suicidio o por lo menos no era triste porque ella volaba, quedaba suspendida entre las nubes que había, flotaba en el aire, era triste y poético y bello. No dije todo eso, sí lo de la película, lo de la chica también y algo de la libertad, preferí omitir lo del suicidio y la poesía. Tu hermana, con la boca llena, dijo que por ella estaba bien pero que había que ir cerca del mediodía porque cuando no da el sol sobre el puente te cagás de frío. Lo que se dice práctica. Tu vieja estaba un poco emocionada, creo que le daba cierto dolor pensar en desprenderse –también– de las cenizas. A tu papá le pareció una linda idea. Entonces finalmente a Úrsula también.

11

Hoy soñé que nos íbamos de viaje de egresados y que en mi bolso de mano, que en el bolsillo externo de mi bolso de mano había dos ratones: uno era de verdad y el otro de mentira. Yo los dejaba ahí. A lo mejor fue porque anoche hablé con Ramiro. Parece que el ratón todavía no se fue y que el gato de Mauro no lo quiere cazar ni en pedo. Bah, que ni siquiera se acerca a la cocina. Me hace gracia eso, el gato cabrón. Un gato absolutamente domesticado y alimentado al que –de repente– se le demanda una agudeza del instinto de la que ya no es capaz. Por el contrario, parece que está muy a gusto en mi casa, que se la pasa durmiendo, que le gustan particularmente el piso de mi habitación, el escaloncito y la silla de abajo de la mesa. Ramiro me habló de él como si fuera una persona, me causó mucha gracia, ya establecieron un vínculo. Me preguntó por papá. Le conté, le conté de la merienda, de nuestro accidentado encuentro esa tarde en casa, en su casa, en nuestra casa, ex casa, ahí. Carmen, por suerte, no estaba, no por nada en especial, todo bien con ella, pero es mejor para poder estar más tranquilos con papá, aunque tranquilos, lo que se dice tranquilos, finalmente tampoco estuvimos. Circulaban los jóvenes, mis semi hermanos adolescentes. Encantadores, pero muy demandantes. No tienen paz. Es increíble, se nota que Albert ya está de vuelta. Lorenzo está súper adolescente, las hormonas no le dan tregua, y no te das una idea de la mala onda que tiene. No conmigo, claro, al contrario, conmigo

busca complicidad, pero al viejo no le deja pasar una, es tremendo. Facundo no, Facu está enorme pero sigue siendo como un niño, mide casi un metro ochenta pero es muy infantil, así que es una combinación un poco explosiva. Boludea todo el tiempo, se te sienta encima y te parte, es como un mamut que quiere llamar la atención todo el tiempo. Y lo hace bien, es muy gracioso y entre él y Lorenzo se sacan chispas. Lorenzo se le hace el padre y le dice pendejo todo el tiempo, y Facu se pone loco, se la pasan cagándose a trompadas, es muy gracioso de ver. Pero cansa que ni te cuento. Yo fui a merendar y quedé extenuada. Todavía tengo la cuota de hermano adolescente cubierta, desde esa tarde no los volví a ver. Quedé con papá que le avisaba cuando me iba, que me quería invitar con un asado o algo, así que supongo que ahí los volveré a ver. A papá lo vi bien. Muy tranquilo. A lo mejor fue el contraste con sus hijos-nietos. Se ve que el tema de la familia lo deja sedado. Y la mina, Carmen, también es hiperactiva. Parece que ahora tienen parejas amigas, algo así como una vida social, que salen a comer y esas cosas, hacen programas y Albert anda de camisitas y corderoy, muy canchero, una especie de Woody Allen robusto, se ve que lo viste Carmen. Y él está entregado. Como si fuera otra vida, de hecho lo es, es otra vida. Está bien, me alegra por él, está lindo. Después de la merienda y el momento hermanos, nos encerramos un rato en su estudio, mi ex habitación (mucho ex, mucho ex) y ahí pudimos charlar tranquilos un rato. Me habló de su nueva vida, se reía un poco, de eso, de su nuevo papel, que a veces, cuando se cansa, se encierra ahí y todos saben que no hay que molestarlo. Que con los chicos tiene un muy buen vínculo, que disfrutó, que disfruta mucho de la paternidad, de la convivencia con los pibes. Que a veces le duele no haber

podido ser tan exhaustivo con nosotros, que tenía miles de quilombos en ese momento, que todo el asunto Cora a él le costó muchísimo, no sólo por nosotros, por él también. Yo traté de evitar que entrara en ese tema pero por otro lado mi hermano y yo somos las únicas personas con las que puede hablarlo, así que lo dejé que fuera, que volviera a eso y traté de hacerle entender, una vez más, que a nosotros no nos faltó nada, que yo tengo los mejores recuerdos de él como padre, que no tengo nada que objetarle pero no hay con qué, él siente una especie de deuda y no hay manera de convencerlo de que no nos debe nada. Igual estuvo bien, no derrapó en ningún momento. Me contó que había vuelto a escribir, que estaba con eso y que estaba contento, pero que no se lo decía a nadie porque lo burlaban, que Carmen no entendía, que le parecían cosas de viejo choto, que después le decía Neruda, cosas así, así que él se limitaba a escribir ahí en su estudio, sin compartirlo con nadie, pero que está contento, que por lo pronto no le hacen falta lectores. Le pedí que me mostrara algo, que me gustaría leer algo, ver en qué anda y me dijo que ahora no, que todavía estaba corrigiendo, que tal vez más adelante, que sí, que algo me iba a mostrar pero me pedía encarecidamente –con esa condición me lo daría– que no le dijera nada, que no le diera mi opinión. Que le daba pudor y que, de todos modos, una vez listo, una vez terminado, él ya no tenía intenciones de modificarlo, que cada cosa era lo que era y listo. ¿Y vos?, me dijo entonces, quería saber en qué andaba yo, si estaba escribiendo, que muy poco, le dije, que no tenía mucho tiempo en realidad, que el combo facultad-trabajo-novio no me dejaba mucho tiempo para mí. Y eso me hizo un poco de gracia, lo de tiempo para mí, si todas esas cosas, novio-estudio-trabajo, eran mías, eran yo, qué curioso que me refiriera, a todo, como cosas, como actividades que

me alejaban o –por lo menos– distraían de mí misma. Me callé. Me quedó dando vueltas eso después. Tiempo para mí, qué habré querido decir con eso, a qué me habré referido exactamente con tiempo para mí.

Apareció el disco de Counting Crows. Es decir: supongo que estuvo ahí todo el tiempo, pero recién ahora lo descubro. Se ve que se había caído detrás o algo, porque ya había revisado tu discografía y no lo había visto y ahora estaba ahí, como quien no quiere la cosa. Se ve que el otro día tu vieja estuvo ordenando y de repente estoy buscando algo para escuchar y lo veo, veo el lomito amarillo, como si siempre hubiera estado ahí. Puse "Round Here". No puede ser, tan antes todo. Recuerdo a esa mujer en el video, deambulando, con una valija, en una ciudad primero y después en una explanada, eso sobre todo, una explanada, como un desierto. No recuerdo exactamente si la mina estaba ahí, creo que sí, tenía un vestido y después caía en algún momento hacia alguna parte. ¿Caía en agua? No me acuerdo bien, pero sé que la sensación era de desolación absoluta. Ella estaba mal, loca, lunática y era querible. ¿Había un tipo también? No sé por qué me parece ver a un tipo vestido de traje, de traje marrón, ni siquiera sé si es cierto, si había o no un tipo de traje, pero la canción me devuelve esa sensación desoladora de hombre de traje marrón en salina o descampado, tan inadecuado, incómodo, tan fuera de lugar. La escuché un par de veces de corrido. Ali me miraba llorar como una estúpida, pobre, hasta que se me vino a sentar encima y fue peor. La acariciaba con vehemencia y a la tercera gota que le vertí sobre el lomo migró hacia una zona más segura. Me hizo bien su indiferencia, me sacudió la melancolía. Vos también me

habrías mandado a la mierda, alegando que Counting Crows es una garcha y que vos lo dejaste de escuchar en el noventa y cinco. Bueno, a eso sólo te puedo responder que es fácil renegar de la melancolía cuando se tiene pensado vivir tan poco.

12

Una familia que se morfa a uno de sus integrantes. Cada tanto aparece alguno de estos casos, emerge: alguna familia que se morfa a uno de sus integrantes. Esta vez es en el Reino Unido. En un suburbio. Bien, una familia funcional, constituida, tal vez un tanto numerosa: padre, madre y once hijos. Uno de ellos, el de veintiuno, casado con una chica de veinte, Rachel, que acaba de dar a luz a su segundo hijo. Huchon el apellido. En algún momento ella desaparece para el mundo, para su familia. Los Huchon dicen que huyó, que abandonó su domicilio. Pero no es cierto, la tienen encerrada por ahí. La torturan. Le pegan con un bate de béisbol, la queman con cigarrillos y vaya uno a saber cuántas cosas más que ya nunca se conocerán porque su cuerpo va a hablar, un poco aunque sea, pero ella ya no. Esto sucede un mes de marzo. La encuentran o, mejor dicho, encuentran un cuerpo tiempo después en los jardines de una abadía. No sólo no pueden saber al instante que se trata de Rachel sino que ni siquiera se dan cuenta de que se trata del cuerpo de una chica, por el estado de descomposición. Ah, y envuelto en una alfombra. Después, la ronda de encubrimientos dado que, claro, se trata de una familia, de un clan familiar. Esto entorpece la investigación que, de todos modos, llega a buen puerto y se efectúan las condenas. Los que reciben la pena más alta son los padres, los suegros. Su marido también, algunos cuñados y, más levemente, algunas concuñadas también, por encubrimiento o por entorpecer la investigación, no sé muy

bien. Todo lo que Rachel nunca va a poder contar. Lo poco que su cuerpo descompuesto pudo contar, todo lo que calló. Por qué la familia la fue a elegir a ella, nada más y nada menos, como su mártir, habiéndole dado dos hijos. ¿El sadismo se extendería a todos? ¿Su marido la defendería o sería el primero en someterla? ¿Ella habría podido huir o pedir ayuda antes del encierro absoluto? ¿Estuvo, en efecto, absolutamente encerrada? ¿O simplemente no podía huir? ¿Qué en ella la hizo sucumbir a esa familia y no poder salvarse? La historia de aquellos que lo llevan a cabo, que lo actúan, que lo dejan llegar lejos. Se morfan a una, para poder seguir adelante. Y para no tener que comerse a la carne de su carne, arremeten con lo más parecido, lo más cercano. La pobre de Rachel, pudriéndose en vida ya, qué espíritu. Como hámsters, como hámsters que se comen a sus crías, como eso, morfarse la propia carne, alimentarse de uno mismo, ser el/ nuestro propio alimento.

13

Ceremonia y parrilla, así fue. Primero ceremonia, después parrilla, asadito.

Sobre el puente hacía un frío que no te puedo explicar. No estuvo mal eso, ese factor, el del viento. Porque hizo que todo fuera corto, expeditivo, y entonces lo que duró fue el asado. Eso estuvo bien. No lo hizo tu viejo esta vez; fuimos a comer afuera, a una parrilla, para que nadie tuviera que trabajar, eso dijeron, que tu mamá no tenía ganas de lavar los platos. Así que fuimos a la del boulevard, no estaba tan buena, parece que cambió el dueño, pero daba lo mismo. Estaba tu hermana que, ni bien terminó de comer –y no comió mucho– se fue; y vino mi papá también, pero solo. Yo no sabía que venía, se ve que Úrsula lo había invitado y era una especie de sorpresa, no me doy cuenta para quién, supongo que para mí, hoy me embistieron por todos lados, pero no pudieron conmigo. Ni una lágrima derramé, aunque hubiera querido. Me emocioné, no lo niego, sobre todo ahí en el puente, como había propuesto el tema del lanzamiento, de esparcirte en caída libre, y tenía la imagen de la china cayendo entre nubes, no pude evitar conmoverme, pero fue tanto que no lloré. Supongo que hubiese sido cursi llorar, redundante. Propongo la ceremonia y después me deshago en lágrimas, con tus padres ahí, no quedaba bien. Fue más bien como conmoverse para adentro, una conmoción interna, como si algo, tus cenizas, eso que caía, se abismara, como si cayera dentro mío también, como si hubiera caído de espaldas hacia

adentro, algo, sin gravedad. Persistió un rato, esa sensación, la de caer para adentro y no dejar de caer mientras que lo de las cenizas no duró más de tres segundos, eso quiero decir, el desvanecerse no duró más que eso. Uno dos tres y ya no se veía, ya no se podía reconocer ni una sola partícula de nada, de eso, la materia, vos. Nadie habló, no nos movimos mientras duró el descenso, la evaporación, no sé cómo llamarlo, aquello, nos quedamos un ratito más así, el viento era terrible, filoso, pegaba en la nuca, pero yo llevaba la capucha. Hasta que tu hermana dijo que nos fuéramos, que se estaba cagando de frío y subimos al auto, los cuatro y tu abuela, que no dijo nada, en ningún momento. Creo que nunca entendió de qué se trataba todo. No la culpo. Y de ahí a la parrilla. Mi viejo estaba acicalado, con barba de un par de días pero muy pulcro. Con ropa planchada y sobriamente combinada, un galán maduro. El factor Carmen. Casi no tomó vino y habló mucho con tus padres, de cosas, de otras cosas. Yo no tuve mucho para decir, la verdad es que no tenía y tampoco se me preguntó gran cosa. Fui tan hija ahí, con todos los adultos. Se me permitía estar callada, no tener opinión acerca de nada por un rato, supongo que hasta podría haberme quedado dormida sobre la mesa o extendida sobre un par de sillas y a nadie le habría llamado la atención. De hecho estuve a punto de hacerlo. Tan hija fui. Después llevamos a tu abuela al geriátrico, ella queriendo saber adónde iba, pobrecita, qué momento terrible, que si a su casa o adónde y tu viejo que no, mamá, que no te acordás, que ahora vivís en el hogar, que está Flavia, la enfermera, esperándote, la que a vos te gusta, la que te hace reír, no te acordás y tu abuela que nada, absorta, no entiende de qué le hablan y mete la mano en la cartera y revuelve y no encuentra las llaves de la casa que ya no tiene. Volví con ellos

en silencio, todos estábamos en silencio, dejamos a papá en su casa y yo me tiré a dormir, vestida, acá en tu cama, no daba más, no quería pensar, no quería pensar más. Después tuve unos sueños muy turbulentos, así de siesta, y me despertó la noche.

Tenía una angustia tremenda cuando me levanté, imposible, que no me dejaba ver. Los domingos a la noche suelen ser suficientemente intolerables en sí mismos, aun cuando uno los siente venir, cuando se acerca la noche; pero tener la suerte de despertar en medio de una nochecita de domingo ya plenamente sucediendo, ya plenamente en acción, la noche ahí, no tiene nombre. Me quedé unos segundos o minutos sentada en el borde de la cama, no entendía qué momento del día era, vi que el reloj marcaba las siete y media pero no sabía si de la mañana o de la noche, me costaba saber cuánto había –en efecto– dormido. La luz de la calle tampoco ayudaba, la penumbra podía corresponder tanto al comienzo como al fin de un día. Lo determinante fue Ali; Ali no estaba y entró después, ahí, justo ahí, justo en medio de mi aturdimiento se vino a restregar, muy despierta, muy despabilada. De mañana despierta conmigo, así que era de noche. Era todavía –oh no– el mismo día. El mismo veintiocho de agosto. Fui al baño, me vi en el espejo, comprobé que estaba acalorada y con una línea enorme de frazada cruzándome la mejilla izquierda. El pelo pegoteado y apuntando hacia arriba. Intenté achatarlo con un poco de agua, me cepillé los dientes, me puse tu campera y fui para el bar de Vanina.

Mi vida no es lo que se dice heroica.

14

Una inmundicia, me dice. Que ya a la tarde había sentido una suerte de olor a perro en la cocina, olor a perro mojado pero que estaba haciendo algo y por algún extraño motivo no había querido profundizar. Resulta que el olor a perro no ceja. Y no era sólo cuestión de humedad, de la humedad en el ambiente. Entonces más tarde, a la nochecita, reincide. Está lavando los platos y el olor es ya insoportable, definitivamente no es cuestión de sugestión. Se atreve. Toma coraje y se atreve. Abre las portezuelas del mueblecito de debajo de la pileta, el olor se intensifica. Es hedor, ya no hay duda. Ahí, el trapo de piso que había quedado para atajar una gotera. Lo levanta. Primer hallazgo macabro: debajo de la tela hay un cementerio de guano, de caca de ratón. Es evidente que se había servido de la tibieza y oscuridad del trapo, a modo de madriguera. Algo anda cerca. Entonces: empieza a levantar fuentes y tachos de ahí, de debajo del mueblecito y –hete aquí– hallazgo macabro número dos: el borde de una de las fuentes, una de vidrio azul, sé exactamente de cuál se trata, presenta una suerte de pegote compuesto –esencialmente– por pelo y algo así como piel. De ratón. Un mazacote de pelos adheridos al vidrio por algo parecido a cebo. Buh, se me retuerce el estómago. Ya no hay vuelta atrás, el olor a perro ya lo es todo. Es momento de apechugar. Entonces: toda la zona inferior del mueble está despejada (si no nos queremos referir al guano, claro, y vaya que no queremos) y no parece haber moros en la costa, al menos no

a la vista. Toma la escoba y barre por detrás de una suerte de zócalo que tiene el mueblecito, un lugar al que no llega el ojo humano, y siente algo. Llega a través de las cerdas de plástico, el mango de madera y de ahí hasta sus manos la sensación de masa, el contacto de la escoba con algo que no es ni polvo ni mugre, algo que pesa y se desplaza. Empuja/ barre el botín hacia afuera del mueble, justo hasta donde sí alcanza el ojo humano y va apareciendo, en ese orden, primero una cola, luego un cuerpecito desintegrado (me lo hace saber con bastante detalle) y por último una inmunda inmundísima cabecita de ratón. Eso lo digo yo, claro, pero puedo imaginármelo. Ramiro, por su parte, y por más asco que le diera, se mostró satisfecho de haberle ganado la batalla al ratón, de haber recuperado la jurisdicción sobre su cocina, la nuestra, de haberle reconquistado el espacio al roedor. El estado de la criatura según su verdugo era (perdón por la exhaustividad, pero necesitaba saberlo, necesitaba saber qué suerte había corrido ese ser con el que compartí mi vivienda por un indefinido período de tiempo): reventado. Aparentemente el veneno, ese veneno fucsia flúo, muy/ demasiado parecido a unas pastillitas de anís, había hecho implosión en el pequeño estómago del animal, y detonado su organismo de adentro para afuera. Aparentemente no llegaba a ser una rata, pero tampoco tenía la escuetez de una lauchita: era un claro ratón, entre marrón y gris, común, según Ramiro; un ratón estándar, agrego yo y Ramiro dice que sí, triunfante. Un horror. Ahora me entero, porque me cuenta tu mamá que parece que hay otros venenos menos agresivos para la vista y que –en lugar de reventar al animal lo secan por dentro, literalmente– y lo dejan duro, como disecado. Entonces, aunque tardes en encontrarlo, no se te pudre por ahí, no lo encontrás por el olor. Éste, el nuestro,

fue generoso y se dejó encontrar en una fase muy temprana de su proceso de descomposición. Por suerte, estuve lejos de esa muerte, del macabro desenlace del habitante de Bogotá. Por otra parte, el gatito ya terminó de instalarse del todo. De más está decir que nunca quiso ensuciarse las manos, ni las garras, ni mucho menos el hocico, sino que se mantuvo lejos, lo más lejos posible del pequeño intruso. Ahora Corso ya tiene su canción, que cuenta sus andanzas (cuyo estribillo reza *Corso, Corso/ súbete a mi torso/ súbete y relájate/ sube y bájate./ Y no me muerdas,/ no me muerdas./ Déjame tocar las cuerdas,/ Corso, Corso./ Súbete a mi torso)* y es una suerte de oda al gato pacifista y remolón. Ése es Corso. Súbete a mi torso.

15

Voy para el bar de Vani, de Vanina y su pareja, su flamante compañero. Tu vieja me ofreció la bici de tu hermana antes de salir pero yo no quise, no quería llegar rápido, de eso se trataba. Además venía muy dormida, entumecida, y tenía miedo de caerme. En la calle, claro, hace un frío complicado, pero me hace bien, ahora me hace bien. Camino rápido, escondo hasta la nariz adentro del cuello alto de la campera, meto las manos en los bolsillos y encuentro un boleto de colectivo. Debe ser tuyo, es del noventa y seis. Es un boleto de un viaje a Trevelin. Cómo me deprime esto de los días tan cortos, hay catorce putas horas de oscuridad, hace mucha mucha noche. Con tanta oscuridad hay que ser sueco o canadiense para producir, para querer hacer algo a pesar de todo, para tener ganas de salir. A mí el frío así y la noche eterna sólo me dejan ganas de dormir o tomar vino. De dormir y tomar vino. Nada más. Dormir de día y tomar vino de noche. O al revés. Pero haría sólo eso. Eso y arrumacos, por supuesto, que se llevan muy bien, tanto con el vino como con el sueño. Beber, dormir y procrearse, vaya estirpe.

Desde la esquina veo un cartel luminoso de una marca de cerveza y un reflejo de luz naranja sobre la vereda. En la puerta hay un par de bicis. La gente de Esquel que está despierta –y viva– está acá. Entro y lo primero que percibo es que está sonando The Police, nada más y nada menos. No puede ser. Me abro la campera y el calor del lugar me desentumece la cara. La siento caliente, debo estar roja. The

Police. Echo un vistazo rápido pero no lo veo, no lo diviso, tampoco hay tanta gente. Hay, sí, un grupo de pibes jugando al pool en el fondo. Son más pendejos, probablemente sabría quiénes son si me dijeran sus apellidos, deben ser todos hermanos menores de gente que conozco, pibes que dejé de ver cuando todavía estaban en la primaria y que ahora son hombres que incluso me miran con intención. Qué gracioso. Después hay un par de parejitas más y unos borrachines adormecidos sentados en las banquetas de la barra. Por su aplomo deben estar desde temprano. No está mal el bar, es lo que promete. Ahí, de camarera y barman, está Vanina. Se alegra cuando me ve, sale por detrás de la barra y me viene a abrazar. Creo que está un poco borracha, se ve que los domingos se relaja, no abren hasta el jueves. Me estruja un poco y después me dice, casi gritando, como si el volumen de la música lo demandara, aunque no esté tan fuerte en realidad, me habla alto y modulando mucho, que qué suerte que vine, que ahora me presenta a su marido y que –y acá subía el nivel de expresividad a la vez que disminuía el volumen– gesticula, como si yo fuese hipoacúsica, está acá, qué, le digo yo, que está acá, quién, Julián, está en el baño, vino solo, dice ella. Lo sabía, sabía que este disco no eran buenas noticias/no auspiciaba nada bueno, o sí. Lo cierto es que ni siquiera pude decidir si en verdad me parecía grave, porque ella lo hizo por mí, le puso tanta intención a la noticia que ya no pude evitar ponerme nerviosa, muy nerviosa. Voy al baño, mi baño, el de mujeres. Arranco mi brazo de la garra de Vanina, le digo que ahora vengo, ahora vengo, le digo y me abalanzo al baño de damas. Por suerte –y esto no me había pasado desapercibido, de ahí la estrategia– los baños están en sectores opuestos del salón. No quiero ser demasiado escatológica, me alcanza con explicarte que probablemente sí

me haya puesto muy nerviosa aunque no quisiera adjudicárselo todo a Julián, lo cierto es que estaba dejando atrás un largo largo día y probablemente la agresiva reacción de mi organismo haya tenido que ver con todo. Creí que me desmayaba, creí no poder superar la instancia baño/inodoro. Pero lo hice, después de un rato, claro, no antes de que viniera Vanina preocupada a preguntarme si estaba bien, si necesitaba algo, y yo que no, que estaba todo bien, que evidentemente comí algo que me cayó mal, agregué lo del día largo, como para distraer, y que –además– me indispuse. Es cierto, para colmo de males me indispuse, aunque todavía faltara una semana para mi ciclo, y soy bastante regular. O lo era.

Vanina me dice que me trae una toallita o algo, que se va a fijar qué tiene en la oficina, que algo tiene seguro. Vuelve con una de esas con alas y gel extra sec o ultra sec, que definitivamente es un invento malísimo porque ya no tiene nada de algodón y toda esa cosa/materia sintética no hace más que juntar olor. Y las alas, qué mala idea, yo –siempre que tengo la mala suerte de toparme con alguna– las corto. No sólo nunca entendí su funcionalidad, sino que muy pronto di con su evidente desventaja: favorecen el desborde. Entonces, cuando eso sucede, si bien es cierto que la ropa interior queda inmaculada, el producto ataca directamente el pantalón o la pierna. A Vanina, claro, sólo le digo gracias. Es cierto que no estoy en condiciones de rechazar esta toallita por más poco feliz que la encuentre.

Me mojo la cara. Entran unas nenas bastante excitadas y una de ellas, la más pasadita, le grita a la otra, una de rulitos, no pasan de los quince las dos, le dice lo viste, lo viste y la otra le responde es hermoso, no lo puedo creer, me quiero morir, cuando se pone ese sombrero me quiero morir lo amo,

yo lo amo más, a mí me gustó primero, boluda, es de las dos, bueno es de las dos, y entonces salgo, me voy. De más está decir que ya sé de quién hablan. Le resto importancia, me deja sin cuidado, quiero que me deje sin cuidado. Hace dos años que salgo con Manuel, creo que estoy enamorada de él, o no sé, tampoco sé si me importa a esta altura de verdad, estar enamorada, ni sé qué significa; nos llevamos bien, tenemos una relación linda, somos muy compañeros, nos reímos, no sé, está bueno, no me puedo dejar afectar por un sombrero y dejar caer todo en saco roto. Por algo me fui, me recuerdo, por algo me fui en su momento, si eso hubiese sido amor, me habría quedado, ¿o no? Pensar en todas las cosas que no me gustaban de él, pensar en todas las cosas que no me gustaban de él... Era... Era egoísta, temperamental, eso, malhumorado y déspota, déspota también, siempre se terminaba imponiendo. Lo veo, está de espaldas, sentado a la barra y me da la espalda. Trae puesto su sombrero. Vanina me ve venir, está hablando con él, ella sí está en el foco de luz. Al lado hay un tipo con barba, debe ser el chongo, ya ni me acuerdo cómo me dijo que se llama, ¿cómo mierda se llamaba? Me ve venir y veo que le dice algo, le encanta, veo que le encanta presenciar el momento, le veo la cara de placer, de regodeo. Julián se da vuelta, está con su sombrero gris y una remera muy fea, como con lobos, medio ratablancosa. Gira sobre el taburete y me deja acercarme. Sonríe. Ay, está tan dolorosamente parecido a sí mismo. Eh, le digo, como estirado, estirando la e, estirando la hache, mientras me acerco y en el primer momento del abrazo. Él se queda ahí sentado sobre la banqueta, así que la diferencia de altura hace que prácticamente me envuelva con sus piernas, es decir, por supuesto que no lo hace, que no me envuelve, pero siento la parte interna, la presión de la parte interna de

sus muslos contra mis caderas mientras me abraza y percibo su olor y me entran ganas, muchas ganas de llorar. Han de ser las hormonas.

El eh es absolutamente falso y su único fin es disimular un poco mi perplejidad y restarle importancia al momento, al encuentro. Acompañada de unas palmaditas en la espalda mi voluntad de desolemnizar, de quitarle peso, queda en la nada una vez que mi nariz vuelve a tomar contacto con su olor. La puta madre que me parió. Tan pero tan olor a Julián. Inmediatamente después de los primeros segundos quiero deshacerme, desentenderme, alejarme; quiero retroceder y al primer movimiento mínimo siento que me tiene muy agarrada, ya no me puedo ir, ni quiero, y me relajo y lo abrazo y pongo la cabeza sobre su hombro y me dice hola, un hola largo, como estirado, como meloso, como un hola de mucho tiempo y yo, en lugar de llorar o de irme o de, por lo menos, guardar silencio, le digo boludo tuviste hijos con otra, qué mala onda.

Juli se ríe; el disco reproduce “Every Breath You Take”. Y yo huelo. Huelo, nada más.

No soporto que esto sea así, no tolero que él haya tenido la suerte de que este momento, este encuentro o reencuentro haya sido tan perfecto, que lo haya favorecido tanto, que todo se haya alineado tan bien, haya conjugado tan bien. Y ni siquiera puedo culparlo por eso. Pero tener la mala suerte de que sonara ese tema justo en ese momento, habiendo musicalizado él ese rato de ese domingo a la noche con Synchronicity y que yo me pusiera a llorar, de hacer coincidir mi llanto sobre su hombro justo con ese tema, con lo desparejo que es ese disco, eso es fortuna.

Ese momento, por supuesto, es completo, acabado, no existe más que para sí mismo, no tiene ni pasado ni futuro. No puedo creer estar ahí. Podría y querría morir en este instante. Suena “Every Breath You Take”, hay varios puntos de mi cuerpo en contacto con el suyo, voy relajándome, dejando/apoyando mi peso sobre esos puntos, pasándoselo todo a él, el peso, inhalando su olor, hay de todo ahí, es él y a la vez hay un par de texturas nuevas, algo de niño, tiene algo de olor a cosa de niño, vómito o alguna otra cosa, y olor a comida, un poco de olor a comida también. Contra mi pelo, en el lado izquierdo de mi cabeza, está el ala derecha de su sombrero, de su sombrero gris. Estamos en silencio y él sigue el ritmo de la canción con su pierna derecha, contra la mía, y la mueve también. Nada respondió a mi reproche, qué iba a decir, sólo me dejó llorar, es lo mejor que podía hacer, lo único. Yo sigo llorando pero ya no puedo creer este momento, no entiendo si estoy siendo absolutamente feliz o sólo desdichada. No sé. Quiero que no termine, que no termine nunca, quiero morir. Pero no me. No quiero morirme, sino simplemente morir. Morir suspendida ahí, en él, meterme en su remera de lobos, en su fea remera de lobos y que me desgarren, primero la ropa, así me veo más sexy en la muerte y después a mí, mis carnes, con sus dientes, mis partes, que me devoren, que me desuellen, que me devoren todo y que duerman después, ahítos bajo la luna, pero que no venga ningún ningún cazador a abrirles la panza y meterles piedras para reemplazar mis miembros porque ya voy a estar partida, porque de todos modos no podrían reconstruirme.

Suena ahora “King of Pain” y el cambio de ritmo corta el momento. Vuelvo al bar, vuelvo a Esquel y compruebo, para mi decepción, que estoy entera, enterita, tal y como llegué, al menos en apariencia. Me mira, pero no a los ojos, mira sobre

mi cuerpo, me dice esa campera no es tuya, le digo que no, que de hecho es tuya y agrega te crecieron las tetas. Me río, me río mucho, es cierto, es cierto que me crecieron en estos últimos años, sobre todo en este último y me divierte que lo observe, no sólo eso, sino que además tenga la delicadeza de comentármelo, así como lo hace en este momento. De más está decir que a partir de entonces voy a tardar en sacarme la campera, observada como me siento, intimidada como estoy. Sí, le digo, viste, no sé qué me pasó, la buena vida, me dice, la buena vida le digo, estás lindo, eso también, eso también le digo.

Tomamos una cerveza. Por un rato había olvidado dónde estábamos y voy a seguir haciéndolo a lo largo de nuestra estadía en el simpático bar de Vanina, que me hace sentir un poco en Texas, por lo patético, por lo estridente, por lo flúo. Por mi campera, por lo borracho, por mi chico, por la falta de perspectivas, por lo encantador, por irreal. Me hace sentir en Esquel entonces, qué digo Texas, qué me quiero hacer, qué me sofistico. Vanina me presenta a su marido, marido o novio, no sé, ella le dice mi marido, pero creo que no se casaron. Muy simpático Omar, flor de chongo se consiguió, con todo y voz de fumador. Ella está excitada, se le nota, de estar presenciando este momento y ser no sólo testigo sino incluso artífice del encuentro, del reencuentro. De vez en cuando me cruzo con su mirada, ella circula y todo en su cara denota picardía, complicidad. Me incomoda, me incomoda un poco que la tenga, que asuma que la hay o que quiera establecerla, la complicidad quiero decir, y que asuma –también– que para mí es tan importante estar compartiendo este momento con Julián. Así que cada vez que me sonríe con esa picardía yo la miro con cara de nada, neutra, transmitiéndole algo así como tenés lindo el bar, o qué suerte

que pude pasar y conocer a tu chongo/marido, algo así, algo de ese orden.

Con Juli al principio no hablamos de nosotros. Después de la pregunta que le hice y una vez que me calmé y dejé de llorar, empezamos a tomar cerveza y él me preguntó por vos, o sea, por tu familia, por tus viejos; dijo que él los veía de vez en cuando pero que tampoco sabe mucho, que cree que están bien, que rehicieron su vida, pero bueno, que él lo ve de afuera. Entonces yo le comento mis impresiones de estos últimos días y me veo obligada a pensar, es decir, a hacer una especie de balance, de observación de cómo encontré a tus padres, de cómo los vi y le cuento, le cuento de la ceremonia y de las notitas de tu mamá y de la parquedad de tu hermana, que es medio forra me dice Julián y yo le digo que no, que para mí no, que yo la entiendo y que cada uno hace lo que puede y lo toma de la manera que puede y que Valeria es así, una mina pragmática y que por suerte, que por suerte lo es porque pudo seguir, hacer su vida, irse de tu casa y todo y que además es muy buena mina, por más seca que sea. Que así que no, que yo no los veo para nada deprimidos, que lo llevan bien de verdad, porque tampoco es que no te nombran, tal vez tu viejo te nombró un poco menos, pero ése es su estilo, es una persona que habla poco y que sin embargo a mí me resulta comunicativo, con gestos, con cosas. Ahí, entonces, me empezó a preguntar por papá y nos cagamos de la risa del cambio de look, él ya lo venía viendo, dice que desde hace tiempo que es así, que mi viejo pegó pilcha y hablamos de Carmen, que está buena me dice el cerdo, pero es cierto, es cierto que está buena, me alegra por mi viejo. ¿Qué lindo todo, no?, me dice y reconozco su acidez y entiendo que ahora no quiero preguntar, que no tengo ganas de saber, que no quiero que me cuente, que quiero que este

momento sea nuestro y que no se cuelen rubias pecosas, ni mocosos, ni embarazos complicados ni mucho menos amor paterno. Quiero hablar acerca de cosas que conozco, no asistir al devenir, a la experiencia de otro, del otro. A esta altura del encuentro ya estamos un poco alcoholizados los dos y yo ya sudo. Todavía llevo puesta la campera y decido vencer mi timidez. Me la saco y se la alcanzo a Vanina que ya está ahí del otro lado de la barra para recibírmela como si esa noche existiera sólo para nosotros, un personaje funcional, como si fuéramos sus clientes exclusivos, probablemente lo seamos, y no por suerte para nosotros. Entonces Julián vuelve al ataque. En serio están más grandes, boluda. Sí, bueno, pasó mucho tiempo, contesto y no me deja terminar para preguntarme si estoy de novia. Le cuento, le cuento de Manuel y a él se le transforma la cara, parece molestarle de verdad y yo no lo puedo creer, no puedo creer que tenga el descaro de hacerme una escena de celos. Enseguida me doy cuenta de que ya no quiere saber más, y no porque haya dicho mucho, de hecho tampoco me interesa demasiado que sepa, no me muero por hablar con él, por discutir con él mi relación con Manuel. Le veo la ñoñera, lo veo contrariado, herido, infantil, y me corta diciendo yo tengo hijos, ¿viste? Ah, una pregunta retórica, directo al corazón. Si sabe, si sabe que ya sé, si así empezó todo. Astuto, taimado, maligno, siempre lo fue, todo eso. Sí, vi, le digo, negándole la mirada, sé que se puso malo, entiendo que se siente herido, por eso no me enojo, no me enoja su irritación, pero ya no lo miro, prefiero no mirarlo, tomo cerveza y miro el vaso. Saco la espuma que está pegada del lado de adentro del vidrio, doy la vuelta y me chupo el dedo. Me dice vamos me quiero ir, le digo que sí sin mirarlo, asintiendo y lamiéndome el labio. Pido mi campera, Vanina nos invita las cervezas, está contenta, no me doy cuenta si de

que hayamos estado o de que nos vayamos juntos, probablemente sea un poco de cada cosa. Le dejamos una buena propina, Julián se pone su gamulán y salimos. Él camina detrás de mí con una mano sobre mi espalda. No entiendo su impunidad, pero la avalo, eso está clarísimo. Intento caminar más rápido para desprenderme, pero no me sale.

Hoy no quería ponerme mi ropa, hoy quería usar ropa de otra persona, otra cosa. Tengo muchas fantasías, vaya que sí, y no sé si son buenas. No sé si hacen bien, sería más bien eso. Ahora estoy un poco triste, básicamente triste y eso me da sueño. Debería escribir, quedé excitada y ansiosa, pero ahora mismo es como si me costara. Debo sobreponerme, debo sobreponerme, debo sobreponerme.

16

¿Vas para lo de los Hilb? Y sí, adónde mierda voy a ir si no. No, boluda, te pregunto porque por ahí estabas parando en lo de tu viejo. No, en lo de mi viejo no hay lugar. La que era mi habitación se convirtió en su estudio. Me alegra, un buen destino para una habitación, me alegra que sea ahí donde elige encerrarse. Te alcanzo, estoy con la camioneta. No volví a mirarlo. Cruzamos la calle y Juli se dirige hacia una camioneta que no conozco, se ve que la cambiaron, que cambiaron la F-100 por una más moderna. Lo sigo, me abre la puerta del acompañante, no nos decimos nada más. Adentro, claro, aparte de hacer un frío de cagarse, está lleno de chiches y rastros de niño y en el asiento trasero hay una sillita llena de migas, de esas de atar niños. Ay. Toda una vida de familia. Lo terrible es que ese asientito, ese asientito nada más y así de sucio como está, lleno de vida, me da la medida del desastre. Esto, este asiento y todo lo que representa, es irremediable. No digo nada, corro un dado de telas de colores y una botellita de Coca, vacía, del lugar donde procuro sentarme, no digo nada, retengo el dado, lo miro y finalmente lo pongo sobre la luneta, al lado de otras cosas: un chupete, un casete, papeles, trapos. Julián prende la calefacción y la música; empieza a cantar Bob Marley. Está empezado, es un tema empezado. Qué gracioso, es bueno saber que ciertas cosas no cambian nunca. Bob Marley sobrevivió a todo, como veo, a mi desaparición, a la tuya también, por supuesto, como todos nosotros, a la madre adolescente, al embarazo difícil, al

niño, a los niños, a la paternidad. Y sigue ahí, cantando, como si nada, como si el tiempo no hubiera pasado, reivindicando las mismas cosas, como si todo en realidad. Me tranquiliza que así sea, me agrada su bienvenida, me parece un buen augurio, no sé de qué, pero me acerca, me acerca algo bueno, me lo devuelve. Conozco este tema, conozco de memoria casi todos los temas de Bob Marley, lo escuché hasta el cansancio, aunque no sea más que una forma de decir porque como cansar no me cansé nunca. Pasivamente primero, los escuché, hasta que no me quedó otra que apropiármelos, y no me costó mucho, debo reconocer, se deja querer. Me gusta, me cae bien Bob, muy bien, y particularmente en este momento vuelve todo un poco menos hostil, ajeno. Juli prende una tuca que saca de su bolsillo, pienso que es redundante, pero pienso también que Bob venía sonando de antes, así que tampoco es una puesta en escena. De hecho me divierte ver cómo se combinan, qué bien se dejan combinar la paternidad y el porro, la paternidad y el reggae. Me convida, primero no quiero, pienso que no quiero, en realidad ni siquiera llego a pensarlo, es como si ya lo tuviera decidido de antes, estoy endurecida, o estaba y ya ni sé por qué, ni siquiera recuerdo por qué me ofendí, así que me arrepiento, le acepto, le digo que sí quiero y le doy una pitada bien profunda. Es muy fuerte. Empiezo a toser como una imbécil, me atoro. Julián se ríe, ¿qué mierda es esto, boludo? ¿Está picado? No, no sé, este último que conseguí es muy choto, pasa que una de las de casa se me abichó y ahora me quedé sin. Igual ya me queda poco. Es muy feo. Sí, bastante feo, pero no pega tan mal. ¿Tu mujer fuma? No. ¿Y sabe que fumás? Sí, negra, tengo las plantas en casa. ¿Y no le jode? No. ¿Tu novio? ¿Qué? ¿Fuma? Sí, pero no tanto. Siempre tiene, pero fuma poco. Últimamente en realidad, antes fumaba más. ¿Vos? Yo

casi ya no fumo, no sé, dejó de gustarme. Fue de a poco. Hubo una época que cada vez que fumaba me pegaba para el orto y era bueno, era porro bueno, pero a mí me daba taquicardia o me dormía o me comía cualquiera, así que casi ya no fumo. No debe ser lo mismo en Buenos Aires. Y no, no es lo mismo. Llegamos hasta la puerta de tu casa y me dice bueno, bueno, le digo y es la primera vez que volvemos a mirarnos desde el momento en el que decidí ofenderme ya ni me acuerdo por qué. Me doy cuenta entonces de que en realidad esperaba o deseaba que no me llevara directo a casa, que fuera sólo una forma de decir, te alcanzo, pero que en realidad fuéramos a otro lado, no sé, para el río, hasta Trevelin o a dar una vuelta o que por lo menos estacionara el auto un rato en frente de tu casa, que apagara el motor o algo, para charlar un poco, había tanto de qué hablar. ¿O no? La cosa es que él ni atina a estacionar ni a apagar el motor, me da un beso en la mejilla, muy poco ambiguo para mi gusto y me dice cuidate. Cuidate, me dice, ¿qué mierda significa eso? Ni siquiera un nos vemos o un qué bueno verte o te veo por ahí o por lo menos un che, prefiero que no nos veamos, no, cuidate me dice y a mí en ese momento me resulta igual de ofensivo que si me estuviera diciendo matate. Es eso lo que escucho, matate. Vos también le digo y me bajo del auto. Apenas llego a pisar la vereda, escucho que arranca, no me doy vuelta, estoy indignada. O molesta. Y además me mareé. No lo puedo creer, estoy confundida. ¿Pasó algo malo? ¿En qué momento exactamente se produjo el corte, el cambio? Estábamos bien, nos estábamos comunicando o por lo menos eso parecía, me parecía, no era por coger, quería que nos contáramos cosas, no sé, quería saber cómo había sido todo, su cambio de vida, o bueno, no sé si tanto como cambio de vida, todavía había porro, Bob Marley, sombreros

y remeras con *fantasy art*, pero bueno, era padre, es padre ahora, y marido, algo tendría para contarme, algo debía tener. ¿O no? ¿O ya no quería? Probablemente ya no quiere, ya no le quedan ganas. Qué horror, me siento una estúpida, pensé que habíamos conectado, qué ridículo, no lo puedo creer. Y con Vanina ahí, debo haber hecho un papelón, el ridículo, seguramente se me veía como la ex novia despechada, arrepentida, qué patético, seguro que se dieron cuenta todos: el pibe con familia, que rehizo su vida, o que no la rehizo, que simplemente la hizo, si yo no fui más que su novia del secundario, una noviecita, qué estupidez, probablemente ni siquiera haya significado para él lo mismo que para mí, me comí cualquiera, es evidente, no lo puedo creer. Ahora probablemente le esté contando a la mujer del encuentro y le debe haber dicho que yo, pobrecita, sigo enamorada de él y se deben estar riendo juntos, qué horror, con el nene, el nene entre ellos en la cama grande y él le besa la panza, la panza que contiene a su próximo hijo y yo acá sola y drogada como una adolescente, qué fisura, qué tristeza. Me tengo que ir a dormir, me tengo que dormir, quiero apagar, necesito apagar.

Me saqué la ropa, tu casa estaba calentita, me quería olvidar de todo lo antes posible. Me quedo en bombacha y remera y me acuesto así. Me pongo en posición fetal, pero no estoy ni cerca de dormirme. Me duelen los ovarios. Qué garrón, lo hice otra vez. O mejor dicho, él lo hizo otra vez. Pudo, pudo conmigo. No lo puedo creer, soy tan fácil. Aunque no me guste su remera, aunque me irriten sus formas, tan agresivo, tan siempre a la defensiva, pero ahí estoy otra vez yo, como si el tiempo no hubiera pasado, como una idiota, pendiente. Me

doy cuenta, ahora reconozco que hubiera querido besarlo. Hubiera querido que me besara en la camioneta e intentar oponerme levemente, por su mujer, por sus hijos, y que él insistiera y yo cediera, ceder, ceder a él y todo lo que me produce, todo lo que puede conmigo y que me cogiera, así, muy torpemente en el auto, adelante o en el asiento de atrás, donde hubiera más lugar, adelante supongo, para no tener que cortar/interrumpir el momento, que me cogiera así rápido y con todo puesto, los dos con todo puesto y sudar y empañar los vidrios del auto y acabar, así como casi siempre, así como con él. Me haría una paja, si no estuviera absolutamente sangrando en este momento.

Estoy sola, tengo hambre, dolor de ovarios y sangro ininterrumpida y furiosamente. Voy para la cocina y me preparo unos sándwiches con una carne de asado fría, del otro día, tomate y mayonesa. Están increíbles. Nunca como mayonesa, ahora sí. Mi cuerpo en transición demanda grasa, cuanto más amarilla mejor. Así termino el día, la larga jornada de sobresaltos: llorando y comiendo sándwich, como Chihiro pero más triste, porque no es por mi mamá y mi papá convertidos en cerdos que lloro, sino por mí, que ya no soy nada/que soy una imbécil.

17

Viene de una –otra– situación de suburbio yanqui. Dos hermanas, de esas rubias medio feas de peinados ochentosos, muy *high school*, de grandes/anchos buzos de universidades, filmándose en su living. Hay alguien más, el novio, el novio de alguna de ellas. En un primer momento no entiendo si lo que estoy viendo es una reconstrucción o son ellos de hecho. Más adelante sabremos que sí son ellas ya que todo, casi todo y lo que sucederá es registrado con la cámara, familiar supongo. Bueno, es Navidad o cerca de la Navidad y ellas, las hermanas, se emborrachan y unas horas más tarde Karla, la mayor, llama a una amiga por teléfono y le dice que pasó algo terrible con su hermanita, que se quedó dormida y se ahogó en su propio vómito; que se quedó dormida y se murió. Veo las imágenes de la autopsia de Tammy: tiene unas manchas de un color púrpura intenso en la cara. Dice la voz en off que los forenses dijeron que debía ser por los jugos gástricos, que eso la habría quemado. Y que habría muerto por asfixia porque le habría entrado vómito en el pulmón (como Daisy, sin ir más lejos, como a Daisy). Hasta ahí lo que sería un accidente, una tragedia familiar. Poco después Karla y Paul, la hermana mayor y su novio, se van a vivir juntos, se mudan a una casa de esas de suburbio. Hay un par de denuncias de jovencitas, por violación. El identikit del joven de veinticinco años, rubiecito cara de nada, cara de anuario de preparatoria de tapa negra y dura, vidriera larga donde víctimas y victimarios se parecen tan terriblemente, coincide

con el aspecto de Paul Bernardo, el novio de Karla. La policía lo invita a hacerse un examen de ADN y lo interroga. Como Paul es tan *polite* y obediente nadie sospecha de él y ni siquiera consideran su prueba. Bien. Ellos se casan. Se van de luna de miel no sé adónde, algún lugar caribeño. Hay fotos y videos del casamiento, de la luna de miel. Soñado. Días después del retorno, vuelve a haber un caso de violación en el barrio pero esta vez seguido de muerte. Encuentran a la jovencita, partes de su cuerpo, descuartizado y fundido en cemento, fundido dentro de bloques de hormigón y desperdigado/distribuido en basurales. No dan con el culpable. Un tiempo después matan a otra chica más. Otra jovencita, rubia, de suburbio. Y uno de esos días Karla agarra y se cansa y va a hacer la denuncia a la policía. Está dispuesta a hablar. No aguanta más. Su marido, Paul Bernardo, la caga bien a trompadas, le da para que tenga. Ella dice que no lo soporta más, que quiere que tenga su merecido. Y empieza a confesar: que sí, que ella sabía de los homicidios y de las violaciones. Y no sólo como cómplice sino también como partícipe porque ella también era parte de las rondas de violación y tortura. Que tienen todo filmado. Todo. Ella negocia entregar las cintas de video a cambio de una reducción de su pena. ¿No es peor la delación? ¿No deberían aumentar su pena por eso mismo? ¿Cuál es la lógica de la conmutación? Bien, a través de esas cintas se comprueba eso mismo: que ella era participante activa de los crímenes. Y hay más. Confiesa, tiene algo que confesar acerca de la muerte de su hermana. ¿Por qué habla ahora? Resulta que habría sido ella misma, Karla, quien entregó a su hermana como regalo de Navidad. Paul, el novio, habría manifestado interés por la hermana menor y Karla había decidido permitir que la violara, como regalo de Navidad, una ofrenda para su Paul.

Entonces le hicieron tomar alcohol para atontarla un poco y la terminaron de adormecer con alguna sustancia que le hicieron inhalar, no me acuerdo qué era.

Exhuman el cadáver de Tammy. Hacen las pruebas pertinentes. Es cierto, encuentran restos de sustancia en su cara. Paul la violó bajo el consentimiento, ¿y la mirada?, de la hermana y en eso vomitó, se ahogó con su vómito y se murió. Y hete aquí lo –a mi entender– más truculento: entre las cintas de video hay algunas de apenas unas semanas después de la muerte de Tammy en las que su hermana se disfraza de ella, se pone su ropa y le practica sexo oral a su novio. Él la filma.

18

Me despierto, estoy en tiempo de descuento. A partir de ahora ya debería estar volviendo. Estar en tránsito, pasajera en tránsito. Se supone que soy una persona que tiene una vida en una ciudad y por alguna extraña razón, o muchas, no quiero volver a ella. A la ciudad, a la vida. Me da pánico. Ahora mi vida allá en Buenos Aires me da pánico. Manuel, la facultad, el trabajo, Bogotá: no veo para qué. Puedo cambiar el canal, siento que podría hacerlo y dejar todo atrás, como una película sin final, en cable, que no acaparó la atención lo suficiente como para querer conocer su desenlace. El problema es que en los otros canales tampoco están dando gran cosa, pero por lo menos son otros, hay potencialidad, todavía existe la posibilidad de que algo suceda. ¿O no? Amanezco negra, me doy cuenta. Hoy ni tu gata quiso dormir conmigo. No me sorprende.

Me levanto a cualquier hora, tus viejos ya no están. En la notita que me dejó Úrsula dice: *llamó Manuel, llamá al negocio, cuándo llegás*. Quiere saber cuándo llego y no cuándo vuelvo, con lo cual está dando por sentado que en efecto vuelvo, con envidiable seguridad. Volver. No tengo nada de ganas ahora mismo, no sabría a qué. Calculo que Ramiro me recordaría que me pasa siempre lo mismo cuando me voy de viaje, que no quiero volver, que siempre me fascino con otra vida, que me quedo enganchada con todas esas otras que soy cuando estoy lejos, en otros lugares, que a mí lo que me cuesta es el compromiso, que lo otro es fácil, que empezar de cero

siempre es fácil y ya sé, ya sé todo eso y no tengo ganas de escucharlo y además esto no es un viaje. No sé, concretamente ahora la sensación es la de que allá nadie me necesita. Es decir: me quieren, sí, pero no me necesitan. Acá tampoco, pero hay algo roto, ésa es la sensación. Ahora creo que no podría irme sin antes haber hablado con Julián, un rato, aunque sea un par de horas, y que me cuente, que me cuente todo, que me diga si está bien, necesito saberlo todo, ¿conocer a sus hijos, tal vez? ¿A su mujer incluso? ¿A su mujer preñada? ¿Hacer ese salto? ¿Hacerlo? Aunque no, porque sería una estafa, porque yo a él lo deseo también. Y ¿qué voy a ir a hacer ahí? ¿Voy a ir a charlar con... cómo se llamaba... con Mariela? ¿O era Marianela? No sé, creo que estoy bajo angustia, no tuve un buen despertar y no puedo pensar bien. Extrañaría mucho a tu gata también si me fuera ahora. Y a tus viejos. Estoy para atrás, necesito una familia, quiero una familia y de algún modo, en cierta medida, siento que estoy usurpando la tuya, aunque no, aunque también es cierto que es un intercambio y que evidentemente algo les doy, algo les debo dar, estoy como adoptada. Siento que así no puedo volver, así como están las cosas si vuelvo, vuelvo rota. Me doy cuenta, ya estoy, ya estoy un poco rota, pero no fue el viaje, no creo que esta vez haya sido eso, creo que ya estaba rota de antes, que ya me había venido rompiendo de antes, por eso me vine, por eso pude venir, sola además, porque podría haber venido con Manuel, es cierto eso, y decidí venir sola, por algo será, había algo que ya estaba roto. No me puedo ir así, no puedo, pero tampoco me puedo quedar; ¿qué mierda voy a hacer acá? ¿Qué mierda voy a hacer?

19

Llamé a mi hermano, finalmente no lo pude evitar. Quise, pretendí, mi intención fue la de ponerme un coto. Me llamé al orden, de alguna manera. Sabía que no era la persona que quería escuchar, sabía que no quería escucharlo y sin embargo o justamente por eso lo llamé. En algún punto necesitaba una zamarreada de alguien que me conociera mucho y que estuviera familiarizado –valga la redundancia– con mis mecanismos de engaño. Para mi sorpresa, y en un punto decepción, Ramiro no fue ni muy claro ni muy radical. Básicamente me dijo que me fijara, eso, que me fijara qué me pasaba. Le expliqué, le conté mínimamente de mi encuentro con Julián y de lo confundida que estaba y de lo movilizador que había sido; él me escuchó muy atentamente, me preguntó qué onda Manuel, qué onda qué, le dije yo y él que qué pensás hacer, que qué voy a hacer y yo que eso es justamente lo que no sé, le pregunto si lo vio, si sabe algo, que sí, que lo vio el otro día y que nada, que normal, que como siempre, que le había preguntado por mí, que si tenía novedades mías, que era una colgada que a él ni un mail le había mandado. Y Rami le dijo que sí, que había hablado conmigo y que estaba un poco movilizada por todo, cosa que él entendía perfectamente y que bueno, que igual ya debía estar por volver. Eso por hoy. A partir de hoy, entonces, yo debería estar volviendo, ya no se me supone más acá, ya debería estar en camino. Así que eso, que Ramiro entiende mi confusión, con lo cual no me dice nada, no me ayuda. No me dice ni que

haga algo al respecto ni que deje de hacerlo, ni que vuelva ni que no lo haga, sólo me sugiere que lo llame a Manu, aunque sea para que se quede tranquilo, aunque no sepa cómo sigue todo y bueno, nada, que por el resto me fije, y que me cuide. Eso agrega, cuidate agrega y es lo que más me resuena cuando corto. Que Corsito está pancho y ya se habituó a la casa, que incluso se está tomando un par de licencias. Corto y me doy cuenta de que estoy en el mismo lugar que antes, que no avancé ni un poco, que no evolucioné. Que por favor alguien me diga lo que tengo que hacer.

Atiende él, está en el laburo. Hola, bonita, arranca y ya me toca el corazón. Que cómo va todo, que cómo desaparecí, que cuándo llego. Que bueno, que muchas cosas (yo), que papá, que tus padres, las cenizas, la ciudad, el sur, el viento del sur, las calles, el clima, el clima por ambiente, a eso me refiero en realidad, al clima por ambiente. Al ámbito. Y al frío también, por qué no. Sí, claro, que se imagina, que se imaginó, que por eso no se preocupó tanto, que se imaginó que andaría medio movilizada. Y que cuándo llego. Y yo que bueno, que todavía no sé, que hoy voy a ir a sacar pasaje, así que tengo que ver, que después aviso pero que ando medio rara, que lo tenga en cuenta y que se prepare para eso, que lo tenga en cuenta. Todo bien, bonita, no te preocupes, me dice, eso me dice, que me está esperando, que tiene muchas ganas de verme, yo que también, que también tengo ganas de verlo y que cuando sepa le aviso, eso le digo, que cuando sepa le aviso. Te quiero, linda, yo también. Te extraño, me dice y yo a eso nada. Cuando sepa te llamo beso chau. Y cuidate, una vez más el cuidate.

No le dije nada, no lo puedo creer. Una cobarde. Pero está

bien así también, en un punto está bien. ¿Qué le iba a decir? Si ni siquiera hubiera sabido qué decirle. ¿Por teléfono? Y además, ¿qué? No puedo, no sería justo compartir todas mis dudas con él. Y por teléfono. ¿Qué le digo? ¿Que no, que me disculpe pero que yo, la verdad, ando un poco rara porque el otro día me encontré con Julián; que sí, que no lo veía hace años y que de hecho y casi prácticamente no había pensado en él al decidir venir para acá, que casi ya no lo recordaba, que ya no era parte de mi vida, porque no lo era, porque había dejado de serlo? Decirle eso y agregar que ahora sí, que ahora había vuelto a introducirse, había vuelto a entrar así, como quien no quiere la cosa y que lo había hecho, que lo estaba haciendo con todo. Decirle eso y decirle también que por eso y nada más que por eso andaba no sabiendo, no andaba pudiendo saber qué onda con él, qué onda él. Por eso. De ahí. De ahí eso. Decirle, mirá Manuel, yo a vos te adoro y de verdad que te quiero mucho mucho y a lo mejor hasta esta cosa tan cálida y hogareña que me hacés sentir, que me ofrecés, sea el amor, podría ser, eso no lo puedo saber, ¿cómo podría saberlo? Pero bueno, hay esta otra cosa también de la que quería hablarte, una cosa otra que tenía oculta, que estaba ocultando, una que casi estaba encerrada en un armario, en una bolsa de arpillera, sanguinolienta, como un bulto que se mueve, que se agita, que se convulsiona en ambientes, en monoambientes saturados y de colores grasientos, rojo oscuro, verde oscuro, bordó, así, así como eso, oscuro y misterioso, mortecino, denso, tengo yo cosas adentro que se mueven. Y cuando les presto un poco de atención se convulsionan y despiertan y piden justicia, piden que se las recuerde. Esa bolsa de arpillera ensangrentada, con muñones y deslenguada, que no quiere quedarse quieta y que se agita y gime y gruñe cuando siente que le llevo luz, cuando

alcanza a oír que alguien accionó la puerta del armario, que alguien está ahí. Yo, por mi parte, podría desentenderme, volver la puerta a su lugar, soltar el picaporte y hacer que el orden se reestablezca o: tomar la bolsa, abrirle el cordel, liberar a la criatura y que sea lo que Dios quiera. Liberar al monstruo no ofrecería más que dos destinos posibles: o me devora o me propone matrimonio. Entonces, y como no sé qué quiero, como me encuentro con la mano en el picaporte y la mirada va de la bolsa a la habitación iluminada, a mis espaldas, que proyecta calor sobre mis hombros y de ahí a la arpillera una vez más, te digo que si querés y tenés ganas me esperes, esperes a ver qué hago conmigo, qué hago con éste, qué puedo hacer, qué me sale, por qué cosa me dejo ganar esta vez, o si no me dejo ganar por nada en absoluto y decido esta vez, decido positivamente, aunque esa elección positiva lleve a la destrucción, aunque sea la destrucción misma, pero, en el mejor de los casos, haberla elegido. Y si así fuera, si me quedara con la bolsa, el sangriento paquete de arpillera, no lo tomes como un fracaso, no tomes lo que tuvimos, o, mejor dicho, el fin de lo que tuvimos como el fracaso de otra cosa, más larga, más grande, sino como el éxito de sí misma: esas largas vacaciones que pasamos juntos en las que vos me quisiste y yo te quise y nada demasiado malo nos pasó y nada empañó demasiado ninguna cosa, como eso, eso que tuvimos y que nos gustó y que fue todo mientras fue/y que era todo, mientras fue.

Eso debería haberle dicho de haber pretendido ser absolutamente sincera y sin embargo no, no hubiese servido, probablemente habría hecho, primero, un silencio, despachándose después con algo del estilo de ey, bonita, no sé, me estás enroscando, ¿por qué no hablamos cuando llegues? Y hubiese tenido razón. Así que nada, me jodo y me

quedo sola con mis imágenes y veo qué me pasa y qué puedo hacer conmigo. Que no es mucho. Por lo pronto debería, por lo menos, poder decidir cuándo volver.

20

Antes de salir para la terminal me dedico un rato a Ali. Tenemos un momento de amor. La alzo y me la pongo en brazos como a un bebé, ella se deja, aunque sea taimada, y se vaya relajando de a poco. Le acaricio la panza, pongo mi cabeza contra la suya, me refriego. Tiene olor a batata al horno, no sé por qué, no sé por dónde habrá andado. Igual es rico, es rico el olor a batata al horno, por más raro que sea que esté en la cabeza de Alicia, Alison. La siento ronronear, tu gata no hace mucho ruido, no ronronea para afuera, es interno. Pero le ponés la mano sobre la panza y te das cuenta.

Es extraño, desde que estoy acá, prácticamente no pensé en el pasado, es raro eso. Hablo del pasado remoto, de mi pasado remoto. Del nuestro, de acá, de antes. Probablemente tenga que ver con que acá todo es tan antes que sería redundante. Aunque no, tampoco, porque la mayoría ya no está y los que quedaron no son reconocibles, ya no se dejan identificar consigo mismos, es decir, con lo que puedo recordar de ellos. Tal vez no quise pensar en antes porque habría sido insoportable sobrellevar todo; ir a esparcir tus cenizas desde un puente hacia la nada, hacia un paisaje, pensando que eras vos, en lo que fuiste. Supongo que fue necesaria cierta frialdad para llevar adelante el momento y no caer del todo, caer en vos. No sé, y por tus viejos también, para hacérselo más fácil. Y por mí, por mí también, por supuesto, por mí también. Curiosamente ahora (y debe tener que ver con la proximidad de la vuelta), después de la charla con Manuel, de

todo lo que no le dije acerca de Julián y su familia y su paternidad y todo lo que tampoco le dije acerca de tu casa con sol de mediodía y así tan sin nadie, sólo tu gato con olor a batata en la cabeza y yo, todo este silencio te trae de vuelta, materializa tu presencia, o tu ausencia o que no estés o tu no estar más, tan claro, tan contundente. Entonces pienso en las tardes en el Percy o acá en tu habitación o en el living comedor y flaqueo, me debilito. Me doy cuenta, creo que me doy cuenta de que me quiero ir, pero también de que quiero llevarte conmigo y es imposible porque estás acá, muy acá, ahora termino de saberlo. Desde allá, desde Buenos Aires, puedo extrañarte muy contemplativamente, mirarte a vos, a nosotras, como a través de un vidrio, en una vitrina, nuestro pasado en común/compartido, detrás de un vidrio, melancolizarme de vez en cuando pero así, con distancia, con la distancia del vidrio. Ahí, en la repisa, hay una luz pálida que aplaca todo todavía un poco más y le da un halo de irrealidad, de algo sucedido allá y hace mucho, algo de lo que uno puede alejarse para observar, observar de lejos, algo a lo que uno asiste, como si fuera otra cosa, lejos, alejado del cuerpo. Acá no, acá vengo y estás en todo. En el frío, en la mañana, en la almohada, en tu campera, en tu mamá. Y estás afuera, en la subida, el ripio, en el asfalto y ahí donde el asfalto empieza a ser tierra casi imperceptiblemente y no se puede distinguir con claridad quién engulle a quién. Ahí y en los ladridos. En los ladridos de los cuzcos, hijos de los hijos de los hijos. En la feria, en el río, en la terminal. En las salidas de fin de semana. En los adolescentes. En los adolescentes en las esquinas. En los cordones de vereda. En los escalones de puerta de calle. En parejitas apretando. En esa saliva, ahí también estás. En la noche y en la escarcha. En esa helada y en el descenso –brusco– de la temperatura cuando –justo–

deja de dar el sol. En los autos que van para el río, en las siestas cuando el sol pega fuerte. En la goma de la ventanilla del auto que se recalienta. En el brazo que va sobre esa goma y se quema y se broncea y tiene pelos amarillos y manchas de sol. En las piernas sobre el asiento de cuerina, sudadas. En esas gotas de sudor que se deslizan sobre la cuerina y adhieren esas piernas de adolescente en pollera o short. En la canción que justo en ese momento suena en la radio y musicaliza ese momento. En los álamos que dan un poco de sombra a ese río y sobre ese auto cuando se estaciona justo ahí, junto a ese río y su pequeño cauce, tímido cauce de verano. En esas piernas de adolescente, una, dos, unas cuantas, que se tiran sobre esas piedras de ese río y se dejan topetar por el agua que no llega a cubrirlas a ellas, las piernas, las adolescentes, pero que refresca bajo ese sol de mediodía de sur que quema y da calor. En ese viento que alivia un poco en la orilla de ese río, sobre todo a la sombra de esos álamos y que mueve esas hojas de esos álamos y les hace hacer ruido de lluvia. En los oídos de esas adolescentes en el río, en el hilito del río, que se cuentan cosas a media voz, en susurros, porque son confesiones y el agua transmite/ transporta el sonido y no quieren ser oídas por ellos, los otros adolescentes tirados a la sombra de esos árboles. En la música que sigue viniendo de la radio del auto y en los cigarrillos de esos adolescentes que ahora descansan a la sombra de esos árboles escuchando esa música, aunque no la escuchen, aunque sólo acompañe. En esos adolescentes que miran, de costado, a esas adolescentes en la corriente, adolescentes con poca ropa, con remeras, con shorts, que ríen y se cuentan cosas junto al chorro de agua. En la escasez de ropa sobre esa piel de adolescentes, bronceadas y expuestas junto al agua, en el agua, bajo la mirada intermitente de esos otros

adolescentes a la sombra de esos álamos. En eso y en la progresión del deseo. En su realización o suspensión, en su llevada a cabo o fracaso absoluto. En el asiento trasero de algún auto, de ése o de cualquiera que se le parezca, bajo alguna de esas sombras, de esos árboles o de otros, de tarde o de noche. En esos besos. En esa torpeza, ese sudor. En ese desgarramiento. Esas lágrimas, alguna de esas lágrimas sobre alguna de esas piedras o en el escalón de entrada de alguna de todas esas casas, una, nunca la propia, nunca la misma. En ese desgarramiento o en el placer, en el placer también por algo raro, algo nuevo, algo otro. En esos sabores, en esos olores, en esos fluidos. En esos fluidos nuevos, otros, ajenos y propios; partes del cuerpo de otro en el propio, partes del cuerpo de uno en el otro. En ese intercambio, en el placer de ese intercambio o en ese desgarramiento. En los ojos cerrados, en el hacer, en el dejarse hacer. En el querer y negarse. En la negación y el avance. En la desobediencia y el saqueo. En el saqueo y el placer por el saqueo, y la desobediencia. En esas tardes, esos ríos, la música. En la hora en la que la piel pica, del sol, y de otras cosas. La hora en la que el sol fue demasiado y ya no se revierte, no se va para atrás, de los brazos y las piernas, hechas al agua, marrones, puestas al sol. En un principio de noche fría de verano, de frío que no se va nunca porque no piensa irse porque es de acá, en ese principio de una noche. En el detenimiento del inicio de la noche que después no sucede, en esa suspensión que llaman ocaso pero que no sea, que no se diga ocaso porque no va a terminar; en un inicio, el comienzo de algo, que no sea noche y que no se haga y no se gaste y que no se vaya nunca, así también, también ahí; en esa noche de verano fría que no termina nunca porque no va a empezar, porque va a hacer siempre como que está empezando y no va a hacerlo y así se

va a quedar, como el principio de una noche que no es y que no va a ser, no/nunca, una noche.

21

La gente trabaja, yo no. Yo miro por la ventana, miro por la ventana, por la ventana. Afuera es un día de invierno y hace sol. Las puertas no cierran bien, no cierran, son viejas. Suena un teléfono a través de la pared. ¿Por qué dará tanta pereza hacer lo que a uno le gusta? Da pereza, pereza arrancar. A mí me da pereza arrancar y eso pareciera no curarse. El camino del éxito, el camino del éxito. ¿Quién sabe? Me canso de mí, sigo cansándome de mí. Por más a gusto que me sienta acá, por más a gusto que me sienta. ¿Alguien atendió? En todo caso, el teléfono dejó de sonar. ¿Qué funciona mejor en la ficción? ¿El pasado o el presente? Los fines de semana me dan tirria, no me gustan, ese imperativo de pasarla bien, de hacer cosas, de hacer algo especial, el tiempo libre. Prefiero rebuscármelas cuando la gente trabaja. La gente en situación de ocio suele verse ridícula, como fuera de lugar, grotesca. Estoy desmotivada, un poco, me doy cuenta, aburrida, excesivamente tranquila, casi cómoda. Ya no me gusta mi casa, estoy harta, estoy harta de ella. Quiero, aunque sea, vivir distinto. Yo lo cuidaría, yo cuidaría a ese bebé si me lo dejara, si quisiera dejármelo, si quisiera. Creo que podría ser una buena madre, creo que sí, creo que me gustaría ser una buena madre, creo que sí. No sé en qué pienso, no sé en qué estoy pensando, no sabría decirlo, no podría precisarlo, no podría. No sé en qué ando, si me preguntaran en qué ando, yo no sabría qué decir, qué responder, en qué ando. Sé que me canso, cada tanto me canso, me agoto y no quiero más eso

que tenía y quiero otra cosa, otra, otra cosa. Esperar hasta que el momento estalle, esperar hasta que el momento estalle, ¿qué es? La ansiedad nunca es demasiado buena. Una vez dijeron que era la otra cara de la angustia y yo creí. La provincia te abduce, por momentos es un planchón. Mi casa, ahora, me deprime un poco. No la limpio desde hace meses. No quiero dormir en mi habitación, no le paso un trapo desde hace meses. Desde hace meses. Quiero deshacerme de todos mis libros, de todos mis discos, sobre todo de los libros que ya leí, ¿para qué los quiero? No los quiero, los daría todos. Quiero charlar, tengo ganas de comunicarme. Con alguien, con alguien nuevo, alguien otro, alguien distinto, que me devuelva una visión nueva, distinta. Hay gente a la que simplemente dejé de ver y nunca volví a cruzar y está bien así. Estoy aburrida. Afuera, en la ciudad, hay bullicio de ciudad, los viernes por la tarde, bullicio de ciudad de viernes por la tarde. Acá no, acá en cierto sentido es siempre la misma hora, el mismo día. Allá la gente va y viene a toda velocidad, se moviliza. A toda velocidad. Yo, acá, estoy quieta y cansada, me canso, porque estoy aburrida, me canso cuando estoy aburrida y me dan ganas de dormir, sólo ganas de dormir, solamente. Siempre las mismas cuadras, los mismos barrios: lo mismo que de pronto un día me da sensación de poder, otro día me aplasta. Soy yo, es mi imposibilidad. Ahí, nuevamente, lo único que te salva es la ficción. Eso cuando podés, cuando te deja acceder a ella. Lo otro te engulle. No quiero ni recreos ni obligaciones aunque, claramente, prefiero las obligaciones. No sabría qué hacer sin ellas. Vivir de evento en evento, como si tal cosa. Tener hijos para pasar el rato, aunque sea eso, para pasar el rato. Que no es poco, pasar el rato. Me aburro. Y ya ni siquiera sé cuál es mi idea de aventura. Quiero no querer, no necesitar nada. Ya no

necesito, ya casi odio Bogotá, tan sólo porque no puedo irme, ésa ya es una buena razón, quiero irme de ahí, si ya casi nunca estoy, si ya casi sólo funciona de guardiola y juntadero de polvo. Arreglármelas para conseguir otro lugar donde estar, donde quedarme, que no sea acá, o sí, no sé, tratar de saber dónde querer estar. Irme de ahí es ya un imperativo, ¿o no? Y los libros y discos se los dejaría a otro, al nuevo inquilino, que vengan con la casa, que se queden ahí, que pierdan su historia, que me pierdan, que me extravíen, que se olviden de mí, sin inquina, sin inquilina. Ya no quiero más, ya no quiero más ahí. Inconformismo y comodidad, todo junto y al mismo tiempo.

22

Qué día, madre mía. Ya está, me voy mañana. Te dejo. Fui a sacar pasaje, pero no saqué; algo pasó en el camino.

Vengo caminando por Alvear muy tranquila y cuando estoy por cruzar, enfrente de la terminal, me tocan bocina. Debo hacer la salvedad, antes de que me juzgues, de que había –en serio– tomado una decisión. Pensé más seriamente o con más frialdad, sin tanta tontera, en Manuel y en lo que teníamos, en lo que tenemos y decidí, tomé una decisión. Que no quiero perderlo, que eso, esto, es mi vida ahora y que no puedo dejar todo, todo lo que tengo, todo lo que de alguna manera construí, por nada. Porque es eso, porque no hay nada en realidad, nada otro para mí, nada esperándome. Acá quiero decir, eso, acá. Allá sí, en Buenos Aires, creo que mínimamente me procuré un espacio de pertenencia que –por más que me desgarre dejar Esquel– no debería menospreciar. Porque me desgarra y siempre me va a desgarrar y no es por vos, eh. Para nada, antes de que murieras era igual, lo hablamos, antes de que murieras era igual de terrible o a lo mejor no igual, distinto, pero terrible al fin. Además tu muerte no hace al lugar, todo lo contrario, estás muerta en todas partes. Así que eso, me digo que no es querer huir, todo lo contrario, es combatir el querer quedarse, porque yo me quedaría, siempre hubiera querido quedarme, siempre voy a querer volver, eso lo tengo clarísimo pero también tengo claro, creo, es lo que estoy decidiendo, que es justamente esa distancia, esa tensión, la que me sostiene. Ese deseo hacia esa

otra cosa. Si la tengo, sucumbo. Si me quedo acá, sucumbo. Eso lo sé. Tal vez, entonces, la duda estos días no haya sido otra cosa que sucumbir o no sucumbir. Como con Julián, como si él fuera una puesta en abismo de Esquel, o al revés, como si Esquel fuera una puesta en abismo de Julián, no sé en qué orden sería, pero son lo mismo, en mí, son lo mismo. Si me quedo, muero, me desgarraría por dentro, eso lo sé, de eso me doy cuenta. Es una pulsión muy fuerte, ahora entiendo, recordé por qué vengo tan poco, entendí por qué me cuesta tanto volver, es como el vértigo, tiene la lógica del vértigo. Y yo me tiraría, como vos me tiraría, como a vos, como la chica de *El tigre y el dragón*. Es eso, pulsión de muerte, de desgarramiento, una pulsión.

Bueno, eso, que entonces había decidido volverme mañana en el primer micro que consiguiera, a cualquier hora, para llegar lo antes posible a Buenos Aires, para seguir con mi vida. Mi vida. Es curiosa esa escisión, hablar desde acá, referirme a mi vida como si fuera otra cosa, como si estuviese sucediendo ahora mismo en otra parte, como si fuera posible volver a la vida, la mía, la de uno. Espero en el semáforo para cruzar la calle, entonces, y me tocan bocina, me toca bocina una camioneta y para. Es Juli, es Julián en la camioneta del otro día. No está solo, en el asiento del acompañante así suelto, como si fuera un bulto, va el hijo, su hijo, León. No lo puedo creer. El pequeño queda de mi lado. Me asomo a la ventanilla y me mira, los dos me miran. Julián parece contento, sorprendido y contento, quiere saber para dónde voy, si quiero que me alcance, le digo que no, que voy enfrente, a la terminal, a sacar pasaje. Ya te vas, me pregunta, le digo que sí, que lo antes posible, que hoy a la noche o mañana a más tardar, me pregunta si me estoy escapando, te estás escapando me dice con picardía, y le doy una sonrisa

falsa, por toda respuesta, a su provocación. ¿Es el tuyo?, es la pregunta retórica que le hago a continuación y el niño me mira con los ojos bien abiertos, marrones, marrón clarito, muy parecidos a los de Juli y el padre nos presenta: éste es León, ésta es Emi, Emilia, mi ex, mirala, ¿no es linda? Ella podría haber sido tu madre. Sos un hijo de puta, limpiale la cara por lo menos, boludo, está todo lleno de mocos. Meto la mano por la ventanilla y le saco los mocos al pibe con el baberito de tela roñoso que tiene puesto. Me conmuevo. No lo puedo creer y querría evitarlo a toda costa pero me conmuevo. Qué mierda de instinto femenino, o maternal, no sé qué mierda será. Algo como esa manía de tener peluches, eso, esa estúpida sensación/necesidad peluche. Igual, no es general, en general los nenes me chupan un huevo, no me importan más que los adultos; hay algunos que me caen bien y otros que no, como todo, su condición no los exime ni favorece. Pero éste en particular –soy tan obvia– me gusta. Es arisco, como Juli, puedo darme cuenta. Me mira con desconfianza, y lo bien que hace. Tiene el ceño fruncido y me mira con mucha atención. Me escruta. Le digo hola enano y no me da ni bola, me mira fijo. Es todo lo contrario a un niño demagógico. Eso me gusta. Dentro de no mucho tiempo, cuando empiece a hablar probablemente resulte igual de sarcástico que su padre. Cautivante. Es lindo el pendejo, le digo, tiene muy mala onda. Sí, me dice, tiene muy mal carácter. Y además se da cuenta de todo, me dice su padre. Me cae bien, agrego. Querés que te lleve, me pregunta, lo miro desafiante, le recuerdo que voy a unos metros. No, no, me aclara, mañana a la madrugada salgo para Trelew, tengo que llevar una encomienda, si te sirve te puedo llevar. ¿Y qué hago en Trelew? Te tomás un colectivo. Hace mil años que no voy a Trelew. Le pregunto si le parece, me dice que cree que

puede estar bien y yo pienso que sería, que es una gran oportunidad de tenerlo a Julián para mí sola, por última vez probablemente, y compartir un viaje con él, con él y a través del desierto. Pero estar volviendo, al mismo tiempo estar volviendo. No puedo creer lo feliz y atinado de la propuesta, hace rato que no me entusiasma tanto algo. Dale, le digo. Quedamos en que me pasa a buscar a la mañana. Me despido del pequeño León con un beso en la cabeza, él no emite sonido, sólo cierra los ojos, huele a cosas su cabeza, un poco a bebé y otro poco a fluidos de bebé y otro poco a frito. Bañalo, hijo de puta, tiene olor a milanesa, le digo a su padre y el pequeño me mira con los ojos bien abiertos, como invitándome a portarme bien, como conminándome a eso. Te veo, agrega Julián y se pone en marcha. Los despido con la mano en alto, León me responde, levanta su manito, la agita un poco y la mete en la boca, la mano llena de tierra y mocos.

Chupate esa mandarina, un viaje con Julián, en camioneta, a través del desierto. Cinco minutos antes, un minuto antes de ese bocinazo me dirigía a la terminal a acabar con todo esto o, por lo menos, a alejarme o, por lo menos, a poner una distancia prudente y ahora –zas– me encuentro embarcada en un peligroso y atractivo, para no decir excitante, viaje a través del desierto con el chico pulsión de muerte. ¿Una buena oportunidad de morir, tal vez? ¿Ponerme una piña con la camioneta, morir destrozados los dos, los dos juntos en alguna ruta de ripio, pinchar una goma a toda velocidad y volcar, levantar algún animalejo a toda velocidad y volcar intentando esquivarlo y no poder, no poder esquivarlo y embestirlo con todo y que entre, que rompa el vidrio y entre a la cabina con nosotros, que nos embista y desfigure, por la presión, por el peso de su cuerpo y los vidrios, morir, morir juntos y que nos encuentren recién días después, muchos días

después, tal vez una familia, tal vez otro viajante o un micro, un chofer de micro, despedazados y al sol, a medias comidos por los buitres, por las martas, a medias asados al sol de mediodía, a medias trepanados por larvas, larvas de mosca que ya van a haber anidado bajo nuestra piel, apropiándose de nosotros? Nada mal, una tragedia, dos vidas literalmente destrozadas, eso dirían los diarios, dos familias destruidas, en Esquel, en Buenos Aires, dos niños huérfanos, uno de ellos por nacer, qué tragedia y, sin embargo, el destino; los más cercanos entenderían eso, lo del destino, vos lo entenderías, por más en desacuerdo que estés, por más en desacuerdo que estés con este viaje que emprendo ahora, que acepto, que elijo, lo entenderías. No te quedaría otra que entenderlo. Y sí, murieron juntos, así debía ser, ése era su destino, descansar juntos por toda la eternidad. Ahí deberían dejarnos, pudriéndonos al sol, junto a una ruta en el desierto, entre Esquel y Madryn, para que el orden se restituya, para que sea restituido, y devenir polvo y alimento de alimaña y abono de gusano, de tierra desértica, que no nos necesita, que no nos absorbe, grasa, dos manchas de grasa sobre tierra infértil, seca, resquebrajada, eso estaría bien.

23

Paso por lo de papá para despedirme. Tengo la prudencia de no comentarle nada acerca de mis planes, del plan de hacerme mierda en el desierto junto a Julián porque tengo una relación visceral con él, irremediable e inconvivible. No le digo nada, es decir, sí le digo que Julián me lleva, eso sí se lo digo y sólo eso basta para que me mire de costado con cara de ya sé qué, le conozco esa cara, la de sos terrible, Emilia, sos terrible, si ya lo sabe, sabe que no puedo evitarlo, sabe que es más fuerte que yo y comprueba –ahora– que eso no ha cambiado. Me pregunta, no sin malicia y es todo lo que va a decir al respecto, me pregunta si va toda la familia o sólo nosotros dos. Otra sonrisa falsa de mi parte y una palmada en el brazo, por el atrevimiento, por la agudeza, por lo apropiado del comentario.

24

Acá se trata de un matrimonio de alrededor de sesenta años. Él, una cara de *psycho* para alquilar balcones; ella sonrisa, peluca, dientes lustrosos/nuevos. Sonríen, abrazados, en todas las fotos. Él compra un auto para irse de viaje con ella. Días después –una vez más, modus operandi– él declara que ella se fue, se escapó, con el auto. Hay testigos que dicen haber visto a una mujer sospechosa con ese mismo auto lejos de ahí. La mujer misteriosa entra en un cajero, saca dinero con su tarjeta, la tarjeta de Denise, la suya, las cámaras de seguridad la filman y es cierto que hay algo extraño en ella. Su marido habla por la radio, le suplica que vuelva, aunque sea por los nietos. En tono plañidero le pide que por lo menos se apiade de sus nietos. A los días a la familia de ella le llega una carta de despedida de su madre, una carta suicida. Se lamenta en la carta, se disculpa por no haber podido ser una buena mujer para George –el viudo–. Días después alguien encuentra el suéter y la cartera de la señora a orillas del mar. La hipótesis se confirma: suicidio. Pero la hija no se da por vencida: niega que la letra de la carta de despedida sea de su madre, hay algo que no le cierra. Se analiza, entonces, una parte del sobre, aquella que se sella con saliva. Y el ADN que se encuentra no es otro que el de George. Dan con él y confiesa: la mató de un golpe en la cabeza y después la llevó a su lugar de trabajo e incineró su cuerpo en un horno de fundición. Todo lo demás fue fingido. Y –claro– la mujer misteriosa que fue vista en su auto no era más que George mismo disfrazado

de Denise/con la ropa de su esposa/con la ropa de su Denise. Curioso que con ese nivel de ficción encima, omitiera el detalle de la saliva en el sobre. Otra vez aquello de la fagocitación, de la deglución, en familia. Todo queda en familia.

25

Como con tus padres, una cosa así, informal. A tu hermana no llegué a avisarle, así que me despedí por teléfono; creo que para ella también fue más cómodo así. Incluso hasta llegó a mostrarse un poco cariñosa, creo que dijo algo del orden de *bueno verte* o *buen viaje* o *cuidate* o algo así, sorprendente. A Vanina ni la llamé, no tenía ganas, después le mando un mail desde Buenos Aires. No tenía ganas de enfrentarme a sus preguntas, ni de sortearlas tampoco, no hubiese podido; así que simplemente no me despedí. Cuando llegué a casa, a tu casa, ya era de noche. No era muy tarde, pero ya había anochecido. Llegué con un par de víveres, algo mínimo para agasajar a tus padres. Compré unos vinos ricos y algo de fiambre, para una picada, algo del crudo que le gusta a tu viejo. Él todavía no había llegado, así que me quedé con Úrsula en la cocina, charlando. Estaba lavando unas verduras, le dije que me iba a la madrugada y enseguida empezó a montar una cena de despedida. No pude decirle que no. Tampoco hubiera querido. Dijo que había conseguido un par de verduras ricas, frescas, que quería hacer un puchero, ¿cómo negarse? Me quedé ahí con ella entonces, le ofrecí ayuda pero no quiso; a cambio me conminó a cebarle un par de mates y contarle en qué había andado los últimos días. Así que le conté toda la situación, la secuencia de encuentros con Julián, en qué medida me había afectado eso, de lo poco resuelto que tenía todo ese asunto, de Manuel también, le hablé de Manuel también, del llamado telefónico, de mi

confusión, de la imposibilidad de saber, de darme cuenta. Hablamos de él y de sus hijos, de lo que tu vieja sabía al respecto. El panorama que me desplegó era bastante menos idílico del que yo había imaginado. A ella le da mucha pena todo: Juli, la chica, el nene. Yo quise saber que por qué pena y ella que bueno, que ella se imaginaba otra cosa cuando pensaba en una familia, que Julián apenas conocía a la chiquita cuando la dejó embarazada y que esa chica no estaba preparada para ser madre, pobrecita, apenas si había terminado el colegio y que eso se nota, que el cuerpo es sabio, que ¿por qué creía yo si no que tenía unos embarazos tan difíciles? El cuerpo es sabio, comunica, y que una chica tan jovencita no pueda tener un embarazo saludable algo significa. Que bueno, que para el hombre era distinto, que ella lo veía a Julián ir y venir con el pibe, cuando tenía ganas, porque él sigue trabajando, sigue con su vida, sale, ve a sus amigos y que en cambio la pobre piba se la pasa en cama. Que no lo dice por él, que no le parece mal que él siga con su vida, pero que las cosas hay que pensarlas mejor, que un hijo no debería ser un capricho, un pasatiempo o algo para llenar el vacío, para tener algo que hacer, que no se puede ser tan irresponsable, tan egoísta. Eso, que en un punto es egoísmo porque esos niños, esas personas, son personas nuevas y que hay que tener algo para ofrecerles, recibirlos con algo, con las mejores intenciones por lo menos y ni siquiera. Que ni siquiera eso era suficiente, las buenas intenciones. Que a ella le da un poco de tristeza la inconciencia, un poco de impotencia. Me hizo bien escucharla, porque en un punto me desmitificó todo el asunto y me recordó lo engorroso de la paternidad, toda esa cosa de la responsabilidad y de lo eterno, de lo que significa alguien nuevo, una persona, pero por otro lado pienso, y se lo dije, que es necesario un cierto grado de

inconciencia para concebir, para tener hijos. Que, en un punto, tiene que ser como una especie de juego, porque si lo pensás dos veces no lo hacés, no lo hacés más/nunca. Y ella que sí, que bueno, que puede ser, pero que en definitiva esa chiquita no estaba pudiendo disfrutar de su maternidad, ni siquiera de sus embarazos, porque está todos los días en cama, como una convaleciente, como si los hijos o la maternidad enfermaran en lugar de colmar, de ser un evento feliz, de traer alegría y que ella, personalmente, no le deseaba eso a sus hijas. A sus hijas, dijo, e inmediatamente hizo un gestito con la mano como incluyéndome en su comentario, incluyéndome en eso de hijas, supongo, o por lo menos en lo de maternidad. Después, ya cerrando sobre la olla de puchero, me dijo que respecto a lo de Julián, a lo que le había contado de mi confusión, de mi atribulamiento, que me lo tomara con calma, que disfrutara del viaje y de verlo, después de tanto tiempo. Seguro que tienen un montón de qué hablar, de cosas para decirse, para ponerse al día; que disfrutara eso y no me sintiera obligada a saber, eso sobre todo, que uno nunca termina de saber del todo, que las cosas, los hechos en definitiva deciden por uno y que me dejara ser. Eso, que me dejara ser. Esa frase, curiosamente, siempre me remite tanto a *dejarse estar*, aunque sea lo opuesto.

Así que llegó Jorge y descorchamos y comimos jamón crudo y comimos puchero y después todavía nos quedaron ganas de jugar unas rondas de generala. Tu viejo sacó el Chivas y nos tomamos unas medidas y todo el tiempo Ali estuvo acurrucada sobre mi regazo, todo lo que duró la sobremesa. Imaginé que debía estar percibiendo mi partida. O por lo menos me gustaba la idea de sentirme extrañada. Después a Úrsula ya se le cerraban los ojos, así que nos despedimos. Insistían en levantarse a la mañana para

despedirme, preparar un café o algo, unos mates, tu vieja sobre todo y yo que no, que no era de mañana sino de madrugada y que yo no iba a tener ganas de tomar nada a esa hora, que ya era tardísimo y que yo probablemente ni siquiera durmiera, que se fueran a acostar tranquilos. Me abrazaron, fue muy emotivo, pero emotivo alegre; tu vieja me dijo cuidate mirándome a los ojos y enseguida agregó y disfrutá; Jorge dio sus clásicas palmaditas en la espalda, me encargó saludos para Ramiro y cuando salía por la puerta me tiró un a ver cuándo nos tomamos otro blanquito en Scuzzi. Me reí, le dije cuando quieras y se fueron a dormir. Me quedé con Ali, yo de pie en la cocina, ella estirándose sobre el piso, desperezándose y considerando/olisqueando ya cuál sería su próximo lugar de reposo.

Decidí que no iba a dormir. Ya estaba pasada de rosca, no tenía ganas de dormir mis últimas horas en Esquel.

26

Hice el bolso, no tenía mucho que guardar. Empaqué el disco de Counting Crows, con tu permiso, y decidí llevarme tu campera. Puesta. Me la llevo puesta. Quedo dando vueltas, decido ir a ver la tele. Cuando voy a buscar los auriculares en el mueblecito para no molestar a tus viejos, descubro una discreta colección de VHS, la mayoría grabados, con títulos de películas escritos a mano. Con distintas letras, de los integrantes de tu familia. Algunas con tu letra, *Generación X*, por ejemplo. No puedo creer que todavía exista, no puedo creer que haya sobrevivido a las horas y horas de exposición a las que la sometimos. Pensé que la habíamos gastado, literalmente. Pero no. Ahora ya sabía qué hacer en la próxima hora y media. Al principio le costó un poquito al tracking, la película arrancaba sobre un capítulo de *Los Simpson*, uno de los primeros, el de la niñera Pots. Una pena, también estaba de ánimo para eso. Bueno, me calzo los auriculares, acerco el sillón y Ali se me acomoda, no sin antes amasarme con sus patas y garritas, topetándose hasta la inconsciencia, hasta el sueño.

Bueno, ahí van Winona Ryder y Jeannine Garofalo en el auto, cantan, provocan a Ben Stiller y ahí empieza todo. ¡Ben Stiller! Bastante bien que le fue al final, poniendo cara de boludo, agarrándose la pija con el cierre y enfrentándose a cuanta situación escatológica se le pueda ocurrir. Ésa es la primera película en la que lo vi, y me atrevo a decir que es el rol más dramático de su carrera. Recuerdo que me había

gustado Ben, cuando la vi, cuando la vimos por ese entonces, de *yuppie* treintañero. A la que no le fue tan bien es a su compañera Winona, tanto que prometía. ¿O no? ¿O no prometía? Creo que quedó atrapada en los noventa, no pudo superar el cambio de siglo. ¿Hay algo más noventoso que Winona Ryder? Probablemente haya un par de cosas más, pero ella sin duda está en el *top ten*. Pobre Winona, ahora la veo y siento que sobreactúa. Pero ése era su código, ¿o no? Era parte de su encanto. Todas quisimos tener el peinado de Winona y que nos quedara tan bien como a ella. Acá está preciosa y para mí es lo mejor que hizo. Esto y Sirenas y *Beetlejuice* también. Pero yo me quedo con ésta, acá está bellísima. En *Generación X*, Winona, siempre brillarás. Después está Ethan, el más respetable de los tres, creo. No trabaja tanto, suele hacerlo en cosas más o menos interesantes, estuvo casado con la Thurman. En esta película él y Winona hacen una parejita hermosa y cachonda. Hay algo ahí del espíritu juvenil, bastante barato, pero efectivo al fin.

No sé si está buena la película, supongo que no, tampoco importa. La banda de sonido resiste, sigue estando bien, Garofalo es una gran compañera con su vozarrón, la cara de galleta y su flequillote y la película tiene un par de perlitas que siguen funcionando. Como ese primer diálogo entre ellos, caminando por la ciudad, con ese discursete de *you and me and coffee and cigarettes* y no necesitamos nada más que eso, algo así y después la escena de cuando se besan, cuando finalmente se besan, que ella está en una especie de pijama-jogging muy sexy, y por fin se besan contra la heladera, te querés morir, eso sigue funcionando. Y al final también, cuando él se baja del taxi y está ahí parado con su traje marrón después de planos y planos de Winona llenando

ceniceros de colillas y recibiendo asistencia psicológica por teléfono; él está ahí, ella está ahí, se aman y chau, no necesitan nada más que eso, con tenerse basta/alcanza. Esperanzados. Pero a veces, ahora por ejemplo, viene bien esta tónica, este mensaje de esperanza de pensar que con el amor basta, con el amor, el tabaco, el café y un par de ideales, o ni siquiera, un par de principios alcanza, ¿o no? O por lo menos en Houston en los noventa parecía funcionar, ¿o no? Apago la tele y ya no falta tanto para irme. Voy para la cocina. Levanto a Ali, se despierta un poco pero rápidamente vuelve a acomodarse en el sillón. Me dieron ganas de tomar café. Y de fumar. Pero no tengo. Ni tabaco ni porro. Eso corre por cuenta de Juli. Así que pongo a hacer el café –qué bien huele– y preparo unos sándwiches de salame y queso para el viaje. Con mayonesa para Juli, con Mendicrim para mí.

27

Estoy lista. Antes de partir del todo, unas sesiones de amor con Ali. La voy a extrañar, me da pena irme, dejarla. Y no poder explicárselo. No poder decirle por qué me voy; adónde. O llevármela, un tiempo, como un padre divorciado. Régimen de visitas, derecho al gato. Me siento en el sillón a disfrutar de ella. Se me pone encima, da un par de vueltas hasta encontrar el lugar perfecto, la curvatura adecuada. Se deja acariciar, se deja ir. De repente me muerde. Me enojo un poco, pero la entiendo. Sé que sabe. Sé que siente que me voy. Así que la dejo enfadarse y manifestar su enfado. Está bien así. La acaricio muy dedicadamente, justo como me gustaría ser acariciada si tuviera tanto pelo, y funciona. Lo lindo es que no hay especulación: sé que ella nunca va a poder hacer lo mismo conmigo y eso hace que mi gesto sea incondicional y me gusta que así sea, incondicional. Tenemos nuestro momento de amor, el intercambio es muy intenso, me voy por ella, a través de ella. Escucho una bocina, las dos nos asustamos y Ali, una vez más, me muerde. Ésta es nuestra despedida. Me llevo los huecos de sus colmillos en el dedo índice. No es poco. Enseguida escucho unos golpecitos muy leves en la puerta de la cocina. Voy corriendo al baño, me miro en el espejo, llevo tu campera, no me disgusto, agarro el bolso, miro alrededor y salgo. En la puerta está Juli, lagañoso, con su gamulán. Me saluda con un beso cariñoso y un abracito y agarra el bolso. Lo tira atrás, en la caja de la camioneta, debajo de una lona. Qué tornillito me dice cuando

estoy dando la vuelta por adelante para entrar por el lado del acompañante. Ya siento nostalgia de Ali, es terrible, me siento una madre abandónica, querría secuestrarla y llevarla conmigo pero me recuerdo que los gatos son ante todo del lugar. Pienso entonces, también, en Cora. Pienso en mi madre, soy lineal, ya lo dije. ¿Qué habrá sentido ella cuando dejaba todo atrás? Si yo me siento así para con Ali, tu gato, después de una semana de convivencia... ¿Qué mierda le puede haber pasado por la cabeza a esta mujer como para dejar atrás –en banda y para siempre– a un marido y dos hijos? Dos pendejos de año y medio y tres años, ¿a quién se le ocurre? ¿Cómo puede ser? ¿Con qué mierda habrá flasheado tanto o tan poco como para mandarse a mudar, para desaparecer/desintegrarse de esa manera? ¿Tan mal se llevaría con papá? Diría que no, por cómo la recuerda él; nunca se mostró demasiado iracundo al respecto. Además papá no es una persona violenta, eso está clarísimo. Tal vez ni siquiera haya sido algo tan determinante, tal vez simplemente no fuera suficiente, algo de nosotros, del combo familiar; algo de lo que ofrecíamos no le alcanzaba, no le alcanzó y se fue, un día simplemente se fue. Cora se mandó a mudar. Te mandaste a mudar, Cora, qué feo. Tal vez ni siquiera tuviera pensado irse y fue y se murió, eso puede ser también, a lo mejor se fue a morir lejos, a lo mejor se escondió para morir en algún otro lado, fuera del alcance de nuestros ojos, lejos de nuestra mirada, como los animales, como algunos animalitos. Durante años sostuve esa hipótesis: no podía soportar la idea de que mi madre me/nos hubiera dejado para empezar una vida mejor, o sólo distinta, ¿en qué lugar nos ponía eso? Creo que supimos ser unos niños bastante encantadores, no, ese pensamiento era demasiado doloroso. Así que preferí sostener, durante años y siempre íntimamente, la hipótesis de

que mi madre había tenido el heroísmo de ir a morir a otra parte; que sufría de, no sé, un cáncer terminal, aberrante, que la iba matando de a poco de una manera espantosa, la iba –tal vez– deformando, como carcomiendo, por eso de que el cáncer eran células degeneradas, y lo único que podía imaginar como foto de degeneración era algo deforme, la deformidad; así que ella había querido que la recordaran siempre joven y bella y se había retirado a morir con dignidad y oculta, en alguna otra parte, las montañas tal vez. Años sostuve entonces no sólo que mi madre estaba muerta, sino que había ido a morir a otra parte. No sé por qué nunca más supimos de ella, es raro que nunca hayamos escuchado nada más de ella. Falta de voluntad, supongo; suya, nuestra. Claro, una vez abandonada la hipótesis de muerte en lontananza, había que vérselas una vez más con aquello de la mujer independiente, la Nora Helmer sureña/patagónica que dijo basta para mí y dio el portazo, todo muy lindo en la literatura pero un bodriazo para el que quedó del otro lado del dintel de esa puerta esperando un poco de cariño. O una llamada, una carta, algo. O por lo menos, una notificación de defunción. O una postal del Caribe. O una foto con otra familia, una nueva, extranjera, de otro lado y ella, con otro nombre. Había pasado a llamarse Greta o peor, algo más eslavo, algo ruso, con muchas consonantes juntas, impronunciable para nosotros, y tenía eso, otra familia rusa y vestía como rusa y era comunista. Eso también. Contemplé la posibilidad de que mi madre, por error, hubiera quedado del otro lado de la cortina de hierro y ya no pudiera regresar. Había ido de viaje, a ventilarse un poco, a aclarar la mente, dio una vuelta por la Plaza Roja (que en mi imaginación era, de hecho, toda roja, rojo y blanco en realidad, con edificios como *lollipops*, como chupetines, rojos y blancos, en un

dégradé espiralado) y cuando quiso volver porque se dio cuenta de que era con nosotros que quería vivir para siempre, habían cerrado la frontera y ya no pudo salir. Y entonces se había vuelto comunista. Se había terminado casando con un ruso y tenía hijos rusos, por obligación y se vestía de gris, todos se vestían de gris, con la misma ropa y trabajaban en fábricas, como autómatas, frente a una cinta, con un pañuelo en la cabeza, hasta que sonaba una alarma y podían volver a sus casas, todas iguales, en silencio, todos iguales. Y después, cada tanto, llegaba un camión con –por ejemplo– zapatos, para todos, o juguetes, y todos eran siempre iguales, todos los zapatos, todos los juguetes; un zapato igual al otro, un juguete igual al otro, para que no hubiera envidia/para erradicar la envidia, para que no hubiera robos o necesidad de robar. Eso era el comunismo para mí, así me lo había imaginado. Así vivía mi mamá y no podía comunicarse, ni siquiera mandar postales porque no los dejaban, porque les revisaban toda la correspondencia y si se enteraban de que tenía otra familia en otro lugar del mundo, una doble vida, le cortaban la cabeza. Así que no le quedaba otra que vivir ahí y su vida no era tan mala, sólo demasiado igual a la de los demás. Después, en algún momento, también abandoné esa hipótesis, se esfumaban de un día para el otro, por más intensas que fueran mientras duraban. Un día, sin más, se habían desvanecido, o cambiado, como los gustos, como tantas otras cosas. Y cada vez que abortaba una de estas teorías tan redondas, que cerraban tan bien sobre sí mismas y permitían irse a dormir todas las noches inventándole nuevos detalles a esa otra vida (o muerte) de mamá, reaparecía la hipótesis más temible, la más dolorosa de todas: la hipótesis Nora, aquella de la temeraria mujer independiente, maliciosamente rebautizada en la adolescencia como

“digámoslo, Cora nos dejó por un chongo” o mamá Cora, claro, eso también dio que hablar. Por supuesto que nunca confronté ninguna de estas teorías con papá, no señor, no era un tema del que se hablara, sobre todo, no era algo a lo que él se refiriera. Había fotos, sí, de ellos, en los setenta. Se los veía bien y lindos, muy lindos. La moda de la época los favorecía. Papá era escuálido y Cora bastante pulposa. A ella evidentemente no salí; Cora es bastante Ramiro. O sea, al revés. Yo salí a papá. Cora era de Buenos Aires, a lo mejor había vuelto para allá. Ésa es una hipótesis muy certera y nada nada interesante. Durante la adolescencia Buenos Aires significó para mí lo más deseable y horroroso a la vez. Por un lado me lo imaginaba feo, atestado de gente apurada todo el tiempo. Un apiñamiento de autos, taxis, colectivos, ruidos y gente, gente, gente. De hecho no era del todo infundado: habíamos estado allá de visita una sola vez, con papá, por un trámite, un trámite que tuvo que hacer en Buenos Aires y nos alojamos en lo de la tía, su hermana, que vivía allá. Acá. No, ahora es allá. Y el recuerdo que tengo de ese viaje, no sé, yo tendría como cinco años, es de cruzar Libertador a la altura de Retiro (ahora sé dónde es, en mi recuerdo sólo era una avenida grande) e intentar llegar al otro lado por entre las piernas, por entre todas esas piernas, cientos, que venían de enfrente, que se me venían encima, como una estampida; era pasar o morir en el intento y a la vez no perder la mano de papá, no dejarse llevar engañado por alguna otra mano y terminar vaya uno a saber dónde. Ese cruce me producía una mezcla de pavor y adrenalina extremos; el pavor, la adrenalina, suficiente como para insistirle a mi viejo con que lo hiciéramos otra vez, más de una vez, atravesar ese bosque de piernas en movimiento, todas furiosas, todas enormes, todas yendo en dirección opuesta. Podría decir que esa

imagen ilustra bastante bien la configuración de Buenos Aires en mi cabeza: esa excitación, ese miedo a la pérdida, a perderse, a morir literalmente pisoteado/aplastado y, sin embargo, el desafío, el desafío de evitarlo, de sobrevivir a todas esas rodillas enfundadas en trajes, en medias, de ganarles a esos tacones, a esas suelas, a esas carteras y carpetas y llegar –ileso y de la mano de alguien– al otro lado. Ahora que lo pienso, mi percepción de Buenos Aires no ha cambiado tanto, sólo que en esta versión mis rodillas están a la misma altura que aquéllas y mi cabeza mucho más arriba y algo, alguito de la ciudad, entre tanto, ya me pertenece, por poco que sea. Yo creo que algo del PH en el que vivimos, entre tanto, ya me pertenece. ¿O no? Algo, un pedazo de pared, de piso, de la madera del piso, una losa, algo. Yo creo que a esta altura algo de Bogotá me pertenece.

Después, de adolescente, quise saber de Cora. De verdad, saber de verdad. De adolescente, pregunté. Pregunté de verdad. Papá no sabía bien pero sabía bastante. Tenía una dirección, incluso, en caso de que pasara eso, que alguno de nosotros quisiera saber. Papá me dio la dirección de Cora, Cora vivía en Estados Unidos. Papá siempre había tenido esa dirección, por las dudas, por asuntos de vida o muerte, literalmente. Hasta entonces la única información seria que había obtenido como respuesta a mis preguntas infantiles era que mi madre biológica había tenido que irse y no podía volver y que tampoco lo haría, pero ¿por qué?, porque sí. De adolescente quise saber. Que mi madre no estaba muerta, creo que –en realidad– lo supe siempre, porque nadie nunca sostuvo lo contrario, excepto yo. Excepto yo, cuando en la escuela me preguntaban por mi madre y yo que no tenía, que era huérfana, como esa gente en las novelas de la tele, siempre había algún referente a mano, huérfana como ésas,

sufridas y trágicas, con destino de amor. Creo que en algún momento terminé por convencerme de que era así. Pero no era y Cora vivía en Estados Unidos, en Nuevo Méjico, en algún lugar. No era tan tan fácil dar con ella tampoco porque no vivía exactamente en una casa o sí, a lo mejor sí era una casa pero no una casa en una calle sino en un lugar más extraño. Una vez, cuando era adolescente y quise saber, escribí una carta para Cora, una carta. La escribí y la mandé por correo, una carta hacia los Estados Unidos, desde Esquel. Una carta mía para una mamá, mía también, pero que no quería ser. En la carta le ponía que era yo, que era Emilia, su hija y que quería saber de ella y que qué tal y que si a lo mejor tenía algo para decirme que me lo dijera, que me podía escribir. Cora tardó mucho, muchísimo, en responder. O su carta tardó mucho en llegar. Cuando vino, yo ya no la esperaba. Así que la recibí con bastante escepticismo y recelo. La carta era muy breve y escrita en un pésimo español. Esa madre, era clarísimo, ya no dominaba nuestra lengua. Su carta no era ni alentadora ni desalentadora, era esquiva. Que se alegraba de leer de mí y de saberme bien. Que ésa no era exactamente su dirección pero que podía dirigirme a ella, que recibiría las cartas con alegría. Que su vida había comenzado a ser luminosa al fin y que Nuevo Méjico era su lugar para estar, New Mexico decía ella. Que podía darse cuenta de que yo era una persona sensata y bien puesta, con herramientas para estar en la vida. Que eso la llenaba de alegría. Y que nos bendecía, a mi hermano y a mi padre y a mí, que mi padre era un buen hombre, que lo supiera. Y que tenga una buena vida y que hasta siempre. Así que nada concreto acerca de qué hacía, de con quién vivía, si había formado otra familia o no, ¿qué era eso de la luz? Ni querer saber nada concreto tampoco, ni un remordimiento, nada. La nada misma. Una

especie de destello de madre que ni siquiera es destello, un rayoncito de luz, una sensación y nada más, el silencio otra vez. De madre, nada. Sabés que no lloré mucho, hicimos esas parodias de una madre *hippie* e ida, pero *hippie* de mentira, *hippie* desconectada, *hippie* de más, Cora y sus tules, Cora y la luz. Después de más grande, volviendo sobre eso, papá me dio a entender que ella siempre había sido depresiva y un poco desconectada y que aparentemente no le habría pegado nada bien lo de la maternidad, que de alguna manera se había brotado y no había podido con eso. Que después de mi nacimiento se había deprimido por completo, que tenía una amiga en Nuevo Méjico que la había invitado a pasar unas vacaciones para reponerse y descansar y que la señora no había vuelto nunca, resolviendo y deshaciéndose de todo, de su ex vida, por carta y teléfono. ¿Qué tal? Pobre Cora, así, mejor perderla que encontrarla. Y papá con todo el bardo de los pendejos y la mujer abandónica, una con instinto maternal chanfleado, qué tal. Yo no la puedo juzgar, ni ganas que tengo, por ahí andará, en túnica, por el desierto, a caballo, a pelo, trenzando cueros o atendiendo el *mini shop* de una gasolinera, vete a saber. Sin cuidado no me deja pero, ¿qué puedo hacer?

28

Todavía es de noche cuando vamos para la ruta. Tengo ganas de este momento, me doy cuenta de eso. Todo de este momento me da ganas y me gusta, hasta el frío: salir a la ruta de madrugada, tener un equipo de mate a mis pies, listo para ser cebado, los bizcochos en la misma bolsa, el camino a través del desierto, la compañía de Julián, su proximidad, estar enfundada en tu campera, reposar mi nuca en la capucha contra el cuero, la cuerina del asiento, el vapor de las ventanillas, la música, la música que vamos a poder escuchar, todas esas canciones. Y hablar, poder hablar con Julián y tal vez no hacerlo, poder elegir no hacerlo, eso también. Llena de posibles algos, así me siento, así estoy. A mi alrededor, pura ventanilla. Y al otro lado del vidrio: Esquel, la montaña, la mañana, el amanecer y pronto, la nada, el vacío absoluto, un vacío absoluto, con mañana, con sol. El primer rato estamos en silencio. Paramos, cargamos nafta, Juli me pregunta si necesito algo, apenas si llego a decir que no, a negar con la cabeza. Él hace el trámite, vuelve al auto y me regala un Paragüitas. Gracias le digo y me lo guardo en el bolsillo de la campera. Tu campera, la nuestra. Juli arranca, da la vuelta a la rotonda: ahora sí, ahora sí que estamos en camino. Me dice que elija algo de música, le respondo que por mí todavía no, que por ahora estoy bien con el silencio, que si le molesta seguir un rato así, sin música y él que no, que todo bien, pero que entonces le cebe unos mates porque si no se queda dormido. Claro, cómo resistirse,

es exactamente momento de mate, no podría ser más apropiado. Trato de cebarlo con la mayor decencia posible omitiendo el gesto del polvito; no le viene bien a nuestra cabina calefaccionada la volatilidad del polvo de yerba mate. Le doy un poco de azúcar al primero, por la acidez, y lo tomo yo. A Juli no le gusta dulce. Es un buen momento. Lo sé sin que haga falta que pase el tiempo, sin necesidad de que el futuro, es decir, la distancia en el tiempo, lo ponga en valor, lo resignifique: ya lo sé. Le convido uno a Juli y le vuelve el color a la cara. Me cuenta que apenas si pudo dormir, no pude dormir un carajo, me dice. Parece que el nene se la pasó gritando. No quería que te fueras, digo un poco en broma y otro poco en serio y le cuento que a mí me mordió Alicia. Le muestro la mano. Que quién es Alicia, quiere saber y le digo, le digo que es tu gata, si no se acuerda, si ya se olvidó y me pregunta si todavía vive. Que no es un hámster, que los gatos viven una buena cantidad de años, que no sea bruto y él dice casi lo mismo. Casi lo mismo qué, quiero saber y él que casi lo mismo, Alicia y mi hijo, está siendo irónico, ahora me doy cuenta. Me devuelve el mate, lo cebo. Tomo yo. No, que no es lo mismo, evidentemente no lo es, que a mí Ali no me ata a nada y que yo tampoco dormí pero porque no quise, ésa es otra diferencia. Que qué hice quiere saber, y yo que vi *Generación X*, que cuál era ésa, la vimos un montón de veces. ¿La de... esa en la que ella deja al flaco, al roquero por el *yuppie* ese con cara de nabo, cómo era que se llamaba ese flaco que es muy gracioso? Sí, ése, ya me acuerdo cuál era, la de que ella filma una película y cuando la va a ver es cualquier cosa porque el *yuppie* ese la vendió y están las caritas de ellos en porciones de pizza y ella se ofende, eso agrego yo, sí, ésa, que de dónde saqué eso, estaba ahí en lo de Andrea, le digo yo y le cebo otro mate. Entre tanto estamos

dejando atrás Esquel, así, sin más, sin pena ni gloria. Le pregunto, entonces, si se va mucho así; te vas mucho así, le pregunto. Así cómo, quiere saber él, así unos días lejos, lejos de tu señora. No le digas señora, forra. Por qué no, si es tu mujer. Bueno, es mujer, decile mi mujer si querés pero no digas señora, señora suena espantoso. Y además no es mía. Qué moderno. Andá a cagar. Cebo otro. Para mí. Hago ruido con la bombilla. Entiendo que voy a tener que cambiar la técnica. Esta cosa del orgullo herido ya no me sienta bien, me doy cuenta de eso. Voy a tener que recomponerme. Si no este viaje va a ser muy poco interesante.

Te casaste porque querías o porque te pareció que estaba bien, le pregunto, sin mirarlo, mientras le paso el mate. Los dos miramos al frente, los dos miramos el camino. No habla, piensa. No sé, me dice después de un rato, ella quería casarse, su familia es muy conservadora y no hubo mucha opción, íbamos a tener un hijo, así que ya era todo un poco lo mismo, igual fue una cosa muy chica, sólo para los íntimos. Qué fuerte, le digo, nunca hubiera pensado que te ibas a casar, o tal vez sí, pero no tan joven. O por lo menos no con otra persona que no fuese yo. Si vos no querías casarte. Qué tiene que ver, es lo único que se me ocurre responder. Yo tampoco, dice él; yo tampoco –dice Julián– hubiese pensado pero se dio, se dio así, qué sé yo, acá estoy. Qué fuerte, repito yo mientras tiro de la bombilla y me doy cuenta, sé que es mi muletilla de cuando no sé qué decir, de cuando estoy perpleja, qué fuerte. Quiero ahondar; percibo que él está dispuesto y quiero ahondar. Es una buena oportunidad y no sólo eso: realmente quiero saber. Estás enamorado, le pregunto, la artillería pesada, dice él, empecemos por lo peor,

despachemos lo más truculento de entrada, digo yo, así podemos viajar tranquilos. Yo lo necesito, le aclaro, saber necesito, él dice bueno y piensa. Y toma mate. Yo espero. Y miro, miro para afuera, hacia el paisaje. Hace muchos, muchos años que no hago esta ruta. Ni siquiera sé si pasé por acá alguna vez. Sí, una vez, con mi viejo, pero viajamos de noche, en micro, y no me acuerdo de nada. No sé, la quiero mucho, dice Julián. Es muy frágil, cierra. Ah, sí, digo yo, empuñando el termo una vez más. Eso vende bastante, la fragilidad. O compra, compra bastante. Puede ser. ¿Pero se llevan bien? Sí, es muy tranquila Lala, no te podés llevar mal con ella. ¿Eso es algo bueno? No sé, para mí sí. No me lo pregunto eso, boluda, es la madre de mi hijo, de mis hijos, eso ya está. Estocada. Sí, vaya que ya está, pienso y sólo digo sí y agrego, un poco para disimular, otro poco para darme un poco de aire: ¿Te molesta que te pregunte? No, me dice, y nos callamos.

29

Ya no quiero preguntar. Por un rato no tengo más ganas de hacerlo, preguntar. Tomamos mate, ahora nos dedicamos a tomar mate. Él no se sorprende de que me quede callada, de que no siga preguntando, cuando me acaba de habilitar para eso, a querer saber con libertad. Pero es una pregunta que hice por perplejidad, desde la perplejidad y ahora no quiero avanzar más. O no puedo, probablemente no pueda. Quedo con todo lo que sí me dijo, lo que me confirmó. Es curioso: no me alivia que no esté enamorado de ella; ¿o sí? No, porque eso tampoco significa que me ame a mí. Ni mucho menos que yo quiera o tenga ganas de que me ame. Porque ni siquiera sé qué me pasa a mí, qué querría. Y porque todo esto en definitiva es una gran paparruchada: quién ama a quién. Pareciera ser más confuso: pareciera no saberse muy bien quién ama a quién, si es que acaso alguien ama a alguien, si es que acaso alguien entiende, sabe o tiene una idea clara de lo que es amar, o amor. De lo que es el amor. Qué espanto, hay algo que no está bien, hay algo que, evidentemente, no estoy haciendo bien. O juzgando, juzgando bien. Él dice que no la ama, tiene en claro eso, de lo que puedo inferir que sabe lo que sí es amar o que sí sabe qué es el amor. Y aclara que la quiere mucho. Y tiene hijos y está comprometido de por vida (aunque más no sea a través de sus hijos, que no es poco) con esa otra persona. A la que –eso dice– no ama, sino que quiere mucho. Tal vez no haga falta el amor, eso también. Tal vez el amor romántico, así, en esos términos, la media naranja y

toda la pomada esa no sea otra cosa que un ir hacia, siempre igual de lejos. No está tan mal, después de todo, que mantenga distancia, que mantenga distancia siempre. ¿Quién quiere tener? ¿Hay, acaso, algo comparable a querer tener? Porque tener no es nada, vaya que lo sabemos. Así que, ¿qué más puedo decir? En estos términos, estoy en el mejor momento de mi relación con Julián: no lo tengo, ya nunca voy a poder tenerlo, no me pertenece y, sin embargo, acá estamos: uno al lado del otro, mirando en la misma dirección, hacia adelante, hacia la ruta, hacia el desierto y –más adelante– hacia el mar también, detrás de un vidrio, el paisaje detrás de un vidrio y nosotros yendo hacia él, dirigiéndonos, yendo hacia. ¿Qué más puedo decir? Counting Crows, claro que sí, es lo que se viene. Estoy de buen humor, estoy de buen talante, un buen talante profundo, estructural, estoy aquí y ahora y es, claramente, el mejor lugar para estar en el mundo. Empiezan a sonar los primeros acordes de "Round Here". *Tírin tin tirin tin tirin, tírin tin tirin tin tirin... Step out the front door like a ghost into the fog where no one notices the contrast of white on white./ And in between the moon and you the angels get a better view of the crumbling difference between wrong and right./ I walk in the air...* ¿Qué era esto? Me interrumpe Julián. Le pregunto si me está jodiendo, él dice que no, que le suena mucho y hace ese sonidito como de dolor y lo acompaña con un gesto, ese sonidito de dolor propio de saber, de tenerlo ahí, de sentir que se sabe y, sin embargo, no poder recordar de qué se trata. Counting Crows, boludo. No, me dice, un no con una o muy larga. Le digo que sí y le digo también que lo encontré en tu cuarto medio escondido, que hace años no pensaba en él, en este disco y que estos días lo había estado escuchando mucho. ¿No estaba muy bueno, no?, me dice, le contesto que no sé, que no puedo

ser objetiva, que para mí va mucho más allá de su calidad musical, que no puedo juzgarlo. Y agrego que este tema está buenísimo, que “Round Here”, que sigue sonando, está buenísimo. Es lindo, dice y me pregunta si no era en el video de este tema en el que estaba el cantante caminando por unas vías, que cantaba sobre unas vías, en campera de cuero y unas rastas, le digo que no me acuerdo de eso, pero que sí me acuerdo de otras imágenes del video, de una explanada, de una salina y de una loca, una mina con una valija, pero que sí, que debe ser, porque el tipo, el cantante, tenía rastas. Me dice, también, que se acuerda de que hacía algo con las manos mientras cantaba, algo particular, que no sabe muy bien qué, pero que tiene esa sensación. No sé, puede ser, le digo y la pongo de vuelta, de cero, para que la escuchemos. Sobre la introducción digo que es un buen disco para escuchar en la ruta. Y ahí ya nos callamos, por el resto de la canción. Afuera el paisaje fue perdiendo verde, se fue desertizando de a poco y las montañas se retiraron hacia el horizonte y, por delante, estepa. Una gran sincronía: este tema y el paisaje. Si nos detuviéramos y bajara del auto con mis cosas podría ser la loca de la valija, pero con mochila, una cuestión de detalles. Entonces, más o menos sobre el tema dos y después de comentar que éste, ése, viene más flojito, me cuenta, Julián me cuenta que a León le encanta la música y que lo tranquiliza mucho. Comento que eso escuché, que eso dicen, que a los niños les gusta mucho la música. A los gatos también, a los gatos les encanta la música, los relaja, si es una música tranquila, claro. Ni bien termino de decirlo me llamo al orden y me doy cuenta de que lo hice otra vez: volví a comparar a su hijo con un gato. Es lo mejor que puedo, es lo más parecido que tengo. De todas formas, él no se detiene en eso, no repara, y me cuenta, risueño, que al

pendejo le encanta el reggae. Me río, lo chicaneo, le digo que probablemente tampoco haya tenido mucha opción. Me cuenta que Lala (cuánto me irrita el apodo) le pone otras cosas también, música para chicos o música clásica y que no es lo mismo, que el pibe sigue llorando. Que en cambio con el reggae funciona siempre. Está contento, está algo parecido a orgulloso. Me conmueve un poco verlo así y, a la vez, me da náuseas. Le pregunto si no le da miedo, me pregunta que qué, tener un hijo, le digo. Cómo miedo. Sí, no sé, miedo; miedo a que le pase algo o a la responsabilidad tuya, suya, como padre, no sé, como adulto, como alguien que es responsable por la vida de otro. Piensa. Después me dice que no sabe, que no lo piensa así. Que dicho así suena terrible, como pedir un crédito al banco o algo de ese orden, como ir preso, como haber vendido el alma, como una condena. Que no le parece tan grave. Le digo que yo no creo que sea grave, pero sí trascendental/definitivo. Sí, dice que sí, que sí lo es, pero que en ese caso es definitivo bien y que, como todas las cosas, una vez que está ahí deja de parecer tan monumental y pasa a simplemente ser. Simplemente es, dice. Es lo que tiene para decir. Que no es tan terrible, que no dejás de ser vos. Agrego que, sin embargo, de cierto modo, te desdoblás. No, puede ser, bah, no sé a qué te referís con desdoblar dice él y ahora soy yo la que se queda pensando. Aunque ni siquiera sepa qué pienso, qué estoy pensando. En realidad son todas especulaciones, eso pienso que pienso y eso digo y agrego también que yo lo veo a él y lo veo a él con eso, otra persona que es como él pero en miniatura y que –la última vez que lo vi– no estaba, porque no existía. Que eso, a mí, me moviliza y me parece milagroso, un milagro y no en el más feliz de los sentidos. En cuál entonces, pregunta Juli, en cuál qué, en cuál de los sentidos, aclara; no sé, qué sé yo, en el más

sorprendente o sorprendido de los sentidos, en el más atónito, en uno azorado. Calla y retoma enseguida. Quiere saber qué exactamente significa azorado. Le digo burro y le pego en el hombro. Pendeja me dice y me empuja la cabeza con la mano derecha. Mirá para adelante, manejá. Podemos no hablar un rato de que soy padre, me pregunta y le recuerdo que fue él quien empezó con la anécdota tierna del hijo rastafari, lo reconoce e insiste, entonces, en que hagamos una tregua de al menos una hora, un rato. Le aclaro que a mí me gusta hablar de su hijo, él dice a mí también, pero no sólo y todo el tiempo. Y que quiere que yo también le cuente, que quiere saber de mí. ¿Qué le cuento? No sé qué contarle, no sé si ser sincera, no sé si tengo ganas. La última vez que me preguntó si tenía novio no quiso escucharme después, le alcanzó, le alcanzó con la confirmación, con el dato, y después no quiso saber más. No quiero volver a exponerme a esa situación. ¿Qué querés que te cuente? No sé, lo que estuviste haciendo estos últimos cinco años por ejemplo, no sé, algo. No sé, si me preguntás así no sé qué decirte, no sé por dónde empezar. ¿Estás contenta con tu novio? Quiere saber. Lo que se dice un tipo imparcial, nada tendencioso. Qué pregunta, le digo. Sí, estoy contenta. Bah, contenta, no sé a qué te referís exactamente con contenta, ya me conocés, sigo siendo yo, pero sí, nos llevamos bien.

–¿Estás enamorada?

–No sé. Hace un rato estaba pensando en eso, cuando me dijiste que a tu mujer, que a Mariela, ¿Mariela es, no? Que a Mariela la querés mucho pero no la amás o creés que no la amás y lo dijiste así, con tanta claridad y me quedé pensando en eso, en cómo podés tener tanta claridad respecto de eso, de lo que te pasa.

–Entonces no estás enamorada.

–¿Por qué no?

–Porque si no sabés es no, si no no dudarías.

–Eso es una pavada, es muy ingenuo, me parece que todo es mucho más complejo.

–Me parece que no.

–Y entonces, ¿para qué mierda te casaste con una mina que sólo querés o que querés mucho?

–Se dio así.

–Qué espanto ese determinismo. ¿No podés hacer nada acerca de tu vida, no tomás decisiones, dejás que las cosas te sucedan?

–Y, un poco sí.

–Bueno, me parece un horror.

–No es lo más importante eso, es un argumento infantil.

–¿Cuál?

–El de que sólo podés elegir a alguien o armar una situación, armar algo, si estás enamorado, ¿qué mierda es eso? No funciona así, hay un montón de otras cosas, de factores.

–Si antes dijiste que uno sabe cuando está enamorado.

–Justamente, pero lo que te digo es que eso no tiene nada que ver.

–¿Cómo que no?

–No. Vos por ejemplo me decías que me amabas y te fuiste para Buenos Aires.

–¿Y qué tiene que ver eso? Eso fue por otra cosa.

–Justamente es lo que te digo, no es lo único, entonces, no es el factor determinante; para vos, en ese momento, no fue suficiente.

Me calla, me callo la boca. No sé qué decir, no puedo rebatir, no puedo rebatir nada. Me lo pregunto, me pregunto entonces si es cierto que no fue suficiente, para mí, entonces.

Probablemente no, o sí, pero no importaba lo suficiente en aquel momento. Tenía que hacer mi vida y para eso necesitaba ir a Buenos Aires. Yo tenía que hacer mi vida y para eso me tenía que ir a Buenos Aires.

–Yo era tu vida en ese momento, o por lo menos parte, y te fuiste a buscar otra vida, en otro lado.

–No seas así, Julián.

–¿Así cómo?

–Jodido.

–No soy jodido, boluda. Te lo digo sin rencor, de onda.

–De onda, andá a cagar.

Un poco de distensión, por lo menos nos reímos. Yo por mi parte estoy un poco deprimida. Me pide que cambie de música. Revisa en la guantera; no puede revisar y seguir manejando, me pide que busque el disco de Babasónicos. ¿Cuál tenés? *Dopádromo*, creo, y *Trance Zomba*. Una buena selección. Le festejo el compilado. Lo pongo y lo pongo en random; quiero que "Montañas de agua" y "¡Viva Satana!" suenen lo antes posible. Y quiero que nos sorprendan. Larga con "Malón". Son taimados los *randoms*. De todas formas "Malón" está muy bien. Juli dice que en un rato paremos para comer, le cuento que hice sándwiches. Que entonces paremos a comer los sándwiches, que no quiere comer manejando, que después tiene la sensación de no haber comido. Me gusta la idea de un breve picnic junto a la ruta. De qué los sándwiches, quiere saber; no te preocupes, les puse mayonesa, algo de tus gustos recuerdo. Estoy dolida, me doy cuenta, pero no quiero compartirlo con él. Después de todo,

no es que él tenga tanto la culpa. De hecho es cierto lo que me dijo y él, su tono, no fue particularmente hiriente. Estamos teniendo una conversación, de confrontación de argumentos, y terminó teniendo razón él, qué se le va a hacer. ¿Pero tiene, en efecto, razón? ¿O me convenció el tono? Veamos. Que el amor no es suficiente fue lo que dijo, creo. O que no importa, o que es otra cosa. Dijo también, como prueba, que yo decía amarlo y que sin embargo me fui y lo dejé. Esto es cierto en un aspecto y nada cierto en otros. Me fui, eso es verdad, pero no lo dejé. Él podría haber venido también. Y no quiso. O no pudo. Así que o bien no me amaba tanto como decía o bien –y aquí volvemos al meollo– con el amor no alcanza/con el amor no es suficiente/con el amor no se llega a ninguna parte/el amor es inconducente. Yo lo amé, sí, ni siquiera afirmaría que ya no lo hago y sin embargo decidí ir a vivir lejos de él. No renuncié a otras cosas por él, todo lo contrario, me fui de él hacia esas otras cosas, inciertas todas. Tenía una vida y la proyección de esa vida en ese lugar y otra, una incógnita en otro lado. Elegí la última, elegí no saber. Fui tras la incertidumbre. Después ya no quise volver a pensar si lo amé o si no era suficiente o si era un camino sin salida en el que se trataba de elegir o de elegir. En ese momento pensaba que si me quedaba, un par de meses después nos hubiésemos matado. Literalmente. O peor: se hubiese diluido todo. Pensaba que tenía que estudiar, pensaba que tenía que irme lejos para ¿ser mejor, ser distinta? Ver otras cosas, conocer a otra gente de otros –muchos– lados. No pude (ni quise) renunciar a eso. Ni él a su aversión por la ciudad, por la gran ciudad. Y eso pudo más, más que nosotros, porque era un nosotros, eso éramos nosotros, pero cada uno solo, como individualidades, ya no como par. Así nos fue: no nos fue. Lo peor es que ahora ya ni siquiera puedo

darme cuenta de qué es mejor, qué es lo mejor, de qué hubiese sido mejor, si irme, si quedarme, si sí él, si no él, si Manuel, si qué. Probablemente dé lo mismo, de eso se trata todo. Ahora ya ni siquiera sé. Qué deprimente. Si no fuera suficiente con el amor, ¿qué queda? Siempre pensé que –por lo menos en eso– se podía creer. Tanto libro, tanta película en los que todo se resuelve con amor, por amor. Donde el amor salva. Y acá, en el mundo real, en esto que reconozco como real, el amor no sólo no salva sino que ni siquiera es suficiente. Es otra cosa más, como un accesorio, un adorno, algo que embellece pero que podría –perfectamente– no estar. El amor como ornamento, ¿qué tal? Como ornamento. Qué depresión. Entonces, ¿qué puede importar ya si Julián o Manuel o lo que sea, si igual no es más que una contingencia y nunca será suficiente? Me pregunta si me deprimí. Que no, que no pasa nada, le miento y recién entonces me percato de que está terminando “Montañas de agua”. Qué me importa, estoy deprimida, qué puede ya cambiar un tema de Babasónicos, quién te saca del fango del desamor, de la ausencia de amor, o peor, de su inutilidad. Cierro la boca, permanezco callada, elijo el silencio y deambulo ahí, del otro lado de la ventana. Qué tristeza, qué aburrimiento.

30

Un sueño de angustia, sin ambiciones, eso es: un sueño sin ambiciones. Un sueño recurrente, entonces, extraño, porque tiene continuidad. En el tiempo. Como una suerte de recurrencia que, sin embargo, avanza. En algún momento, en otro inconsciente, corté en pedacitos a un muchacho, no importaba mucho, algún muchacho de la facultad, alguno de un trabajo práctico, algo así. En algún momento en un sueño pasado, otro –ya no sé ni cómo ni por qué– lo maté y lo corté en pedacitos. Ahora y desde entonces –hete aquí la sensación de continuidad– lo llevo en un bolso. En una bolsa. Como una bolsa de arpillera, como ésa. Ya hiede, ése es el problema principal. Necesito imperiosamente deshacerme de ella. No me preocupa la muerte del chico, no me angustia el crimen en sí, no hay culpa. Lo que sí me atemoriza es tener en mis manos el elemento del crimen, el cadáver. En el sueño, entonces, y constantemente, estoy viendo cómo deshacerme de él. Sí, pienso que lo mejor sería quemarlo pero no encuentro cómo. Pienso entonces en hundirlo, pero tampoco se me ocurre dónde y por otro lado me da miedo que vuelva a salir a flote. En esta oportunidad viajo en un auto con la bolsa, alguien me lleva, es curioso, mi sensación es la de que el conductor es el muerto mismo. Pero no es. Tengo miedo de que perciban el olor. Me dejan en la facultad, que es otra, por supuesto, más rural ésta, la onírica. Me dejan ahí. Hay mucho movimiento. Y muchos bultos. Estoy muy angustiada. Lo que me atemoriza profundamente es la posibilidad de que me

descubran y me lleven presa. Eso es lo que me da miedo: perder la libertad, eso sobre todo, perder mi libertad. Haber perpetrado un crimen no me trae mayores complicaciones; que me descubran y encarcelen, sí. Temo profundamente eso; temo que en el bolso y en los trozos del muerto estén mis huellas digitales. Dejo el bolso ahí en un pasillo junto a otros, otros bultos de otros estudiantes, bolsos, cosas, y me alejo. Cuando vuelvo, más tarde, la bolsa ya no está. Las otras tampoco. Temo. No me explico si se lo llevaron los estudiantes o si habrán pasado los basureros. Temo. Pienso que si alguien diera con los restos, el camino hacia mí sería muy corto.

Despierto.

Babasónicos pasa, sin pena ni gloria. No puedo conectarme mucho con eso ahora, no tanto como quisiera. Por acá, un poco más adelante, hay un lugar con un árbol, un árbol solo, muy raro, comemos ahí, dice. Le digo bueno, me pregunta si estoy bien, estás bien, me pregunta, miento que sí. El sol pega fuerte arriba, sobre el techo de la camioneta. Hace un rato ya que me saqué tu campera. Me gusta este calor, el calor del sol. Veo entonces, unos metros más adelante, ese árbol. Julián lo señala allá, a nuestra derecha. Reduce la velocidad y nos alejamos unos metros de la ruta, ruta adentro, porque camino, lo que se dice camino, no hay. Nos acercamos con la camioneta al arbolito, que es o está bastante ralo. Pero también es cierto que es muy lindo, muy lindo de ver, enrulado por un lado y de un ramaje extraño, como bifurcado, por otro. Un poco parecido a los baobabs de *El Principito*. Un poco como eso. No sé si la imagen que tengo es la de las ilustraciones del libro, de lo que me imaginé, o de la

película, pero lo que sé de los baobabs, lo que recuerdo de ellos, se parece a esto. Juli me dice que no se acuerda para nada. Si no leyó *El Principito*, que sí pero no me acuerdo de todo, nena, nena me dice, qué tierno, qué anacrónico. Que sin embargo sí se acuerda muy bien del elefante ese adentro de la boa constrictor, que los demás, los adultos, veían como un sombrero y que en realidad era esa otra cosa: una boa que había engullido un elefante, una boa con un elefante adentro. Ah, sí, que a mí esa parte también me encantaba pero más, que a mí lo que más me gustaba de todas era aquella en la que el niño le pedía al aviador que le dibujara un corderito, una ovejita era, y el aviador lo intentaba pero fracasaba, el Principito no estaba satisfecho hasta que el tipo se hinchaba un poco las pelotas y le dibujaba una caja, una de cartón, con agujeros y le decía que ahí adentro estaba su ovejita y el nene estaba contento porque se la podía imaginar como le diera la gana. Y este lugar, el lugar del picnic, era algo así como una mezcla entre el de los baobabs y el desierto del aviador, el lugar ese con dunas, en el que el aviador le dibujaba la cajita al nene. Así que nos sentamos a comer al lado de la camioneta-avioneta. Hace frío, ahí, aunque el sol pega como loco. En el aire hay un algo cortante, un frío, en viento, en forma de viento, no tan fuerte, por el mediodía, pero persistente, así que el tema es con campera y todo. Y el sol, muy bienvenido. Creo que eso, el seco del ambiente, lo filoso, la inclemencia del sol y, por supuesto, los sándwiches, acabaron con mi melancolía. La estepa, en un par de segundos, disipó la tristeza, la evaporó, como si la hubiera disecado, como una uva pasa, como una chica pasa, pasa de uva, pasa de chica. Comemos de pie al lado de la camioneta, nos movemos mientras comemos, quedarse quieto es congelarse. Está bien este lugar, le festejo la elección a mi

compañero de excursión. Ajá, masculla sobre el final de un bocado bastante grande de sándwich. Siempre lo vi desde la ruta, una vez paré a sacarle una foto, al árbol, pero era de tarde y no se podía soportar el viento. Así que en realidad es la primera vez que paro. Linda la foto, le pregunto. No sé, todavía no la revelé, me dice, cierto que nunca revelás nada, para qué sacarás, es notable que todavía te den ganas de sacar fotos. Están buenos los sándwiches, dice. Gracias, digo. Tiene algo de lugar *déja-vù*, me explica, siempre me dio esa impresión, desde que descubrí el árbol, desde que lo vi por primera vez: me dio la sensación de ser un lugar que ya conocía, en el que ya había estado. Pero ¿pasás siempre por acá?, lo interrumpo. Que sí, me explica, pero que antes nunca se había fijado y un día lo vio, como si fuera la primera vez, y juraría que nunca antes lo había visto, que ese árbol no estaba acá. Ahí. Y eso, que pasar por ahí, por acá, desde entonces le producía una sensación muy extraña, de propiedad extraña, de pertenencia. Opino que tal vez es por lo que vengo diciendo, que es un lugar que se parece a otros, que remite a otros lugares y que tal vez por eso él cree reconocer algo que no conoce en realidad. Porque, aparte, aunque él crea no haberlo visto antes, siempre pasaba por ahí, así que es probable que ya tuviera ese árbol en la retina, aunque no hubiese reparado en él consciente o voluntariamente. No sé, puede ser, es lo que me dice, pero que prefiere pensar que es algo místico, más propio, más personal; que tal vez ese, este lugar, tenga una energía especial o algo, algún significado. Sí, también puede ser. De hecho ya es bastante particular que estemos nosotros dos acá en este momento, ¿no? ¿No te parece? Puede ser, me dice, igual yo me lo imaginé muchas veces. En serio, le pregunto, como forma de decir, sí, me dice y no me mira. Está absorto,

mira al frente y mastica otro sándwich. Está bueno, digo yo, porque no sé qué decir y me doy cuenta, de inmediato, que ni siquiera es claro que estoy festejando que él me haya proyectado en este lugar digamos místico y no el sándwich de salame. Me gusta este lugar, aclaro, me trae todas cosas buenas; las cosas, las imágenes que evoca son buenas, por más desolador que sea, el lugar.

31

Tenemos agua, bastante. Tomamos. El paisaje da sed. La idea de que acá nada tiene agua; de que no hay, que no haya. Me cuesta mucho imaginarme cómo habré de sentirme cuando llegue a Buenos Aires, cuando vuelva a estar allá. Ahí, en ese desierto, bajo esa lona, me sentí, en verdad, tan lejos de todo. Porque lo estábamos, porque lo estamos. Desde acá, Callao y Corrientes parece algo irreal, de verdad imposible; una alucinación. No quiero volver a casa, aunque no sepa cuál es mi casa o tal vez justamente por eso. Comunicar en palabras, tratar, intentar comunicar con palabras, a través de ellas. Tengo la panza un poco revuelta, supongo que de tanto mate. Y el auto. Andar tanto en auto me marea, por más camioneta que sea. Aunque me guste. Aun así marea. Y así, de leer ni hablar. No puedo leer en un auto. No querría. Prefiero mirar por la ventanilla; por nada del mundo querría perderme lo que sucede allá. Odio no poder leer en movimiento. Para leer hay que estar quieto y eso no me gusta. ¿O leer en un vehículo es leer en movimiento? Yo, por ejemplo, ansiaría poder andar en bicicleta y leer o caminar y leer, pero no se puede. Eso es todo: se lee o se mira, no se pueden hacer las dos cosas. Distinto es si te leen. Ir en auto y que te lean... Tampoco, es demasiada información, tarde o temprano me distraería, no podría prestar atención a aquello que me leen, intentar imaginarlo y, a la vez, reposar en el paisaje o en lo que sea que esté del otro lado del vidrio.

Hoy, después de la comida, me quedé dormida un buen

rato, contra la ventanilla. Eso sí puedo hacer sin ninguna dificultad: quedarme dormida en cualquier parte. Como los gatos, como Ali. Se diría que soy narcoléptica. O depresiva. Me dio pena que terminara ese picnic, pero en un momento dado se levantó mucho viento y ya no se podía estar afuera y además teníamos que seguir viaje para llegar antes del anochecer a Trelew y para que Juli entregara la encomienda. Una picardía, no sé por qué tenía en mente que el viaje era mucho más largo, probablemente porque lo hice de niña y porque fuimos en micro, uno bastante destartalado. Digo de seguir viaje e ir a dormir a Madryn. Juli no quiere, dice que en Trelew hay más opciones y más baratas y que ya no tiene ganas de seguir manejando, que quiere comer bien y darse una buena ducha lo más pronto posible. Que para Madryn vamos mañana, que él me lleva. Damos unas vueltas por la ciudad hasta que Juli da con la dirección exacta. No recordaba que Trelew fuera así. Desde la ruta se accede a la ciudad por una lomada con calles de tierra y casitas, calles con charcos y perros sueltos. Después, en algún momento, a un par de cuadras, empieza el asfalto y la ciudad, los negocios, de a poco. Comercios pequeños, muy específicos, muy de rubro, atendidos por sus dueños, o casi. Y después, la principal. Damos una vuelta por la plaza, hay bastante gente, bastante gente por todos lados, en autos, a pie, en bicicleta, mucha gente. La plaza es linda, Independencia creo que llego a leer y ahí dobla a la derecha, dos cuadras más y para frente a un galpón-oficina. Juli baja, yo prefiero esperarlo en el auto o al lado del auto. Me pongo tu campera y bajo. Hace mucho mucho frío. El sol está muy bajo ya y no queda nada de su radiación. Nada. Doy unos saltitos, para entrar en calor, para desentumecerme. Camino un poquito, exhalo, echo humo blanco. Palmeo, no siento las manos y un perrito me chuza,

desde atrás de una reja, chillón, y me asusta. Camino hasta el final de la cuadra. Las casitas son bajas, bastante parecidas entre sí excepto por algún que otro chalet, muy nuevo, muy feo, que sobresale. O chalet dúplex, de ésos también hay algunos, de ladrillo a la vista, vidrios espejados y rejas altas, pintadas de negro. ¿Contra qué se atrincheran, de qué se excluyen? No es muy patagónica la impronta, la de esas rejas, la de esos ladrillos, la de esas casas cuadradas que no pueden eludir el viento. ¿Por qué, en la Patagonia, no construyen casas ovales, o redondas incluso, imbatibles? No, chalet o casita cuadrada, a la española, a la mil ochocientos diez, con rejas y todo, un despropósito; chalet de ladrillo a la vista que ¿dónde lo hornean? ¿Y para qué? Con tanta piedra dando vuelta. Es por lo menos curioso. Vuelvo hacia la camioneta, el perro vuelve a ladrarme, Julián todavía no vuelve. Camino para el otro lado, no debo quedarme quieta y la cabina de la camioneta apesta, a comida, a respiración, a nosotros. En la esquina opuesta, sobre un rectángulo de pasto, hay un pequeño altar, un monolito de –una vez más– ladrillo a la vista y cemento, pintado de blanco. Tiene dos puertitas de vidrio y adentro, una virgen. La virgen, la típica imagen de la virgen, con sobretodo azul encima de vestido blanco, con coronita, las manos juntas y sonriente. El altar barrial es muy pulcro: una guirnalda de flores artificiales de colores quemados por el sol, unas velas, extinguidas y nada más, nada de medallitas ni cartitas ni monedas ni prendas, nada. Una virgen pulcra y despojada. Giro: una casa de una planta da vuelta la esquina y en su pared se lee *Guido capo*, *Condominio Rock* también y algunas cosas más pero en esa letra *skater*, que no entiendo. Me pregunto si la dueña de la casa graffiteada es, a su vez, la cuidadora del altar. Me causa gracia la convivencia de la virgencita, tan pulcra ella, con las

leyendas. Me la quedo mirando. Me da algo, algo produce: es tan extraño el lugar en el que le tocó estar. Y nadie quiso romperle el vidrio, con lo fácil que sería. Ella ahí, tan oronda, tan erguida, tan saludable, pacífica; miro a esta María, me cae bien ahora, me cae bien su mirada, su tranquilidad, su capa azul y su pulcritud en esta pequeña esquina, tan lejos de todo, tan cerca. Junto mis manos en gesto ojival, la miro a los ojos y bajo la cabeza, una dos, tres veces, como un saludo oriental mientras pienso algo, algo le pido o transmito, no sé bien qué. Vuelvo hacia la camioneta.

¿Mañana empieza la primavera? Creo que no, creo que todavía no.

32

Vamos para Madryn, dice. Que consiguió un hospedaje lindo en el que nos hacen descuento, de un familiar de los pibes. Que ya llamó y que nos esperan. Me alegro. Y que es sobre la interbalnearia, al mar, eso también, eso también dice. Que qué bueno, que me alegra, porque de verdad me alegra. Si no le molesta seguir manejando. Que no, que es una hora más y que vamos a estar mejor, que más lindo es. Me alegra, estoy contenta, pero no dejo que se me note mucho. Volvemos hacia la ruta, no reconozco el camino. Trelew está muy agitado, hay mucha gente circulando, muy rápido, de horario de salida de trabajo, migran todos, todos van. A mí algo de la noche por delante me enciende, me excita, de sobreexcitación, no de sexual. Aunque de sexual también. Tengo ganas de tomarme una gran gran cerveza fría en Madryn y atontarme y atorarme, entorpecerme de alcohol y desear mucho todo, todo tanto. Y ese apetito, el del frío, el del gas, se parece tanto al apetito sexual, tanto. El anhelo es lo que se parece, tanto también. Quiero beber, quiero besar, quiero bailar, quiero ver. Pongo música. ¿Pongo música? Mejor no, quiero escuchar la noche. No lo digo, no digo lo de la noche porque se reiría, Julián se reiría de mí. Bajo la ventanilla un poco mientras vamos hacia la ruta, para que me pegue el frío en la cara, para sentirle el olor a Trelew. Ahora la ciudad no huele mucho, sólo a frío, pero ya en el descampado hay algo de pasto, de basura, de polvo, de noche. A mí me gusta la noche, me gusta la trifulca. Me gusta rozar y

no entender, sentir telas y estar confundida, un calor en una tela, un olor, aroma, algo. Y la saliva y el peso, el peso del cuerpo, del otro, contra la ropa cuando hace frío, todo eso atrapado ahí en una tela, eso que es de alguien, eso que es alguien, esto que hace todo tan hipnótico. Ver gente en la oscuridad, ver en la oscuridad que altera tanto la percepción, arroparse en la oscuridad, contra alguien, contra algo, una espalda, un pecho, algo que envuelva/envolvente, decir cositas, pocas, entre besar y besar, volver a la boca del otro como una estocada, una nueva, renovada, volcarse hacia el otro, sobre, recuperar la boca, ésa, una, una vez más y empezar todo de nuevo, todo de nuevo, la lengua, el olor de la boca y del contorno, del contorno de esa boca, no todas las salivas se secan por igual. No, para nada, un augurio, un auspicio, perder la noción de las partes del otro, de dónde están, de cómo se distribuyen, qué parte de la cara es cuál, cuál parte de la boca es qué, diferencia de tamaños, distorsión de tamaños, de proporciones y espacio, distorsión de una mejilla contra otra, cerca lejos en, lo áspero, lo que no lo es. Lugares nocturnos llenos de humo y cuerpos y posibilidades, aunque no siempre, pero la proximidad y ese arrastrarse, arrojarse hacia, contra esos otros cuerpos y a veces, y de a momentos, entrar, entrarle, a eso, a todo, ir. Robarles un poco de ellos mismos cuando no se dan cuenta, con cuidado, para que no se den cuenta, o sí, para que se den y aun así no puedan acusarlo a uno de nada, de nada de lo que uno no pueda defenderse.

Es cierto que el viaje no es tan largo y la ruta es muy particular: toda recta. Es decir: sube y baja, por el paisaje, que es de cerros pero la ruta misma es toda derecha. Entonces, desde arriba del cerro se ve hasta muy muy lejos toda la línea de luces que lleva hasta Madryn. Por lo demás,

hacia el paisaje no se ve absolutamente nada, porque no hay mucho para ver y porque ya no hay luz. La línea que es la ruta parece suspendida; un largo corredor como un puente sobre la nada misma. No siempre salen cosas buenas de las fantasías, ni siempre llevan por el buen camino. Estamos en silencio pero mascando chicle de menta para no dormirnos. Cada tanto, en esa ruta larga, Juli me pone la mano sobre la rodilla, la de los cambios, como casi no la necesita la apoya sobre mi rodilla izquierda. Yo se la agarro, pongo mi mano sobre la suya y se la acaricio, un poquito, un poquitito nada más, como para reconocerla nomás, como para eso. Ya pasó, la tensión, la otra, la de hablar, la de tener que decir, que explicar. A mí se me pasó también un poco lo del tonto orgullo herido y las ganas de atosigarlo a preguntas acerca de su familia, se me pasaron las ganas de ser madre y de saber. Ahora estamos sostenidos en el tiempo acá sobre esta ruta, no estamos en él, esta línea que trazamos con el auto está fuera del plan, fuera de la red, del entramado. Venimos de y vamos hacia pero acá no hay, este camino no existe, somos nosotros suspendidos, de la mano entre luces, sobre sillones, sin música, sin cigarrillos, sin café, sin infusión, sin necesidades, con noche sólo, nada más.

33

El lugar se llama algo así como Hostería del solar o del sol. No, del solar. Es un edificio nuevo, de dos plantas de –una vez más– ladrillo a la vista, pero pulido, sin laquear. Nuestra habitación no da al mar, estamos sobre el contrafrente que da al jardín de unos vecinos, con trastos/cacharros y perro cimarrón. Los muebles y la decoración son neutros, sin mucha opinión, pero bastante nuevos y pulcros, agradable, todo bastante blanco. Lo primero que hace Julián cuando llegamos es ducharse, y se toma su tiempo. No sé qué va a pasar, ahora estoy un poco nerviosa. El asunto este de la cama matrimonial me inquieta un poco, me deserotiza, aunque tal vez sea un problema de luz, tan blanca, y del exceso de euforia en el auto. Ahora sí podría sentir que estoy casada con Julián desde hace un montón de tiempo, que somos un matrimonio, que él es mi marido y yo su señora, y que lo acompaño en un viaje de negocios. De hecho me pide que le alcance el cepillo de dientes del bolso. Y yo se lo alcanzo. Sé que se cepilla los dientes en la ducha, no es un hábito que haya abandonado. Pero hacía años ya que no me tocaba a mí alcanzárselo. Por suerte me lo recibe extendiendo el brazo, no habría sabido qué hacer con su cuerpo desnudo. Le digo que voy a comprar birra, me dice que adónde, le digo que por acá me dice que por acá no hay nada, que voy a tener que caminar un montón y que me voy a cagar de frío. Que lo espere unos segundos y que ahora vamos con la camioneta para el centro. Que prefiero caminar, que ya estuvimos en esa

camioneta todo el día. Que lo espere con más razón, que vamos a comer al centro, caminando.

Juli sale del baño en calzoncillos, no lo miro directamente, pero lo percibo. Sigo escribiendo. ¿No te vas a bañar, sucia? Ahora no, después, a la vuelta. Si me baño ahora me cago de frío. Tengo ganas de bife. Yo de birra. Vamos.

Afuera hace un frío jodido, distinto al de Esquel, frío de agua éste, este frío. Cruzamos la ruta y vamos a la playa, a ver el mar. Pero el mar no se ve tan bien porque es de noche y sólo es un gran cuerpo negro, inmóvil y con sonido, ruidoso y oscuro. Y en la costa sí que hace frío, por el viento, uno muy fuerte. Julián grita contra la noche, hacia el mar y me agarra de atrás y me abraza, me estruja lo mejor que puede con tanta campera en el medio. Por suerte no llego a sentirlo del todo, toda esa tela me lo impide pero me abraza así y yo pongo mi cabeza para atrás y me apoyo en él, sobre su hombro y miro al agua y tengo un poco menos de frío y me gusta, claro que me gusta que me tenga y abrace así pero no sé si me dan muchas ganas de que esto se convierta en un viajecito de amor, en un romance al mar, en una de novios en la playa, de reencuentro, no sé qué quiero. Me da bronca que pueda tenerlo todo: mujer, hijos, familia, amante, todo tan fácil, todo tan lindo, listo para llevar. Me da bronca, me da bronca que me guste y que me pueda y por otro lado todo es tan finito, de finitud, que dan un poco de ganas de ir con todo el imaginario rosa hasta el fondo y besarse en la playa y que suenen las baladas y decirse esas cosas y mañana partir. Pero, ahora, ese tipo de cursilería me anula casi tanto como la cama matrimonial, hay algo de lo tan previsible que de verdad me anula. Creo que hubiera preferido la piña en el ripio; me sienta mejor. Digo que tengo hambre y que tengo frío y que quiero ir. No me vas a dar un beso me pregunta, que no, le

respondo y me dice andá a cagar.

Caminamos bastante rápido, para entrar en calor, la neutralidad de la tela de jean no colabora tanto, contra el frío no es nada. Pero la fricción de las rodillas en movimiento ayuda bastante a calentar la tela y así marcha. Casi no hablamos, echamos humo blanco por la boca. No está mal Madryn, para nada mal. Lo recordaba bastante más feo, industrial y sin árboles pero no, resulta ser bastante simpático. Son unas cuantas cuadras hasta el centro mismo, y los negocios que ofrecen reproducciones de ballenas y pingüinos en lana, chapa, cerámica, peluche, remera, mate, foto, caucho, tardan en llegar. Pasamos por un par de bares para jóvenes –algunos con pool, otros con cerveza tirada, o de litro– pero no nos convencen. Queremos comer. Juli dice que conoce una parrilla en la que se come de todo, Don Román o San Román, algo con Román. Está del lado norte de la ciudad. Casi una cantina. Detrás de la puerta de entrada se agazapa un hedor, un vaho a comida y frito potente, muy potente. La parrilla y el parrillero –créase o no– están adentro del lugar. Casi estamos a punto de arrepentirnos pero el frío sobre nuestras espaldas y la perspectiva de seguir andando por Madryn en jean nos disuaden y penetramos en ese olor tangible, material. El ambiente es el de un ex bodegón sometido a reformas menos baratas que de mal gusto. Hay un salón anexado, notablemente distinto, de piso de baldosa blanca laqueada, brillante, pared de baldosa también con una guarda en rosas y manteles haciendo juego. Las sillas llevan un plastificado que protege otro rosa, otro tono más. Nos ubican en ese salón, el más nuevo, el más fácil de lavar, aquel del que probablemente se sientan orgullosos. Nos miramos

una vez más: es éste y no otro el último momento para huir pero no lo hacemos. A mí ya me daría mucha vergüenza. Prefiero creer que por alguna razón merezco o merecemos este olor, estos tonos de falso pastel. En las paredes hay mapas –algunos cómicos, otros no– de Madryn, de la península Valdés, fotos de la fauna de la que se precian –orca, ballena, ballenato, lobo marino, foca– y otros adornos más de motivo de la puna: tapices y guardas incaicas o que lo parecen, fotos o pinturas de llamas o guanacos, más andino. Y por último algún que otro adorno/recuerdo Coca-Cola, esas cosas que distribuyen en los comercios de tipo falso *country*, *country* familiar. Yo doy la espalda al boliche, veo la pared, Juli, el restaurante. Sobre la mesa, unos individuales de papel con –una vez más– motivos de animales. Son fotocopias de fotos, en colores. Cada uno tiene un animal distinto con una pequeña leyenda al pie que da algunos datos sobre esa especie. A Juli le toca un zorro, a mí una ballena. Mi ballena es en celestes y su zorro en naranjas. Los miramos, los comentamos. Odio que me haya tocado la ballena, me deprime, Juli se ríe. Odio tener que saber que es un mamífero cetáceo y que se acerca hasta estas costas una vez al año para reproducirse. Se nos acerca el mozo y nos dice que si nos gustan nos los podemos llevar, que son para eso. Qué horror, lo peor es que después, porque me da cosa el mozo y su ofrecimiento, voy a terminar llevándome el individual del cetáceo gigante doblado por cuatro en la campera para que el mozo no se sienta mal y vaya a creer que nos estábamos riendo de sus individuales. Pido cerveza, la bendita birra, y Juli vino. Para bajar el hedor que, sugestión o no, ya se me adhirió al paladar. No hay más chica que de tres cuartos y así que le entro a ésa y después me pliego al vino. Juli pide bife con papas fritas, yo agrego una mixta y otro bife. La cerveza

me sienta muy bien, el pan le sienta muy bien a la cerveza. En la panera vienen esas tostaditas con una provenzal añeja: huelen como el bodegón, no me les animo, prefiero el esponjor del pancito negro. Traen *leber*, dos rodajas. Juli come, yo prefiero la manteca con sal.

–¿Estás contenta, negra?

–Sabés que sí, sabés que un poquito sí. Odio admitirlo, pero sí.

–Yo también, yo también estoy contento. Me gusta verte, me gusta que estés acá; me gusta estar acá con vos.

–Sólo vos y yo y una lonja de *leber*.

–¿Qué?

–No, nada, es una cosa de *Generación X*. Ser feliz con poco, eso.

–Estás muy linda, ¿sabés?

–Soy.

–Sí, sos, pero no digo eso. Me acordaba de que eras linda, pero ahora estás linda distinto.

–¿Distinto cómo?

–Más grande.

–¿Más fisura?

–Puede ser.

–Es la ciudad.

–Puede ser, igual te sienta bien.

–Entonces gracias, vos también estás bueno.

–No me jodas.

–En serio, la barba te queda bastante bien; la paternidad también. Aunque la paternidad te sienta mejor con los nenes lejos.

–Forra.

–Nada, que estás churro.

–¿No me vas a besar en toda la noche, imbécil?

–No sé.

–Te pregunto para saber, así me voy preparando.

–Estás rojo.

–Vos también, es el vino.

–Es la barula. Apesta, ¿no?

–Bastante. Creo que ya me acostumbré, pero cuando entramos apestaba.

El mozo es un poco intimidante; él y su compañero, en realidad. Están todo el tiempo de pie en nuestro salón, que no está tan lleno de gente, de espaldas contra la pared y mirando todo. Supongo que es parte de su tarea, lo de estar atentos y a disposición pero en definitiva resulta un poco intimidante porque ven todo lo que hacemos todo el tiempo. Creo que hasta llegan a escuchar. Cada tanto el mozo dos, el más joven, saca su celular del delantal y manda o recibe mensajes. ¿O mirará la hora? Como sea, tienen mucha presencia en esta noche. Sale la mixta y está muy buena, es abundante y fresca, y al rato salen los bifes y las fritas. Lo menos bueno son las fritas al final, quién lo hubiera dicho, con este olor a aceite impregnándolo todo. Pero entre el bife, la ensalada y el vino se compensa bastante bien. Ni qué decir de la compañía, claro, ni qué decir. Siento el alcohol asentarse, lo siento funcionar. Hace rato ya que pasé de la cerveza al vino y tal vez y sólo tal vez, fue demasiado rápido. Ahora lo siento en mis mejillas, calculo que es la comida también y me propongo dejar de empinar, por un rato aunque sea. Siento la boca entumecida, relajada y ya sé que esto –irremediablemente– se convierte/termina en ganas de besar. El bife me pone la

panza contenta y todo parece empezar a estar bien. Me siento, me vengo sintiendo, de un rato a esta parte, muy bien. ¿Quién podría quitármelo? Es lindo Juli, come y es lindo. Es lindo verlo comer, mirarlo. Está hambriento y muy concentrado en su presa. Cada tanto deja caer un está bueno, sobre su plato, sobre su bife, que no espera respuesta, que no espera nada, que es sólo un cantar a la porción, una alabanza. Se infantiliza cuando come, eso lo vuelve conmovedor. El pelo castaño le cae, casi sobre los hombros, levemente ruloso y despeinado, del viento, de la caminata. Tiene unas cejas tupidas, entrerrojizas y la barba también, la barba también tiene colores distintos, algún cobre, algún rojo más brillante, algo dorado también, cada tanto. Muy desigual, hace mucho que no lo veía con barba. De hecho creo que nunca lo había visto con barba, es más cosa del padre eso. Está más anguloso, la vida de adulto supongo, la responsabilidad, eso le hunde los ojos, la cavidad de los ojos y le pronuncia las ojeras. Y esas ojeras oscuras hacen, a su vez, que sus ojos castaños llamen más la atención, que se los vea más. Si bien están retraídos, esa retirada y la oscuridad de la piel los resaltan, los hacen ver. La puta madre, qué lindos ojos tiene. Qué lindos. Todos cambios, un efecto dominó de cambios que activa la barba, la presencia de tanto pelo en la cara. O la adultez, eso puede ser también. El suéter que lleva es muy tierno: un saco de lana, grande, de lana en distintos tonos de marrón, jaspeada, con cierre, marrón también. Tiene un cuello grande el saco y le queda tan bien con la cara, con el pelo, con el jean. Madre mía, el vino en la cabeza está comenzando a hacer estragos.

–Es muy ñoño ese suéter –le digo, mientras mastica. Yo

hace rato que terminé, me estoy alimentando de alcohol, a base de cebada y vid, y cedí –gentilmente– una parte de mi generoso bife: –¿Te lo tejió tu vieja?

–Así es –me dice, masticando todavía.

–¿Qué es, una nueva palabra que usás ésa, está de moda en la facu?

–¿Qué, *ñoño*?

–Ajá.

–No, imbécil, es de *Los Simpson*, creo, de las traducciones mejicanas. Siempre usé ñoño. Con mi hermano lo usamos siempre.

–Yo no me acuerdo.

–Bueno, porque te acordás de lo que te conviene.

–Mirá quién habla.

–Bueno, basta de beligerancia, me agoto, te queda hermoso el pulóver.

–Gracias.

–Es muy tierno.

–Ya estás borracha.

–Puede ser, ¿vos no?

–Un poco, puede ser.

Termina el bife, después de todo, carga con la última y maltrecha papita, se seca la grasa de las manos, de la boca, con una servilleta y me toma la mano. Extiende el brazo por encima de la mesa, por al lado de los individuales de fauna y me agarra la mano. Corre la manga de mi suéter un poco hacia atrás, con la punta de sus dedos y me agarra toda la mano, toda, me la toca. Inmediatamente –esto es así– me excito. Es decir: me duele, me duele la concha, se despierta, no sé cómo hablar de esto pero algo se activa, el deseo por

ejemplo. Y es sólo una mano, sólo eso es. Supongo que ahora lo besaría, pero él me sirve más vino, con la mano que no me toca, pide otra botella con un ademán casi innecesario porque los mozos están prácticamente sobre nuestras cabezas y me pregunta si quiero postre, ¿postre querés? Y qué te puedo decir, ponele que sí. Con el vino viene la carta y queremos bombón suizo, con dos cucharas, para compartir. Lo acompaño, quiero muy poco de postre, de helado, sólo para aplacar un poco la aspereza del tinto sobre la lengua, para compensarle el amargor. Y sigo tomando vino, tomándole al vino. No vamos a acabar esta botella nueva. Julián pregunta si podemos llevarla, el mozo concede y le trae un corcho, otro, no el de esta botella. Lo de llevar me recuerda el individual y entonces doblo la ballena y la guardo. Lleva alguna mancha de vinagre o de lechuga, pero qué más da. Pagamos, nos arropamos, salimos. Atrás el olor, afuera, el frío. Doblamos hacia la izquierda, para el lado de la costanera, estamos a media cuadra. En la esquina descubrimos un fardo de esos de *western*, de los que pasan por el desierto y se han convertido en símbolo de aquí no pasa nada pero lo extraño de éste es que está en una ciudad. Y costera. Nos hace reír porque estamos básicamente bastante borrachos, porque es insólito que esté acá y porque es –de verdad– muy grande. Propongo llevarlo, lo arrastramos unos metros, la gente nos mira, yo me tropiezo, lo dejamos estar. Pasamos por delante de un bar *cool* y Juli me propone pasar a rematar con unos whiskys. Le recuerdo la botella de vino, propongo ir a tomarla a algún lado. Propone ir al hotel. Que no, que quiero ir a algún lado natural, de la naturaleza, a la playa por ejemplo, que con este frío ni en pedo, dice Julián, que ahora porque estoy borracha y no me doy cuenta pero que mañana me voy a querer matar, moqueando en el bondi.

Bueno entonces qué. Propone buscar la camioneta e ir para el lado de la península. ¿A esta hora? ¿Qué tiene? Mejor, a esta hora no hay nadie y podemos ir a un mirador que hay en Punta Flecha, que está como a veinte kilómetros y a lo mejor todavía vemos alguna ballena. Que no quiero, que odio las ballenas, que me dan miedo, que tienen la cabeza llena de crustáceos. Que no sea boluda, que a esta hora igual no se ve nada, de animales, pero que la vista desde ahí es muy linda, que hay un sendero de madera y que el camino hasta allá esta buenísimo. Que si va a manejar así de borracho. Que tan borracho no está y que igual no sería ni la primera ni la última vez. Que vamos tranquilos y que igual en la ruta no hay nadie. Bueno vamos. Volvemos caminando a buscar la camioneta, vamos rápido, vamos cantando "Árbol palmera". *Cambian los días, cambian las cabezas./ Lo que era un prado, ahora es león/ o es un gato con dreads y algo de lepra/ y no son mi imaginación.*

–¿Cómo dijiste?

–¿Qué?

–¿Dijiste "o es un gato con *dreads*"?

–Sí.

–¡No es así! Dice "o es un gato con recia y algo de lepra".

–Estás loca, ¿y eso qué mierda significa?

–¿Y un gato con *dreads*? Sos un limado.

–Vos sos la limada, ¿qué mierda significa un gato c*on recia*?

–No sé, siempre lo canté así, nunca tuve las letras... ¿Estás seguro que dice *dreads*?

–Me parece que sí, ahora me hacés dudar, pero creo que sí, tiene más lógica.

–Sí, puede ser.

Le digo que tengo frío, me dice que se pega una corridita y que ahora me pasa a buscar con la camioneta, que mientras

tanto yo siga caminando y que nos encontramos en el camino. Sale corriendo, me pregunto si volverá, si se acordará de que me dejó atrás o se tirará a dormir en el hotel. Canto para mí, para calentarme mientras camino: *El árbol mide el tiempo en su corteza./ Yo enajenado miro alrededor./ Estoy en medio de un árbol palmera/ entre hojas verdes pienso soy...* ¿O era en vos, entre hojas verdes pienso en vos? y lo curioso es que entonces pienso en vos, de repente, como una trompada, me venís, vos. Son los noventa, sos vos. Adolescentes en los noventa, el siglo veintiuno ya nos encuentra ridículos, nos descarta. Así que los noventa con algo de los ochenta, el rebote tal vez, es lo que nos constituye. Y de los dos mil o el dos mil, nunca sé cómo se dice, supongo que los dos mil porque el sería el año dos mil, así que de los dos mil vos, casi nada, apenas llegaste. La puta madre, ahora acá, en esta euforia, con Juli, con el sur, con el frío, con el alcohol, con la década, la pasada, la que nos configura, pienso en vos. Te me venís, te me aparecés en la noche, que no estés se me aparece, que no pueda contarte esto aunque me haga la que sí, no poder contártelo ya nunca es algo que todavía no puedo entender. Que hayas tardado tanto tiempo en descomponerte tampoco, eso tampoco, no puedo creer que todavía quedara tanto de vos, ahí abajo, enterrado, pelo y esas cosas, piel. No quiero llevarme nada, nunca quise, y daría (no sé qué, todo no porque entonces no estarías, pero daría mucho) tanto por poder contarte, de verdad, por verte, por cantar una canción con vos, gritarla abrazadas, invitarte a mi PH, que conozcas mi casa y a mi novio, al de ahora, y que él te conozca a vos y que me digas cuál es mejor, quién te cae mejor, si Juli, si él, aunque ya sepa que obviamente preferirías a Manuel y en realidad a ninguno porque con nosotras nos basta, no hay nada más, no necesitábamos nada más y sí necesitamos. No sabés cuánto

doy por bailar a los saltos una vez más, abrazadas y no, en la muchedumbre, verte alejarte, acercarte en un pogo, tan lejos, tan cerca, acercarnos a golpes, colisionar entre pibes, cagarnos de risa, ver tu gesto, tu risa deformada, cerca, lejos, vas, venís, apoyada en la gente, yo también y gritamos gritamos entre la gente las letras, las canciones. O nos hacemos juramentos de amor eterno, de amistad eterna, la forma más pura del amor sobre mesas de bar, mesas de madera cinceladas con otras leyendas, de otros romances, otros juramentos, declaraciones de eternidad, de incondicionalidad eterna sobre mesas de madera de bar sucias de cáscara de maní y de maní podrido y de aureola de cerveza que pierde frío y que ese exceso, ese excedente de cerveza se vaya a la manga del suéter, de la campera, ¿de ésta tal vez? Y de abrazarte sobre esa mesa, con birra, con maní, con nombrecitos, inscripciones, de abrazarnos y jurar cosas para siempre y que nos miren y nosotras jurarnos cosas para siempre.

34

Me toca bocina. Debo dar lástima. Estoy sentada en un cordón con la cabeza entre las piernas, el pelo que me cuelga por encima, tu capucha puesta y toda llorada. Qué hacés, boluda, subí. Subo. Qué hacés llorando, me pregunta. Que me acordé de vos, le digo. Que te extraño. Y claro, tarada, me dice. Pero que no, que hace mucho que no me pasaba, le explico. Que "Árbol palmera" me aplastó, le digo, que los noventa me hunden. Me corre el pelo de la cara y en el mismo gesto me besa, se me viene encima. No entiendo nada, obviamente le devuelvo el beso, o sea, no es que se lo devuelvo sino que estoy muy ahí para recibirlo, tan ahí. Está caliente, su boca está muy caliente del lado de adentro. Eso es bueno, y está suave. No puedo evitar marearme un poco cuando cierro los ojos, es la borrachera, es el duelo. Nos besamos muy profundo, sabés cómo es eso, besarse con amor. A eso me refiero, esos besos que lo son todo, en los que casi no te podés diferenciar del otro, esos en los que te metés adentro del otro, que te lo ponés adentro, y van y vienen las lenguas que se ponen tan grandes y tan vivas con los ojos cerrados, como alimañas húmedas, patinosas, busconas. Después de mucho termina el beso, nos abrazamos, me hundo en el gamulán, en la lanita y me limpio la baba que me dejó, que nos dejamos. Me abraza, fuerte, lloro. Y ya no voy a poder dejar de llorar, algo se rompe/suelta. Todo lo que no lloré en Esquel aparece, quiere salir, volverse agua. Ya no puedo dejar de llorar, Juli me pregunta si quiero que

hablemos de eso, yo que no, sigo llorando y cada tanto me hundo en su boca. Lloro y beso, es todo lo que sé hacer. No quiero hablar, no hay nada que decir, sólo se trata de soltar. Así que besar, llorar y abrazar, abrazar como descanso, generar fluido, mucho. Llanto y saliva. De tanto llorar el mareo de la borrachera se me va convirtiendo en cansancio, en agotamiento: en la medida en que recupero la calma, me voy durmiendo. Algo de la calefacción del auto también, del sopor. Durmiéndome llego a percibir todavía que Juli me habla, me dice cosas, lindas, de amor, me acaricia la cara, siempre te voy a querer, hermosa, siempre, quiero responderle, retribuirle, contestar pero no puedo, estoy entumecida, de la tristeza, de los besos, ya me voy. Sé, todavía, porque lo sé con el cuerpo, que Juli arranca. No sé adónde vamos, me dejo ir, me voy.

35

–Además estoy indispuesta.

–No me da miedo la sangre, estuve en un parto. Y además no sería ni la primera ni la última vez.

–No puedo, tenés olor a bebé, no sé, a vómito de bebé.

–Qué decís, boluda, si esta ropa está limpia.

–No es un olor que se saque con el lavado, lo tenés al pibe ahí en el corderito.

–No es del pibe, es el olor a mierda que me quedó de la parrilla, vos también lo tenés. Te amo.

–Basta, Juli.

–En serio, siempre te amé.

–Qué sabrás.

–Qué sabrás vos, idiota, que siempre te vas corriendo.

–¿Yo me voy corriendo?

–Sí.

–Aparte ¿de qué te sirve decirme ahora que me amás? ¿Qué querés conseguir?

–No quiero conseguir nada, te digo lo que me pasa.

–Lo que te pasa es que tenés una mujer y dos hijos.

–Qué tiene que ver, por momentos me sorprende lo imbécil que podés ser. ¿Qué es esa mierda de moral de pacotilla? Te hacés la moderna que vive en la Capital y sos bastante tonta.

–Qué me decís tonta, imbécil, estoy tratando de respetarte a vos y a tu familia.

–De qué me hablás, respetar, si ni siquiera los conocés, ellos no son nada para vos.

–Sí que son, además lo hago por mí también, para cuidarme un poco.

–¿Qué hacés acá entonces?

–No sé, quería hablar con vos, porque te extrañaba, porque al final en Esquel no habíamos podido hablar nada.

–¿Te gusto?

–¿Para qué me preguntás eso? No me gusta el olor ácido a bebé que tenés.

–Dale, no te hagas la graciosa.

–No me preguntes eso, sabés que me gustás, ya te lo dije ayer, sos hermoso.

–¿Y entonces?

–No sé, no puedo.

–Te voy a cagar a trompadas.

–Dale, pegame.

–No me provoques, boluda, sabés que si me pedís que te pegue me dan ganas de cogerte.

–Me calentás mucho.

–Entonces dejame de romper las pelotas, tengo ganas de cogerte desde que te vi.

–¿En el bar?

–No sé, ¿fue ahí?

–Sí, nos vimos en el bar de Vanina por primera vez... De ahora te digo.

–Sí, puede ser.

–¿Y por qué no me dijiste nada? Si me llevaste a casa como si nada.

–¿Cuándo?

–Esa noche, después del bar, me dejaste en lo de Andrea como si nada, ni siquiera me besaste.

–No te entiendo, boluda, ¿querés coger o no?

–Me dijiste que me amás.

–Sí.

–Bueno, me parece que no, no quiero coger con vos, en un rato me tengo que tomar el bondi a Buenos Aires, volver con mi novio, olvidarme de vos, no sé si me dan ganas, me costó un huevo la última vez.

–¿Preferís que no pase nada entonces? ¿Preferís irte a tu casa así?

–¿Así cómo?

–Caliente.

–No sería la primera vez.

–Dale, Emi, pará, no es así, me estás enroscando, no cojamos nada si no querés, no es por coger, no se me va la vida en coger con vos. No tengo más ganas de discutir, si seguimos discutiendo me caliento, siento que me estás dando vueltas, no sé, ya fue, dame un abrazo.

Me abraza. La que está caliente soy yo. No puedo más. Aunque no es exactamente calentura porque no es en general; no tendría ganas ni de tocarme ni de estar con otra persona. Es él, es la resaca, es este momento y es él. Y somos nosotros. Apoyo mi cabeza sobre su hombro, meto mi cara en su cuello, respiro ahí. Huele tan bien, por más cierto que sea el tema de la acidez, eso no me molesta, convive bien con ese olor tan conocido, el suyo, su sudor, su olor a persona. Trato de no respirarle exactamente al cuello porque estoy confundida y no quiero seguir volviéndolo loco. Para él pareciera ser todo muchísimo más simple. Cree que me ama pero ya me resignó, así que puede amarme así desde ese lugar pasivo, pensar en mí, en partes, en fragmentos de mí, de lo que soy o de lo que quiere que sea, me elige, elige mis porciones, me guarda, me conserva en el recuerdo de una manera particular, me revive

cuando quiere y es una melancolía, un recuerdo de aquello que pudo ser y éste sería el garche más triste del mundo y el más lindo a la vez. Hoy nos despedimos y piensa en mí por tres días más, mientras vuelve en la camioneta y cada vez que pase por adelante del arbolito del picnic y todo es tan triste y tan bello y tan definitivo y después llega a su casa donde lo espera su hijo y el embarazo de la mujer y su hijo nuevo, ni hablar de cuando nazca ése y entonces ya todo se vuelve relativo y yo me voy alejando, mi recuerdo se vuelve opaco, unas imágenes en sepia, difíciles de apreciar, tan relativas después de todo, tan relativas. Y yo no, yo por mi parte lloro todo el viaje de vuelta y ése es recién el principio del fin porque por lo menos todavía estoy en tránsito, lo peor viene después, cuando tengo que recuperar mi vida, tomar al toro por las astas, reconstruir mi casa, mi relación con Manuel, contarle que lo cagué con Julián o que no lo cagué porque no lo hice en su contra pero decirle que estuve con él y que entonces Manuel se amargue y con razón y se sienta mal pensando que parte de mi tristeza de los próximos días o semanas se la vamos a deber a Julián, a esa presencia que no es tal y que me traje puesta y yo balanceando, haciendo malabares, pensando que todo lo que me rodea apesta y que nunca voy a terminar de saber exactamente qué quiero y que tal vez me esté equivocando siempre y entonces ni irse ni quedarse ni nada, ni estar, ni estar.

36

Las novias muertas, ése es el tema, las jóvenes novias muertas. Muertas que, por otro lado, por momentos parecen volver de la muerte. Por momentos.

Vincent Gallo recorre un largo trecho, por la ruta, escuchando música y conociendo señoritas. Todas ellas tienen nombre de flor: Violet, Lily, Rose. Pero él busca a Daisy. En el camino se detiene en la casa materna de Daisy. Ahí está su madre, la de ella, y una abuela en estado vegetativo. Y un conejo marrón que pertenecería a la tal Daisy. La madre asegura que es el mismo de siempre. Vincent le pregunta por Daisy, la madre le dice que hace mucho que no sabe nada de ella y pregunta una y otra vez las mismas cosas. Así sabemos que Daisy y Vincent se conocen desde chicos. Vincent sigue viaje, para con su camioneta en unas salinas y sale a andar en moto. Al final llega a California. Va a una casa a buscar a Daisy, ella no le abre. Él le deja una notita. Él se va a un hotel a esperarla. Y ella llega, finalmente ella llega y es Chlöe Sevigny disfrazada de secretaria, con trajecito. El encuentro es altamente perturbador, ella se va a drogar al baño, él le pide que deje de hacerlo, le dice que la ama, ella le dice que lo ama, quiere sentarse sobre sus rodillas, él como que no quiere pero quiere y uno no entiende por qué, por qué tanto dolor si se aman tanto y entiende que algo terrible debe haber sucedido en el pasado pero no sabemos, no sabemos. La cosa es que en definitiva, en un momento, Chlöe se sienta sobre su regazo, después se besan creo y él le saca la blusa y creo que

el corpiño también, no me acuerdo bien, y entonces ella le empieza a chupar la pija, así, en serio, en un primer plano porno y le ves muy/claramente bien la pija a Vincent Gallo, enorme y con venas y ella se la come toda y él le va diciendo, así, corriéndole el pelo de la cara, le va diciendo así muy *pathos*, jurame que nunca se la vas a chupar a otro, jurame que nunca se la vas a chupar a otro y ella con la pija hasta la garganta hace unos sonidos guturales como dándole a entender que sí, es decir, que no, que no le va a chupar la pija a otro y todo es muy triste y muy terrible. Al final él acaba y se tira en la cama, angustiado, y ella se le acuesta al lado e intenta consolarlo pero ya no hay consuelo para él y se ponen a hablar de algo, de una noche en la que pasó algo, algo terrible, algo irremediable y entonces ahí sí viene el *flashback* y te enterás. La cosa es que una noche en el pasado fueron juntos a un recital y ella estaba un poco drogada y borracha y fue al baño sola y la siguieron unos pibes que le dieron de fumar no sé qué cosa que ella pensaba que era marihuana y el hecho es que quedó inconsciente y la violaron, se la cogieron entre tres o cuatro y lo trágico es que él, Vincent, en un momento se da cuenta de que ella no vuelve y no vuelve y la va a buscar y la ve, la ve cuando se la cogen pero no se da cuenta de que ella está desmayada y ¡se va! ¡Se va!, hete aquí el error trágico, se va del lugar porque se equivoca, porque lee mal y vuelve a las horas y para entonces ya llegó una ambulancia que se la está llevando a ella, a Daisy y ella, en el presente de la acción le cuenta que bueno, que quedó ahí tirada y que vomitó y que como estaba inconsciente se tragó su vómito y se ahogó. Y le pregunta: ¿por qué te fuiste, por qué no me ayudaste? Y él le dice ¿qué te pasó, qué te pasó? Y ella le responde: y, me morí. Y primero no entendés y después sí entendés; ella le dice un par de veces que se murió y la ves

en la camilla con la cara tapada por una sábana y te preguntás, ¿será que después la revivieron? Pero no, la cosa es que se murió nomás, se murió en serio y ahí vuelve al presente del hotel y te das cuenta de que él está solo en la cama y que Daisy ya no está y que nunca estuvo, como el conejo marrón.

37

No me quedan ganas de desayunar. El naranja del jugo no convoca, el yogur menos, las medialunas tampoco. Como una tostada seca, para ver si puede hacer algo con mi resaca. Miro por la ventana, Juli, a mi izquierda, come un poco de todo. No habla. Yo soplo el vapor de mi té. Miro para adelante; sobre el mar, el sol. Me duele mucho la cabeza, tengo unas ojeras inmundas y estoy mareada. Pienso en el viaje largo que me espera y por un lado me dan ganas de estar sola, de estar sola otra vez y por otro le temo al mareo, al vómito, a sentirme mal, a no verlo más. Termina su desayuno, me mira, me toca la cabeza. Lo miro, le sonrío, tenue. Me pregunta si me siento mejor, le digo que no, me dice jodete.

Cargamos la camioneta, salimos a la interbalnearia, es un día lindo. Miro por la ventanilla, estoy del lado del mar. Abro un poco la ventana, el encierro me marea. Me doy cuenta de que no recuerdo nada de anoche, de después de quedar dormida, nada. Me da pena, me da náuseas. Llegamos a la terminal, muy rápido, era tan cerca en auto. Juli me pregunta si quiero que me acompañe, a comprar el pasaje, a esperar, le digo que no, que prefiero que no. Baja el bolso, lo pone sobre la vereda, me mira. Yo me siento para el orto, típico síntoma distractor: en lugar de poder pensar en la despedida me entran unos retorcijones, siento que tengo que alcanzar el baño ya y entonces procuro que todo sea rápido y expeditivo. Me agarra las manos, me mira, yo estoy para adentro, no lo miro mucho, no quiero conectar, me pide que me cuide, me

dice que le gustó verme, yo asiento con la cabeza, no hablo, me abraza, me quedo dura, tensa entre sus brazos, apenas si lo palmeo, él se da cuenta, se aleja, me mira y me dice andá a cagar. Nunca más atinado.

Me suelta las manos, sube a la camioneta y arranca. Sale humo del caño de escape, la camioneta repiquetea y detrás del pelo sólo puedo ver el paragolpes, y ese paragolpes ahora se aleja, sale de mi campo. Y eso es todo. Agarro el bolso y camino tan rápido hacia adentro, busco el baño.

Siento agua correr. Viene una música de lejos, aunque es fuerte. Dejar de funcionar tal y como acostumbraba a hacerlo. No ir a terminales, a acompañar. No despedir. ¿Sigue siendo el agua o aplauden ahora? Hay láminas que se desprenden de mis dientes, no sé de qué son, no sé si es pan o si erosionan; si ya estaban de antes y ahora decantan, decantan y ahora el cuello empieza a doler. Comienza. Y después no te preguntan nada, nada más. El ridículo. No estar. No estar ahí ni ahí ni ahí ni ahí y hacerlo sin embargo. Como invitar a cenar a alguien, a alguien muy especial, y que no te vengan. Y que no te pregunten nada: ni en qué andás, ni qué pensás hacer ni qué decir de cómo pensás hacerlo. Sólo nada de nada. ¿No sabés qué significa todo esto, no? ¿Sabés qué significa? Besar no es nada y es todo. De tener cosas al alcance de la mano y no saber cómo pedirlas, cómo acceder a ellas. Una imagen de uno mismo, fuera de foco. Un desdibujo de una, de la figura de uno, del contorno. Parecerse muy poco al propio ideal, parecerse tan poco a veces. No querer dejar ir ni poder agarrar, que se te escurra de entre las manos, de los dedos, como vos, como las cosas de vos, tus retazos, partes de algo, de amiga también, fragmentos de una amiga que no hay, que

no es. Deber querer acercarse a ser lo más parecido a la mejor versión de uno y girar, dar vueltas en redondo en torno a la cosa que no es, como imantado, como tonto, como imantado y repelido a la vez, así. Otra vez de cara contra lo que no se puede ni oler, ni sortear. Yo acá y del otro lado vos. Llevo eso enorme entre mis brazos y no veo qué, y así abrazada a lo que no es, me quedo, pegada a un núcleo de algo que define un acá y otro acá, que no se ven ni se tocan, no más.

Recién después, en un banco al sol, sobre el terraplén, con un perro sarnoso a mis pies, perro amigo, perro de transición, puedo destruirme un poco cuando meto la mano en el bolsillo y me topo con el individual apestoso, el individual de la ballena en mi bolsillo derecho. La ballena, el perro con sarna, todos rotos. Mi perrito sarna lame el individual, lo destroza, se lo traga, en jirones, celestes, de ballena, de grasa, de animal, busca la mancha; la ballena, en la boca del perro.

Crédito foto: Gonzalo Castro

Romina Paula nació en Buenos Aires en 1979. Publicó las novelas *¿Vos me querés a mí?* (2005) y *Acá todavía* (2016), ambas por Entropía. Como dramaturga y directora estrenó las obras *Si te sigo muero* (basada en textos de Héctor Viel Temperley), *Algo de ruido hace*, *El tiempo todo entero* y *Fauna* (estas últimas reunidas en el volumen *Tres obras*).

Paula, Romina
Agosto / Romina Paula. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial Entropía, 2020.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-1768-62-2

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Editorial Entropía
Céspedes 3800 (CP 1427)
Buenos Aires, Argentina
info@editorialentropia.com.ar
www.editorialentropia.com.ar
Facebook: facebook.com/editorialentropia
Twitter: @ed_entropia
Instagram: @ed_entropia

Diseño de colección: Entropía
Fotos de cubierta: Archivo familia Paula

© Romina Paula, 2009, 2020
© Editorial Entropía, 2009, 2020

ISBN: 978-987-1768-62-2

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Digitalizado en la Argentina

Primera edición: septiembre de 2009
Primera edición digital: octubre de 2020
Conversión a formato digital: Libresque

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra. Reservados todos los derechos.

Otros títulos de esta colección

Acá todavía
Romina Paula

Los incapaces
Alberto Montero

Peso estructural
Gonzalo Castro

Veteranos de la guerra del día
Pablo Ottonello

5
Sergio Chejfec